

The Power of Love

Solo el amor de un ángel podrá salvar a Ivy...



Elizabeth Chandler

Agradecimientos



Como siempre, muchísimas gracias a las traductoras y correctoras quienes colaboraron con este proyecto. Del mismo modo, gracias a los lectores y lectoras que leen nuestras traducciones, su apoyo es incondicional, y la verdad es, que sin ustedes nuestro trabajo no tendría sentido.

Traductoras:

AndreaN
 Andre_G
 Anne_Belikov
 Cowdiem
 cYeLY DiviNNa
 Dani
 dani.shawn
 Evelin
 masi
 Sera
 Sheilita Belikov
 Virtxu
 Liseth_Johanna18
 †DaRkGiRl•••••†

Correctoras:

Anelisse
 Angeles Rangel
 Blood Eva!
 Kanon 🎵🎵
 marzeDoyle
 masi

Recopilación:

Kanon 🎵🎵

Diseño:

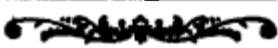
AndreaN

Índice



Sinopsis	5
Glosario	6
Capítulo 1	8
Capítulo 2	19
Capítulo 3	28
Capítulo 4	42
Capítulo 5	54
Capítulo 6	66
Capítulo 7	77
Capítulo 8	88
Capítulo 9	101
Capítulo 10	114
Capítulo 11	124
Capítulo 12	139
Capítulo 13	147
Capítulo 14	160
Soulmates	170
Acerca de la autora... Elizabeth Chandler	171

Sinopsis



Un mes después de la muerte de Tristan, Ivy se hace consciente de su presencia como su guardián celestial, pero ella no está dispuesta a creer en la presencia de ángeles guardianes hasta que el asesino de Tristan empieza a acosarla.

Sinopsis traducida por AndreaN

Glosario



Flyer¹: Es el nombre en inglés que reciben los nadadores estilo mariposa.

Pomerania²: Raza de perro. Éstos se caracterizan por su pequeño tamaño.

Chopstick³: Es una pieza de piano extremadamente simple. Su verdadero nombre es "The Celebration Chop Waltz".

Harley⁴: Es una marca muy conocida de fabricantes de motocicletas en EE.UU.

Yankees⁵: Es el equipo de béisbol más popular en EE.UU.

Annie⁶: Annie es una película musical, que trata sobre una pequeña niña huérfana, que por cosas del destino es ayudada por un benefactor para encontrar a sus padres, este ofrece una recompensa, pero unos ladrones intentan mentir para quedarse con el dinero. "Tomorrow" es el número musical más exitoso de la película.

Sonata Moonlight⁷: Es una de las obras más famosas de Beethoven. Fue compuesta para la condesa de Giulietta Guicciardi, de 17 años, de quien se decía estaba muy enamorado.

Sega Génesis⁸: Es una video consola producida por Sega en 1988. En EE. UU. se comercializó bajo el nombre de Sega Génesis, y compitió contra la SNES de Nintendo.

Kilingon⁹: Raza cavernícola que salía en Star Trek.

HoJo¹⁰: Abreviación popular para "Howard Johnson".

*Para las muchas manos
que crearon este libro.*

Capítulo 1



Traducido por Sera
Corregido por Kanon 🎵🎵

— ¡Esta vez la alcanzaré! —dijo Tristan—. Tengo que advertir a Ivy, tengo que decirle que el choque no fue un accidente. Lacey, ¡Ayúdame! Sabes que estas cosas de ángel no vienen naturalmente a mí.

—¿Podrías decir eso otra vez? —contestó Lacey, inclinándose hacia atrás sobre la tumba de Tristan.

—¿Entonces vendrás conmigo?

Lacey se comprobó las uñas, las largas uñas que no se astillarían o se romperían más de lo que le crecería el grueso pelo castaño. Al final dijo: — Supongo que puedo colarme en una fiesta en la piscina durante una hora. Pero escucha, Tristan, no esperes que sea un invitado perfecto y angelical.

* * *

Ivy estaba de pie en el borde de la piscina, con piel de gallina por el agua fría que en ocasiones le salpicaban. Dos chicas pasaron rozándola, perseguidas por un tipo con una pistola de agua. Los tres se cayeron a la piscina juntos, dejando a Ivy empapada por una ducha de gotas heladas. Si esto hubiera sido el año pasado, ella hubiera estado temblando, temblando y rezándole a su ángel del agua. Pero los ángeles no eran reales. Ivy sabía eso ahora.

El invierno anterior, cuando había colgaba de un alto trampolín sobre la piscina del colegio, helada por el miedo que había tenido desde la infancia, le había rezado a su ángel del agua. Pero fue Tristan quien la salvó.

Le había enseñado a nadar. Aunque sus dientes habían castañeado ese primer día y el siguiente y el siguiente, le encantó la sensación del agua cuando él la arrastraba a través de ella. Lo había querido, incluso cuando argumentaba que los ángeles no eran reales.

Tristan había tenido razón. Y ahora Tristan se había ido, junto con sus creencias en los ángeles.

—¿Yendo a nadar?

Ivy se volvió rápidamente y vio su propia cara bronceada y la maraña de pelo dorado reflejado en las gafas de sol de Eric Ghent. Su pelo mojado estaba peinado hacia atrás, casi transparente contra su cabeza.

—Lamento que no tengamos un trampolín —dijo Eric.

Ella ignoró el pequeño golpe. —Es una piscina bonita, de todos modos.

—Es bastante poco profunda al final —dijo, quitándose las gafas de sol, dejándolas colgar de su cordón contra su pecho huesudo. Los ojos de Eric eran azul claro, y sus pestañas eran tan pálidas que parecía que no tuviera ninguna.

—Sé nadar, en cualquiera de los extremos —le dijo Ivy.

—En serio. —Un lado de la boca de Eric se elevó—. Déjame saber cuándo estés preparada —le dijo, y luego se alejó a hablar con otros invitados.

Ivy no esperaba a que Eric fuera más encantador que eso. Aunque la había invitado a ella y a sus dos amigas más cercanas, a su fiesta en la piscina de mediados de verano, no eran miembros de la élite de Stonehill. Ivy estaba segura de que Beth, Suzanne y ella estaban ahí sólo por la petición del mejor amigo de Eric y hermanastro de Ivy, Gregory.

Miró buscando a sus amigas hacia al otro lado de la piscina a una fila de gente tomando el sol. En medio de una docena de cuerpos aceitosos y cabezas decoloradas estaba sentaba Beth, que llevaba un sombrero enorme y algo que parecía un vestido ancho. Estaba hablando a mil por hora con Will O'Leary, otro de los amigos de Gregory. De alguna forma Beth Van Dyke, quien nunca había soñado con ser guay, y Will, quien se pensaba que era súper guay, se habían hecho amigos.

Las chicas a su alrededor se estaban organizando para enseñarle al sol, (o a Will) su mejor ángulo, pero Will no se daba cuenta. Estaba asintiendo alentadoramente hacia Beth, quien estaba probablemente contándole su nueva idea para una historia corta. Ivy se preguntaba si, de su tranquila manera, Will disfrutaba de los escritos de Beth, (poemas e historias, y una

vez en clase de historia, una biografía de Mary, Reina de Scots) los cuales de alguna forma siempre se convertían con emoción, en una desnuda y vaporosa historia de amor. El pensamiento hacía sonreír a Ivy.

Will miró a través de la piscina entonces y captó su sonrisa. Por un momento su cara parecía en llamas. Quizás era sólo el parpadeo del sol reflejando en el agua, pero Ivy tomó un inseguro paso atrás. Rápidamente, él giro su cara hacia la sombra del sombrero de Beth.

Mientras Ivy daba un paso atrás sintió la piel desnuda de un frío y duro pecho. La persona no se apartó del camino, sino que bajo su cara sobre su hombro, frotando su oreja con su boca.

—Creo que tienes un admirador —dijo Gregory.

Ivy no se apartó de él. Se había acostumbrado a su hermanastro, su tendencia a inclinarse demasiado cerca, su forma de aparecer detrás de ella inesperadamente. —¿Un admirador? ¿Quién?

Los ojos grises de Gregory se rieron de ella. Tenía el pelo moreno, era alto y esbelto, con un profundo bronceado por pasar horas al día jugando al tenis.

En el último mes, él e Ivy habían pasado un montón de tiempo juntos, aunque antes en abril nunca hubiera creído que fuera posible. Entonces, todo lo que ella y Gregory tenían en común era un shock por la decisión de sus padres de casarse, e ira y desconfianza el uno por el otro. A los diecisiete, Ivy estaba ganando su propio dinero y cuidando de su hermano pequeño. Gregory estaba corriendo alrededor del campo de Connecticut en su rápido BMW con gente rica, que despreciaba a todos aquellos que no tenían lo que ellos.

Pero todo eso parecía insignificante ahora que él e Ivy habían compartido mucho más, el suicidio de la madre de Gregory y la muerte de Tristan. Cuando dos personas viven en la misma casa, Ivy descubrió, que comparten algo de sus profundos sentimientos, y, sorprendentemente, había llegado a confiar en Gregory. Él estaba ahí para ella cuando más echaba de menos a Tristan.

—Un admirador —repitió Ivy, sonriendo—. Me suena como si hubieras estado leyendo los romances de Beth. —Ella se alejó de la piscina, y Gregory se movió con ella como una sombra. Rápidamente Ivy escaneó el patio buscando a su mejor y más antigua amiga, Suzanne Goldstein. Por el

bien de Suzanne, Ivy deseaba que Gregory no estuviera tan cerca. Deseaba que él no le susurrara como si compartieran algún secreto.

Suzanne había estado persiguiendo a Gregory desde el invierno, y Gregory había animado la persecución. Suzanne dijo que ellos estaban oficialmente saliendo ahora; Gregory sonrió y no admitió nada. Justo mientras Ivy colocaba una mano ligera en Gregory para apartarlo un poco, una puerta de cristal se abrió y Suzanne emergió de la casa de la piscina. Paró un momento, como si analizara la escena —el zafiro oval de la piscina, las esculturas de mármol, las gradas de flores—. La pausa les dio convenientemente a todos los chicos la oportunidad de mirarla. Con la brillante melena de pelo negro y un pequeño bikini que parecía más joyería que ropa, eclipsó a todas las otras chicas, incluyendo a las que habían sido desde hace mucho tiempo miembros del grupo de Eric y Gregory.

—Si alguien tiene admiradores —dijo Ivy—, es Suzanne. Y si eres listo, irás allí antes de que otros veinte chicos hagan cola.

Gregory sólo se rió y cepilló hacia atrás una maraña de pelo dorado de la mejilla de Ivy. Él sabía, por supuesto, que Suzanne estaba mirando. Tanto Gregory como Suzanne estaban jugando, e Ivy estaba a menudo atrapada en el medio.

Suzanne se movía con una gracia felina, alcanzándolos rápidamente, aunque nunca parecía moverse más rápido que en un paseo.

—¡Un traje genial! —saludó a Ivy.

Ivy parpadeó, luego miró hacia abajo a su una pieza sorprendida. Suzanne había estado con ella cuando compró el traje y nunca la había incitado a encontrar algo que fuera más escotado. Pero por supuesto esto era sólo un plan para volver la atención de Gregory hacia la... joyería de Suzanne.

—Realmente luce tremendo en ti, Ivy.

—Eso fue lo que le dije —dijo Gregory en una voz excesivamente cálida.

Nunca había dicho nada sobre el traje de baño de Ivy. Su mentira piadosa tenía la intención de poner a Suzanne celosa. Ivy le lanzó una mirada y él rió.

—¿Has traído algún protector solar? —preguntó Suzanne—. No puedo creer que olvidara el mío.

Ivy no podía creerlo tampoco. Suzanne había estado trabajando esa línea desde que tenía doce años y yendo de vacaciones a la casa de la playa de los Goldsteins.

—Sé que mi espalda se va a freír —dijo Suzanne.

Ivy alcanzó su bolso, el cual estaba en una silla cercana. Sabía que Suzanne podía extenderse como una hoja de papel en pleno mediodía y aun así no quemarse nunca. —Aquí. Quédatelo. Tengo un montón.

Luego puso el tubo en las manos de Gregory. Ella comenzó a irse, pero Gregory la cogió por el brazo. —¿Y qué hay de ti? —preguntó, su voz baja e íntima.

—¿Qué hay de mí qué?

—¿No necesitas ninguna crema? —preguntó.

—Nop. Estoy bien.

Pero no la dejaría irse. —Ya sabes cómo olvidas los lugares más obvios — dijo mientras restregaba la crema en la base de su cuello y de un lado al otro de sus hombros, su voz era tan suave y sedosa como sus dedos. Él intentó deslizar un dedo bajo un tirante. Ivy bajó el tirante. Se estaba volviendo loca. Sin duda Suzanne se estaba enfureciendo también, pensó, aunque no por el sol.

Ivy se apartó de Gregory y rápidamente se puso sus gafas de sol, esperando que enmascararan su enfado. Se alejó enérgicamente, dejándoles para atormentarse y enemistarse el uno con el otro.

Ambos estaban usándola para ganar puntos. ¿Por qué no podían dejarla fuera de sus estúpidos juegos?

Estás celosa, se reprendió a sí misma. Sólo estás celosa porque ellos se tienen el uno al otro y tú no tienes a Tristan.

Encontró un sillón vacío en el borde de un pequeño grupo y se dejó caer en él. El chico y la chica a su lado miraban con interés como Suzanne dirigía a Gregory hacia dos sillones en una esquina apartados de los

demás. Cuchicheaban de cómo Gregory le extendía la crema sobre su cuerpo perfectamente en forma.

Ivy cerró sus ojos y pensó en Tristan, sobre sus planes de huir hacia el lago juntos, de flotar en el medio de él con el sol brillando sobre las yemas de sus dedos y sobre sus pies. Pensó en como Tristan la había besado en el asiento trasero del coche la noche del accidente. Era la ternura de su beso lo que recordaba, la forma en que había tocado su cara con asombro, casi con veneración. La forma en que la había abrazado la hizo sentir no sólo amada, sino sagrada para él.

—Todavía no has ido al agua.

Ivy abrió los ojos. Parecía bastante claro que Eric no la dejaría sola hasta que probara que no saldría histérica en la piscina.

—Justo estaba pensando sobre eso —dijo ella, quitándose las gafas de sol. Él la esperó en el borde de la piscina.

Ivy estaba contenta de que, en su propia fiesta, Eric hubiera estado sobrio. Pero quizás esto era cómo lo compensaba. Sin alcohol, sin drogas, así era como Eric se entretenía a sí mismo: probando a la gente en sus puntos más vulnerables.

Ivy se metió en el agua. En los primeros momentos el antiguo miedo se arrastró sobre ella como el agua que subía hasta su cuello, y estaba terriblemente asustada. —Esto es el coraje —había dicho Tristan—, enfrentar lo que te da miedo. —Con cada golpe, ella se encontraba un poco más cómoda.

Nadó el largo de la piscina, luego paró y esperó a Eric en la parte profunda. Él era un nadador mediocre.

—No está mal —dijo Eric cuando la alcanzó—. No estás tan mal para una principiante.

—Gracias —dijo Ivy.

—Ni siquiera estás sin aliento.

—Supongo que estoy en buena forma.

—Para nada sin aliento —dijo él—. Ya sabes, hay un juego que Gregory y yo jugábamos en el campamento cuando éramos niños pequeños.

Hizo una pausa, e Ivy supuso que iba a sugerir que lo jugaran ahora. Ella deseaba que estuvieran colgando de la pared en la otra parte de la piscina, donde había sombra y los árboles no desplazaban al sol, y donde la mayoría de los demás se había metido y sentado.

—Es una prueba para ver cuánto podemos aguantar la respiración —le dijo. Habló sin mirarla; Eric raramente miraba a alguien a los ojos.

—Tienes que sumergirte bajo el agua y quedarte ahí tanto como sea posible mientras la otra persona lo cronometra.

Ivy pensó que era un juego de tontos, pero siguió con ello, imaginándose que cuanto antes jugaran, más pronto se podría librar de él.

Eric rápidamente se metió abajo, sujetando su brazo sobre la superficie para que ella pudiera ver su reloj. Se quedó bajo el agua durante un minuto y cinco segundos, emergiendo con un áspero jadeo. Luego Ivy tomó una profunda bocanada de aire y se agachó. Contó lentamente para sí misma, mil uno, mil dos, determinada a derrotarlo. Mientras mantenía la respiración veía su pelo suelto arremolinarse a su alrededor. El cloro estaba fuerte, y quería cerrar los ojos, pero algo le decía que no confiara en Eric.

Cuando finalmente emergió él dijo: —¡Estoy impresionado! Un minuto y tres segundos.

Ella había contado un minuto y quince.

—Aquí está el segundo paso —dijo—. Veamos si podemos quedarnos bajo el agua bajando los dos juntos. Es como si nos animáramos el uno al otro. ¿Preparada?

Ivy asintió a regañadientes. Después de esto, iba a salir de la piscina. Eric se quedó mirando al reloj. —A la cuenta de tres. Uno, dos... —De repente la metió para abajo.

Ivy no había cogido aire. Ivy tiró hacia atrás, pero Eric no la dejaba irse. Agitó sus brazos bajo el agua pero él la agarró por los brazos.

Ivy empezó a asfixiarse. Había tragado algo de agua mientras Eric la arrastraba hacia abajo, y no podía evitar toser, intentando despejar sus pulmones, pero cada vez que lo hacía, tragaba más agua. Eric la sujetaba con fuerza.

Intentó golpearlo pero él movió sus piernas de su camino y sonrió con una sonrisa en los labios cerrados.

Estaba disfrutando esto, pensó. Cree que esto es divertido. ¡Está loco!

Ivy luchó para alejarse de él. Su estómago se tensó con calambres, y sus rodillas se estiraron. Sus pulmones se sentían como si estuvieran ardiendo.

De repente Eric hizo una mueca. Se hizo a un lado con tanta rapidez que hizo girar a Ivy con él. Entonces la dejó ir. Ambos salieron a la superficie, jadeando y farfullando.

—¡Tu idiota! ¡Tú, estúpido idiota! —gritó Ivy. Pero su tos la detuvo de seguir.

Eric se acercó a la pared, con cara pálida, y con sus dedos agarrando su costado. Cuando sacó su mano, ella vio las marcas rojas, finas rayas de sangre, como si alguien hubiera arañado su espalda y su costado con largas y afiladas uñas.

Eric miró alrededor rápidamente con ojos pálidos y desenfocados, luego se volvió hacia ella. Su cara parecía casi distorsionada como si estuviera bajo el agua. —Sólo estaba jugando —dijo.

Alguien lo llamó desde la parte contraria de la piscina. La gente estaba empezando a ir adentro. Se levantó lentamente y se dirigió en dirección a la casa de la piscina. Ivy se quedó a un lado de la piscina, respirando profundamente. Sabía que tenía que quedarse en la piscina. Tenía que esperar hasta que estuviera respirando normalmente de nuevo, y entonces nadar algunas vueltas. Tristan le hizo superar su miedo. No iba a permitir que Eric lo hiciera volver otra vez. Empezó a nadar.

Cuando Ivy alcanzó la otra parte de la piscina y se volvió para otra vuelta, Beth llegó a ella y la agarró por el tobillo. Ivy miró por encima de su hombro y vio a Beth tambaleándose en el borde de la piscina, con su gran sombrero de ala ancha que le llegaba hasta los ojos. Will se movió rápidamente para sujetarla desde atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Ivy, sonriendo hacia Beth, mirando rápida y conscientemente hacia Will.

—Todo el mundo va adentro para ver videos —le dijo Beth entusiastamente—, algunos fueron hechos en el colegio este año, y después del colegio en los juegos de baloncesto y... —Beth se detuvo.

—Competiciones de natación —terminó Ivy la frase por ella. Quizás podría ver, una vez más, a Tristan nadando a mariposa.

Beth dio un paso atrás del borde de la piscina y se volvió hacia Will. —Voy a quedarme fuera un momento.

—No te quedes fuera por mí, Beth —dijo Ivy—. Yo...

—Escucha —la interrumpió Beth—, con todo el mundo adentro, finalmente puedo desnudar este hermoso cuerpo blanco y no preocuparme por dejarlos ciegos por la nieve.

Will rió suavemente y dijo algo destinado sólo a las orejas de Beth.

Will era un tipo dulce, pero Ivy no lo hubiera culpado si estuviera enfadado con ella, no después de la escena que ella había hecho la noche del sábado anterior. Él había dibujado imágenes de ángeles, una de Tristan como ángel con sus brazos alrededor de Ivy. Ella lo había hecho pedazos.

—Ve adentro y ve los videos, Beth —dijo Ivy firmemente—. Sólo quiero nadar un poco.

Will se inclinó hacia delante entonces. —No deberías nadar por tu cuenta, Ivy.

—Eso es lo que Tristan solía decir.

En respuesta, Will la miró fijamente con sus ojos en un lenguaje propio. Eran piscinas marrones, lo suficiente profundas para ahogarse, pensó Ivy. Los de Tristan habían sido color avellana, y sin embargo había algo similar en sus ojos y los de Will, algo que la atraía a él.

Ella se volvió rápidamente, y luego contuvo el aliento. Con un suave destello de alas de colores, una mariposa se paró en su hombro.

—Un flyer¹ —dijo Beth. Quizás porque todos estaban pensando en Tristan, Beth había usado la palabra para un nadador que hacía mariposa.

Ivy intentó quitarse el insecto. Sus alas revolotearon, pero la sorprendió quedándose.

—Te ha confundido con una flor —dijo Will, sonriendo, con sus ojos llenos de luz.

—Quizás —contestó Ivy, ansiosa por alejarse de él y Beth. Impulsándose en el lado de la piscina, empezó a nadar.

Hizo vuelta tras vuelta, y cuando estuvo finalmente cansada, nadó al medio de la piscina y se puso a flotar.

—Es un sentimiento tan genial, Ivy. ¿Sabes lo que es flotar en un lago, con un círculo de árboles a tú alrededor, y un gran cuenco azul de cielo por encima de ti? Estás tendido sobre el agua, con el sol brillando sobre la punta de tus dedos de las manos y de los pies.

La memoria de la voz de Tristan era tan fuerte que era como si lo oyera ahora. Parecía imposible que el gran cuenco azul del cielo se quedara arriba; debería haberse destrozado como el parabrisas del coche la noche del accidente, pero ahí estaba.

Recordó tenderse hacia atrás en el agua, sintiendo su brazo por debajo de ella mientras le enseñaba a flotar. —*Tranquila ahora, no luches contra ello* —Había dicho.

No luchó. Ella cerró sus ojos e imaginó estar en el centro de un lago. Cuando había abierto los ojos, él estaba mirando hacia abajo a ella, con su cara como el sol, calentándola.

—Estoy flotando —Ivy había susurrado, y lo susurró ahora.

—Estás flotando.

—Flotando. —Lo habían leído de los labios de cada uno, y por un momento ahora se sentía como si él estuviera inclinándose sobre ella todavía—. Flotando —Sus labios cerca, tan cerca...

¹ **Flyer:** Es el nombre en inglés que reciben los nadadores estilo mariposa.

—¡Devuélvelo!

Ivy levantó su cabeza rápidamente, y sus pies se hundieron bajo ella. Rápidamente se secó el agua de los ojos.

La puerta de la casa estaba abierta, y Gregory estaba corriendo a través del césped, llevando una pequeña parte de ropa negra en sus manos. Extraños globos de una cosa blanca y espumosa volaron de su pelo. Eric vino corriendo desnudo tras él, con una mano sujetando el sombrero de Beth, lo único que lo cubría, y con la otra empuñando un largo cuchillo de cocina. —Eres hombre muerto, Gregory.

—Ven a cogerlo —Lo incitó Gregory, levantando el bañador de Eric—. Venga. Da lo mejor de ti.

—Voy a...

—Claro, claro —Gregory azuzó.

Eric de repente dejó de correr. —Te voy a coger, Gregory —le advirtió—. Cuando menos te lo esperes.

Capítulo 2



*Traducido por masi
Corregido por Ángeles Rangel*

Lacey se volvió a sentar en la silla de la cafetería, sonriendo y mirando a Tristan muy satisfecha consigo misma. Aparentemente, lo había perdonado por arrastrarla fuera de la fiesta de libertad total en la piscina de la casa de Eric. Entonces enganchó sus pulgares y agitó sus manos, ondeando sus dedos como si fueran alas. —Tienes que admitir, que el aterrizaje de la mariposa sobre Ivy fue un toque agradable.

Tristan observó sus relucientes dedos y sus largas uñas, y respondió con algo entre una mueca y una sonrisa. Cuando había conocido por primera vez a Lacey Lovitt, había pensado que las uñas moradas y los reflejos del singular color magenta en su oscuro pelo de punta, eran el resultado de su paso por este mundo durante dos años, un largo período de tiempo para la clase de ángel que era. Pero en realidad le gustaban las uñas y el pelo de esa manera, y era la forma en que los había teñido después de su última película en Hollywood antes de que su avión cayera.

—La mariposa fue agradable —él comenzó—, pero...

—Te estás preguntando cómo lo hice —interrumpió—. Creo que voy a tener que enseñarte el uso de los campos de fuerza. —Miraba la bandeja de postres como si ella o él pudieran realmente comérsela.

—Pero... —dijo Tristan de nuevo.

—Te estás preguntando cómo sabía lo de la mariposa —dijo—. Te dije, que había leído todo acerca del héroe de Stonehill High, el gran nadador, Tristan Carruthers, en el periódico local. Sabía que el mariposa era tu estilo. Sabía que haría que Ivy pensara en ti.

—Lo que me preguntaba es: ¿No podías dejar los pasteles tranquilos?

Sus ojos se deslizaron sobre la bandeja de postres de nuevo.

—Ni siquiera pienses en ello —él dijo.

Sólo había un puñado de clientes sentados en el café de la ciudad al aire libre a las cuatro y media de la tarde, pero sabía que Lacey podía crear el caos con muy pocos. Dos pasteles y algo de crema batida, eso es todo lo que había tomado antes en la casa de Eric. —Quiero decir, ¿no es esa clase de truco un poco anticuado, Lacey? Era anticuado cuando los Tres Chiflados lo hacían.

—Oh, ilumíname, aguafiestas —respondió ella—, a todo el mundo de la fiesta le divirtió. Vale, vale —dijo—, algunas personas disfrutaron, y unos pocos, como Suzanne, se pusieron quisquillosos por su cabello. Pero yo pasé un buen rato.

Tristan negó con la cabeza. Lacey había sido rápida como un rayo, moviéndose alrededor de la casa de la piscina, invisible buscando pelea. Había disfrutado, obviamente, tirando del traje de baño de Gregory cada vez que Eric estuvo cerca. —Ahora sé porqué nunca completas tu misión —dijo Tristan.

—Bueno, ¡perdóo-na-me! Por favor, recuérdamelo la próxima vez que me ruegues que vaya contigo y te ayudé a llegar a Ivy. —Se puso de pie bruscamente y salió de la cafetería. Tristan estaba acostumbrado a su dramatismo y la siguió lentamente hacia Main Street.

—Me pones de los nervios, Tristan, criticando mi poca diversión. ¿Dónde estabas cuando Ivy comenzó a hacer caras como si fuera un pez de colores en la parte más profunda de la piscina? ¿Quién se hizo cargo de Eric?

—Fuiste tú —dijo—, y sabes dónde estaba yo.

—Todo inmerso dentro de Will.

Tristan asintió con la cabeza. La verdad era vergonzosa.

Él y Lacey se movieron en silencio por la acera de ladrillo, pasando por una hilera de tiendas con brillantes toldos a rayas. Las ventanas estaban llenas de antigüedades y de arreglos de flores secas, de libros de arte y de papeles de pared decorados que mostraban el gusto de la adinerada ciudad de Connecticut. Tristan aún caminaba como si estuviera vivo y fuera sólido, apartándose del camino de los compradores. Lacey pasaba directamente a través de ellos.

—Debo de estar haciendo algo mal —dijo Tristan al final—. Al instante en que estoy dentro de Will, es como si fuera una parte de él y cuando mira a Ivy, yo también lo hago. Es como si sintiera lo que siento por ella. Entonces, al instante siguiente él se retira.

Lacey se había detenido para mirar el escaparate de una tienda de ropa.

—Debo estar empujando demasiado fuerte —continuó Tristan—. Necesito que Will hable por mí. Pero creo que me descubrió rondando en su mente, y ahora tiene miedo de mí.

—O tal vez —dijo Lacey—, tiene miedo de ella.

—¿De Ivy?

—De sus sentimientos hacia ella.

—¡Mis sentimientos por ella! —dijo Tristan rápidamente.

Lacey se dio la vuelta para mirarlo, con la cabeza ladeada. Tristan fingió un repentino interés por un feo vestido negro con lentejuelas expuesto en el escaparate. No podía ver el reflejo de la cara de Lacey en el cristal, más de lo que podía ver el suyo. Sólo un destello de oro y mechones de color suave brillaban en la ventana, él supuso que era lo que un creyente vería cuando les miraba.

—¿Por qué? —preguntó Lacey—. Quiero saber por qué asumes que eres el único hombre en el mundo enamorado de...

Tristan la interrumpió: —Entré dentro de Will, y desde entonces está en buena sintonía, y empezó a sentir mis sentimientos y creo que mis pensamientos. Así es como funciona, ¿verdad?

—No se te ha ocurrido pensar que la razón por la que fue tan fácil, para un aficionado como tú, entrar en Will fue porque ya estaba sintiendo tus sentimientos y pensando tus pensamientos, al menos cuando se trata de Ivy.

Podía ser, pero Tristan había hecho todo lo posible para aplastar la idea.

—Estuve dentro de la mente de Beth, también —le recordó.

La primera vez que Lacey había visto a Beth, le había dicho a Tristan que la amiga de de Ivy sería una "radio" natural, alguien que podía transmitir mensajes del otro lado de la vida. Justo como Tristan había engatusado a Will para que dibujara ángeles en un esfuerzo por consolar a Ivy, él había conseguido que Beth escribiera algo automáticamente, aunque había sido tan confuso que nadie fue capaz de darle sentido.

—Estabas dentro, pero fue más difícil para ti —señaló Lacey—. Trastabillaste un montón ¿recuerdas? Y además, Beth también ama a Ivy.

Se volvió hacia la ventana. —Un vestido horrible —dijo, y luego siguió caminando—. Lo que realmente quiero saber es lo que ven todos en esta chica.

—Fue amable de tu parte salvar a una chica que te parece tan poco —comentó secamente Tristan.

Pasaron por el laboratorio de fotografía donde Will trabajaba y se detuvieron frente a la Celentano, la pizzería donde Will había dibujado los ángeles en el mantel de papel.

—No la salvé —dijo Lacey—. Eric estaba simplemente jugando, pero sería mejor que supieras qué tipo de juego es. He conocido a algunas personas realmente repugnantes durante mi vida, y tengo que decir que no es alguien con quien me gustaría salir de fiesta.

Tristan asintió con la cabeza. Tenía mucho que aprender. Después de viajar atrás en el tiempo a través de su propia mente, estaba seguro de que alguien había cortado el cable del freno la noche en que su coche se había golpeado de frente contra un ciervo. Pero no tenía idea de por qué.

—¿Crees que Eric lo hizo? —le preguntó.

—¿Qué, lo de los frenos? —Lacey se entrelazó un mechón de pelo morado alrededor de unas de sus uñas largas como una daga—. Es una posibilidad, siendo un matón que en el fondo cometa asesinato. ¿Qué tenía en contra tuya y de Ivy?

Tristan levantó su mano y luego la dejó caer. —No sé.

—¿Hay alguien qué tuviera algo contra ti o contra ella? Podrían haber acabado simplemente contigo. Si fueras tú a quien querían quitarse de encima, ella está a salvo.

—Si ella está segura, ¿por qué regresé para una misión?

—Para molestarme a mí —dijo Lacey—. Obviamente, eres una especie de penitencia para mí. ¡Oh, ánimo, aguafiestas! Tal vez simplemente es una misión equivocada.

Se deslizó a través de la puerta de Celentano sin abrirla, y luego extendió la mano con picardía e hizo sonar las tres campanas sobre ella. Dos chicos con camisetas y pantalones manchados de hierba se quedaron mirando la puerta. Tristan sabía que ella había materializado la punta de sus dedos, un truco que él acababa de dominar, y había tirado de la cadena de las campanas. Las hizo sonar por segunda vez, y los chicos, sin poder ver a Lacey o a Tristan, se miraron entre sí.

Tristán sonrió y luego dijo: —Vas a asustar a la clientela.

Lacey se subió en el mostrador junto a Dennis Celentano. Él había lanzado un poco de masa y expertamente estaba moviéndola por encima de su cabeza hasta que no volviera a bajar. Parecía suspendida como una toallita húmeda en el aire. Dennis estaba atento a ella, entonces se inclinó de un lado a otro, tratando de averiguar lo que estaba levantando la masa.

Tristán supuso que la masa iba a ser más bien un pastel en la cara. —Sé buena, Lacey.

Ella dejó caer la masa cuidadosamente sobre el mostrador. Salieron dejando a Dennis y a sus clientes mirándose y preguntándose los unos a los otros. —Contigo alrededor —se quejó a Tristán—, ganaré estrellas de oro y terminaré mi misión en poco tiempo.

Tristán lo dudaba. —Tal vez puedas ganar algunas estrellas más por ayudarme con el mío —le dijo—. ¿No me digas que hay una manera de viajar atrás en el tiempo a través de la mente de otra persona más? ¿No dijiste que podía buscar en el pasado a través de la memoria de otra persona?

—No, dije que yo podía —respondió ella.

—Enséñame.

Ella negó con la cabeza.

—Vamos, Lacey.

—No.

Estaban en el final de la calle, de pie, delante de una antigua iglesia con un muro bajo de piedra que la rodeaba. Lacey saltó hasta la pared y empezó a caminar.

—Es demasiado arriesgado, Tristan. No creo que vaya a ayudarte de ninguna manera. Incluso si pudieras conseguir meterte en una mente como la de Eric, ¿qué crees que vas a encontrar? Los circuitos de ese tipo están hechos un lío y fritos. Podría ser, que si usas una de sus terminaciones, sea un viaje muy malo para ti.

—Enséñame —insistió—. Si quiero averiguara quien cortó los frenos, tendré que volver a aquella noche en la mente de todos los que pudieron haber visto algo, incluyendo a Ivy.

—¡Ivy! ¡Nunca conseguirás entrar! Esa chica te tiene a ti y a todos los demás totalmente embelesados.

Lacey hizo una pausa, esperó hasta tener la completa atención de Tristan, y a continuación, levantó una pierna como si estuviera haciendo un ejercicio de equilibrio sobre una viga. Nunca ha perdido su apetito por la audiencia, pensó Tristán.

—Intenté ser Ivy en la fiesta de la piscina esta tarde —soltó Lacey—. No consigo imaginar cómo, incluso cuando estabas vivo, tú y esa chica que nunca llegaron a...

—¿Crees que podrías encontrar una manera de dar consejos sin hacer comentarios sarcásticos sobre "esa chica"?

—Claro —respondió ella, agradablemente, y empezó a caminar de nuevo por el muro—. Pero no sería ni la mitad de divertido.

—Lo intentaré con Philip de nuevo —dijo Tristán, más para sí que para ella—. Y Gregory...

—Ahora, Gregory es un hueso duro de roer. ¿Confías en mí? Qué pregunta más estúpida —dijo antes de que él pudiera responder—. No confías en nadie que tiene ojos para Ivy.

La cabeza de Tristán se alzó hacia arriba. —Gregory está saliendo con Suzanne.

Ella le ridiculizó. —Eres tan ingenuo. Es refrescante viniendo de un tipo de atleta, galán como tú, pero también es algo lamentable.

—Enséñame —dijo por tercera vez, entonces se acercó y cogió su mano. Como las manos de ángel no pasaban a través de la de otras iguales, podía sujetarla con fuerza—. Estoy preocupado por ella, Lacey, estoy muy preocupado.

Ella lo miró.

—Ayúdame.

Lacey se quedó mirando sus largos dedos atrapados por los suyos. Retiró la mano muy despacio, y entonces se acercó y le dio palmaditas sobre la cabeza. Odiaba cuando ella le podía favorecer, ya que no le gustaba pedir limosna, pero ella sabía que las cosas llevaban mucho tiempo para aprenderlas por su cuenta.

—Está bien, está bien. Pero escucha bien, porque sólo voy a decírtelo una vez.

Él asintió con la cabeza.

—Primero tienes que encontrar el gancho. Tienes que encontrar algo que la persona vio o hizo esa noche. El mejor tipo de gancho es sólo un objeto o una acción que está conectado con esa noche, para evitar cualquier cosa que pudiera poner en peligro a tu anfitrión. Tú no quieres que suenen las alarmas de su cabeza.

Ella paseó cuidadosamente a lo largo de una sección desmoronada de la pared. —Es algo así como hacer una búsqueda de palabras en una computadora de la biblioteca. Si escoges un término que es demasiado general, llamarás a todo tipo de basura que no quieres.

—Demasiado fácil dijo con confianza.

—Uh-huh —dijo, e hizo girar sus ojos—. Una vez que tengas tu enganche, te introduces en la persona, como ya lo has hecho con Will y Beth, sólo tienes que tener más cuidado que nunca. Si tienes tus sensaciones rondando

alrededor, si algo se siente extraño para él, estará en guardia. Entonces estará demasiado atento para dejar que su mente divague hacia atrás a través de la memoria.

—Ellos nunca se imaginarán que estoy allí.

—Uh-huh —dijo ella de nuevo—. Sé paciente. Deslízate. —Ella se deslizó a lo largo de la pared a cámara lenta—. Y lentamente intenta enfocarte en la imagen que estás utilizando para el gancho. Recuerda verlo de la misma manera que tu anfitrión lo vería.

—Por supuesto. —Era sencillo. Probablemente podría habérselo imaginado por su cuenta, pensó—. ¿Y después?

Ella saltó de la pared. —Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Ahí es cuando comienza la diversión.

—Pero dime como es, Lacey, así sé que esperar. Dime cómo se siente.

—Oh, creo que probablemente podrás averiguarlo por tu cuenta.

Se detuvo en seco. —¿Puedes leer la mente?

Se giró para mirarlo directamente a los ojos. —No, pero soy bastante buena leyendo expresiones de la cara. Y la tuya es como un libro con letras grandes.

Él desvió la mirada.

—Me necesitas, Tristán, pero no me tomas en serio. Conocí a un montón de gente como tú cuando estaba viva.

No sabía qué decir.

—Escucha, tengo mi propia misión en la que trabajar. Es hora de empezar a hurgar la ciudad de Nueva York, volviendo al principio y averiguando lo que se supone que debo averiguar. Gracias a ti, llego tarde al tren.

—Lo siento —dijo él.

—Sé que no puedes evitarlo. Escucha, si consigues terminar tu misión antes de que yo vuelva, ¿Puedo tener tu tumba? Quiero decir, no tengo ninguna, a menos que cuentes el asiento del avión en el fondo del Atlántico, y no necesitarás una después de que...

—Claro, claro.

—Por supuesto, podría terminar mi misión primero.

¿Después de dos años de dilaciones? Pensó, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—Juro que tu cara es como uno de esos libros con letras grandes que mi madre solía leer.

Entonces se echó a reír y se apresuró en dirección a la estación que estaba en la frontera de la ciudad, ubicada entre el río y la colina.

Tristán giró en sentido contrario subiría una carretera que le llevaría a la parte superior de la colina, donde estaba la casa Baines. Philip podría estar en casa, pensó. El hermano pequeño de Ivy se había aferrado a la creencia en los ángeles, pero Ivy se había dado por vencida. Podía ver a Tristan resplandecer, aunque no sabía quién era. Curiosamente, el gato de Ivy, Ella, veía a Tristan, también.

Era capaz de acariciar a Ella cuando materializaba la punta de sus dedos. Eso era todo lo que podía hacer por ahora: acariciar a un gato, coger un trozo de papel. Tristan tenía ganas de tocar a Ivy, de ser lo suficientemente fuerte como para tenerla en sus brazos.

Iría directamente a su casa ahora y la esperaría hasta que volviera de la fiesta. Estaría atento a Gregory, también. Mientras lo hacía, descubriría que mente podría ser la clave que necesitaba y cómo, por favor dígame cómo, ¡evitaría que llegara a Ivy!

Capítulo 3



*Traducido por Sheilita Belikov
Corregido por marzeDoyle*

Suzanne aplastó un pedazo de la planta colgante que necesitaba ser podada, luego se extendió lujosamente en su diván. Llevaba una bata de seda dorada y había envuelto una toalla verde y dorada alrededor de su cabeza como un turbante. Todo en la habitación, la bañera grande y redonda, las almohadas, la lujosa alfombra y el papel tapiz de seda granulada, eran verde o dorado.

La primera vez que Ivy había entrado en esta habitación en la casa de Suzanne, sus ojos se abrieron de golpe. Ella tenía siete años entonces. El baño suntuoso, la elegante habitación de niña, y los baúles forrados de terciopelo que contenían veintiséis muñecas Barbie inmediatamente convencieron a Ivy de que Suzanne era una princesa, y Suzanne no actuó de otra manera. Ella era una princesa notable que alegremente compartió todos sus juguetes y tuvo una buena racha de desenfreno.

Ese día Ivy y Suzanne se cortaron trozos pequeños de su propio pelo e hicieron pequeñas pelucas para las muñecas. Veintiséis muñecas requieren una gran cantidad de pelo. Ivy creyó que nunca sería invitada de nuevo, pero pronto estuvo siendo recogida por la Sra. Goldstein todo el tiempo, porque Suzanne dijo que quería jugar con Ivy incluso más de lo que quería su mesada o un poni. Suzanne suspiró, ajustó su turbante, y abrió los ojos.

—¿Estás lo suficientemente cálida, Ivy? —Ivy asintió.

—Perfecta. —Después de llevar a Suzanne a casa desde la fiesta, Ivy había cambiado su traje de baño mojado por una camiseta y shorts. Suzanne le había prestado su bata rosa y satinada, que necesitaba dentro de la casa con aire acondicionado. Eso hizo a Ivy sentirse como parte de la escena de una princesa.

—Perfecta —repitió Suzanne, levantando una larga y bronceada pierna, apuntando con los dedos de sus pies. Repentinamente le dio un golpe desgarrado a la planta que colgaba sobre su diván, luego bajó su pierna y se rió. Ahora que el pastel y la crema batida habían sido lavados de su pelo, estaba de mucho mejor ánimo.

—Él es. . . perfecto. Dime la verdad, Ivy —dijo ella—. ¿Gregory piensa en mí a menudo?

—¿Cómo voy a saberlo, Suzanne?

Suzanne se dio la vuelta sobre su costado para estar frente a Ivy.

—Bueno, ¿Gregory habla de mí?

—Lo hace —Ivy dijo con cautela.

—¿Mucho?

—Naturalmente no me dice mucho. Sabe que soy tu mejor amiga y que te lo transmitiría, o al menos me torturarías para sacármelo —Ivy sonrió.

Suzanne se sentó y se quitó la toalla de la cabeza. Una cascada de cabello negro azabache descendió sobre sus hombros.

—Él es un coqueto —dijo—. Gregory coquetea con cualquiera, incluso contigo.

Ivy no se sintió ofendida por las palabras incluso contigo.

—Por supuesto que lo hace —dijo—. Él sabe que te llega. Le gusta jugar, también.

Suzanne bajó la barbilla y le sonrió a Ivy a través de mechones de cabello húmedo.

—Ya sabes —Ivy continuó—, ustedes dos le suministran a Beth una tonelada de material. Ella escribirá cinco Harlequins antes de que nos graduemos de la secundaria. Si yo fuera tú, pediría una tajada.

—Mmm. —Suzanne sonrió para sus adentros—. Y apenas empecé.

Ivy se echó a reír y se levantó.

—Bueno, tengo que irme ahora.

—¿Te vas? ¡Espera! Apenas hemos hablado de las otras chicas en la fiesta.

Habían analizado a las otras chicas durante todo el camino a casa, y gritado una docena más de comentarios maliciosos por encima del fuerte repiqueteo de la ducha de Suzanne.

—Y no hemos hablado de ti —dijo Suzanne.

—Bueno, cuando se trata de mí, realmente no hay nada de qué hablar —le dijo Ivy. Se quitó la bata y comenzó a doblarla.

—¿Nada? Eso no es lo escuché —dijo Suzanne astutamente.

—¿Qué escuchaste?

—Bueno, antes que nada, quiero que sepas que cuando lo escuché...

—¿Escuchaste qué? —Ivy preguntó con impaciencia.

—... les dije a todos que, como alguien que te conoce desde hace mucho tiempo, creía que era improbable.

—¿Creíste improbable qué?

Suzanne comenzó a peinar su cabello.

—Puede que incluso dijera muy improbable, no puedo recordar.

Ivy se sentó.

—Suzanne, ¿de qué estás hablando?

—Por lo menos yo les dije que estaba muy sorprendida de escuchar que estuviste besuqueándote en la parte más profunda con Eric.

La boca de Ivy cayó abierta.

—¡Besuqueándome con Eric! ¿Y les dijiste que era improbable? ¡Más bien totalmente imposible! ¡Suzanne, tú sabes que no lo haría!

—Ya no sé nada a ciencia cierta sobre ti. Las personas hacen cosas extrañas cuando están de luto. Se sienten solas. Prueban diferentes formas de olvidar.... ¿Qué estabas exactamente haciendo?

—Jugando un juego.

—¿Un juego de besos?

Ivy resopló a través de sus labios.

—Un estúpido juego.

—Bueno, me alegra oírlo —dijo Suzanne—. No creo que Eric sea bueno para ti. Es demasiado rápido, y se divierte con algunas cosas raras. Pero por supuesto debes comenzar a salir de nuevo.

—No.

—Ivy, es hora de empezar a vivir de nuevo.

—Vivir y salir no son la misma cosa —puntualizó Ivy.

—Lo son para mí —replicó Suzanne.

Las dos se rieron.

—¿Qué pasa con Will? —preguntó Suzanne.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, él es en cierto modo un recién llegado a Stonehill, como tú, y un tipo artístico, como tú. Gregory dijo que las pinturas que presentó en el festival son impresionantes.

Gregory le había dicho lo mismo a Ivy. Ella se preguntó si los dos estaban conspirando para juntarlos a ella y a Will.

—No estás todavía enojada por sus dibujos de ángeles, ¿verdad? —preguntó Suzanne.

—Un dibujo de Tristan como un ángel envolviendo sus brazos alrededor de mí —Ivy corrigió en silencio.

—Sé que él pensó que me haría sentir mejor —dijo en voz alta.

—Entonces dale una oportunidad, Ivy. Sé lo que estás pensando. Sé exactamente cómo te sientes. ¿Recuerdas cuando Sunbeam murió, y dije

“Eso es todo con Pomeranias²”. ¡Nunca quiero otro perro de nuevo! Pero ahora tengo a Peppermint y....

—Voy a pensar en ello, ¿de acuerdo?

Ivy sabía que Suzanne tenía buenas intenciones, pero perder a Tristan no era como perder a un perro de catorce años, medio ciego y completamente sordo. Estaba cansada de tratar con personas que tenían buenas intenciones y decían cosas ridículas.

Quince minutos más tarde Ivy estaba dirigiéndose a casa, su viejo Dodge subía el largo recorrido hasta la colina. Varios meses antes no lo hubiera creído posible, pero se había encariñado con la pequeña pared de piedra, la arboleda y el sendero de flores silvestres; la pared, árboles y flores de su padrastro Andrew. La gran casa blanca en la cima de la colina, con sus alas, dos chimeneas y pesadas persianas negras, en realidad parecía como su casa ahora. Los techos altos no se veía tan altos, el amplio vestíbulo y el centro de la escalera ya no la intimidaban, aunque usualmente todavía se escabullía por la escalera trasera.

Faltaba aproximadamente una hora para la cena e Ivy esperaba pasar algún tiempo a solas en su sala de música. Habían pasado cuatro semanas exactamente desde que Tristan murió, aunque nadie más parecía haber notado la fecha, y cuatro semanas exactamente desde que había dejado de tocar el piano. Su hermano de nueve años, Philip, le había pedido que tocara para él como antes. Pero cada vez que se sentaba en el banco se enfriaba por dentro. La música estaba congelada en algún lugar dentro de ella.

Tengo que atravesar este bloqueo, Ivy pensó mientras metía su coche en el garaje detrás de la casa. El Festival de Artes Stonehill estaba a dos semanas, y Suzanne la había inscrito como intérprete. Si Ivy no practicaba pronto, ella y Philip tendrían que presentar su famoso dueto "Chopsticks³".

Ivy se detuvo afuera del garaje para ver a Philip jugando debajo de su casa del árbol. Él estaba tan envuelto en su juego, que no la vio. Pero Ella lo hizo. Era como si la gata la hubiera estado esperando, sus ojos verdes se ampliaron y la miraron expectante. Ella estaba ronroneando incluso antes

² **Pomeranias:** Raza de perro. Éstos se caracterizan por su pequeño tamaño.

³ **Chopsticks:** Es una pieza de piano extremadamente simple. Su verdadero nombre es "The Celebration Chop Waltz".

de que Ivy la acariciara alrededor de las orejas, su lugar favorito, y luego siguió a Ivy adentro.

Ivy saludó a su madre y a Henry, el cocinero, que estaban sentados en la mesa en la cocina. Henry se veía cansado, y su madre, cuya mayoría de recetas complicadas eran copiadas de latas de sopa, parecía confundida. Ivy supuso que estaban planeando otro menú para una cena entretenida para los benefactores de la universidad de Andrew.

—¿Cómo estuvo la fiesta, cariño? —preguntó su madre.

—Bien.

Henry estaba ocupado borrando puntos de la lista de Maggie.

—Pollo a la king, pastel de chocolate con crema batida —dijo desdeñando con desaprobación.

—Hasta luego —dijo Ivy. Cuando ninguno de ellos levantó la vista, se dirigió a las escaleras traseras.

El lado oeste de la casa, donde el comedor, cocina y sala familiar estaban, era la sección más utilizada. Una galería estrecha flanqueada por fotos conectaba la sala familiar con el ala ocupada por la oficina de Andrew en la primera planta y la habitación de Gregory en la segunda. Ivy tomó la pequeña escalera que subía desde la galería, luego cruzó el corredor que conducía de vuelta a la parte principal de la casa, hacia el pasillo con su habitación y la de Philip. Tan pronto como entró en su habitación olió algo dulce.

Se quedó sin aliento por la sorpresa. En su buró, junto a la foto de Tristan con su gorra de béisbol favorita y una chaqueta vieja de la escuela, estaban una docena de rosas lavandas. Ivy se dirigió hacia ellas. Las lágrimas emergieron rápidamente en sus ojos, como si las gotas saladas hubieran estado allí todo el tiempo sin que ella lo supiera.

Tristan le había dado quince rosas lavanda el día después de que discutieron sobre su creencia en los ángeles, una por cada una de sus estatuas de ángeles. Cuando él vio cuanto amaba su inusual color, le había traído más, dándoselas en el camino a una cena romántica la noche del accidente.

Había una nota junto a las rosas. La escritura irregular de Gregory nunca era fácil de descifrar, y menos a través de lágrimas. Se secó los ojos y volvió a intentarlo. La nota decía:

"Sé que estas han sido las cuatro semanas más difíciles de tu vida."

Ivy levantó el florero y puso su cara ligeramente contra los pétalos fragantes. Gregory había estado allí para ella, preocupándose por ella, desde la noche del accidente. Mientras todos los demás la alentaban a recordar esa noche y hablar sobre el accidente, porque dijeron, eso la ayudaría a sanar; él la había dejado tomarse su tiempo, la dejó encontrar su propio camino a la sanidad. Tal vez era su propia pérdida, el suicidio de su madre, lo que lo había hecho comprenderla de esa manera.

Su nota revoloteó hacia el suelo. Ivy rápidamente se inclinó y la recogió. Revoloteó hacia abajo por segunda vez. Cuando trató de recogerla de nuevo, el papel se rompió un poco en sus dedos, como si hubiera sido atrapada en algo. Ivy frunció el ceño y suavemente alisó la nota. Entonces la puso de nuevo en el buró, deslizándola una esquina bajo el florero pesado. A pesar de las lágrimas, se sentía más tranquila ahora. Decidió intentar tocar el piano, con la esperanza de que sería capaz de encontrar la música en su interior.

—Vamos, Ella. Arriba. Necesito practicar.

La gata la siguió a través de una puerta en la habitación que ocultaba un empinado tramo de escaleras que conducían al tercer piso de la casa. La sala de música de Ivy, que tenía un techo inclinado y una buhardilla, había sido equipada por Andrew como un regalo para ella. Aún era difícil para Ivy creer que tenía su propio piano, un piano de cola con teclas brillantes y sin astillas, mantenidas perfectamente afinadas. Todavía se maravillaba ante el sonido del sistema de CD, así como ante el antiguo fonógrafo que podía reproducir la colección de discos de jazz que había pertenecido a su padre.

Al principio Ivy había estado avergonzada por la forma en que Andrew les había prodigado regalos caros tanto a ella como a Philip. Había pensado que eso enfurecía a Gregory. Pero ahora parecían muy lejanos, aquellos meses en los que había pensado que Gregory la odiaba por invadir su vida en el hogar y la escuela. Ella se escurrió por delante de ella en la habitación y saltó sobre el piano.

—Así que, estás segura de que voy a tocar hoy —dijo Ivy.

La gata todavía tenía su mirada con los ojos muy abiertos y miraba fijamente más allá de Ivy, ronroneando.

Ivy sacó los libros de música, tratando de decidir qué tocar. Cualquier cosa, cualquier cosa, sólo para lograr que sus dedos se pusieran en marcha. Para el festival interpretaría algo de uno de sus últimos recitales. Mientras buscaba desordenadamente partituras clásicas dejó a un lado un libro de canciones de musicales de Broadway. Esa fue la única clase de música antigua y suave que Tristan, un fanático del rock, había conocido. Tomó a Liszt y abrió la partitura. Sus manos temblaban mientras tocaba las suaves teclas y comenzaba las escalas. A sus dedos les gustaba la sensación familiar de los estiramientos; el aumento repetitivo y la caída de notas la tranquilizaron. Levantó la mirada hacia los compases de apertura de "Liebestraum" y se ordenó tocar. Sus manos se hicieron cargo entonces, y fue como si nunca hubiera dejado de tocar. Durante un mes había estado conteniéndose fuertemente; ahora se entregó a la música que se arremolinaba a su alrededor. La melodía quería llevarla, y ella la dejó, dejó que la llevara a cualquier lugar que quisiera.

—Te amo, Ivy, y algún día me vas a creer.

Ella dejó de tocar. La percepción de él la abrumó. El recuerdo era tan intenso; él parado detrás de ella bajo la luz de la luna, escuchándola tocar, que no podía creer que se hubiera ido. Su cabeza cayó hacia delante sobre el piano.

—¡Tristan! ¡Te extrañó, Tristan!

Gritó como si alguien en este momento le acabara de decir que él estaba muerto. Nunca será más fácil, pensó. Nunca.

Ella se acurrucó cerca de su cabeza, olfateándola. Cuando las lágrimas de Ivy dejaron de fluir, alcanzó a la gata. Entonces oyó un sonido: tres notas distintas. Las patas de Ella deben haberse deslizado, Ivy pensó. Debe haber pisado las teclas del piano. Ivy parpadeó la humedad y abrazó a la gata en sus brazos.

—¿Qué haría sin ti, Ella?

Sostuvo a la gata hasta que volvió a respirar normalmente, entonces la puso suavemente sobre el banco y se levantó para lavarse la cara. Ivy estaba a medio camino de la habitación, de espaldas al piano, cuando

escuchó las mismas tres notas otra vez. Esta vez el conjunto idéntico de tres fue pulsado dos veces. Se volvió hacia la gata, que parpadeó hacia ella. Ivy se echó a reír a través de un reguero de lágrimas frescas. —O me estoy volviendo loca, Ella, o has estado practicando. —Luego bajó las escaleras hasta su dormitorio.

Quería tirar de las cortinas y dormir ahora, pero no se lo permitió. No creía que el dolor fuera a disminuir alguna vez, pero tenía que seguir adelante, seguir centrándose en las personas a su alrededor. Sabía que Philip se había dado por vencido con ella. Había dejado de pedirle que jugara con él desde hace tres semanas. Ahora ella saldría y se lo pediría.

Desde la puerta de atrás lo vio realizando algún tipo de ritual de cocina mágico debajo de dos grandes arcos y su casa del árbol nueva. Palos estaban dispuestos en un montón y una vieja olla eléctrica colocada en la parte superior.

Es sólo cuestión de tiempo, Ivy pensó, antes de que decidida encender uno de los palos de ese montón y prender fuego al patio ajardinado de Andrew. Él ya había hecho los dibujos de tiza en la entrada. Lo observó con un poco de diversión, y mientras tanto hizo flotar las seis notas de nuevo en su cabeza. El triplete repetido le era familiar, de una canción que había escuchado hace mucho tiempo. De repente las palabras se unieron a las notas. —*Cuando camines a través de la tormenta...* —Recordando las palabras lentamente, Ivy cantó:

—*Cuando camines a través de la tormenta... mantén alta tu cabeza.* — Hizo una pausa—. *Y no tengas miedo de la oscuridad.* —La canción era del musical *Carousel*. No podía recordar mucho sobre la obra, excepto que al final, un hombre que había muerto regresó como un ángel para alguien a quien amaba. El título de la canción flotaba en su mente.

—Nunca caminarás solo —dijo en voz alta.

Se llevó la mano a la boca. Se estaba volviendo loca, imaginando a Ella tocando ciertas notas, imaginando música con un mensaje. Sin embargo, Ivy encontró un poco de consuelo en el recuerdo de esa canción.

Al otro lado del césped Philip cantaba su propia canción suave sobre una olla con maleza verde. Ivy se le acercó en silencio. Cuando él levantó la vista y agitó una varita hacia ella, supo que estaba haciéndola un personaje en su juego. Ella hizo lo suyo.

—¿Puede ayudarme, señor? —dijo—. He estado perdida en el bosque durante varios días. Estoy lejos de casa, sin nada que comer.

—Siéntate, niña —dijo Philip con voz temblorosa de hombre viejo.

Ivy se mordió el labio para no reírse.

—Te alimentaré.

—Usted no es... no es un brujo, ¿verdad? —ella preguntó con cautela dramática.

—No.

—Bien —dijo, sentándose delante de la "fogata", pretendiendo calentarse las manos.

Philip le llevó la olla con hojas y malezas.

—Soy un mago.

—¡Eiii! —Ella se levantó de un salto.

Philip estalló de risa, luego rápidamente asumió su aspecto serio y hechicero de nuevo.

—Soy un mago bueno.

—¡Uf!

—Salvo cuando soy malo.

—Ya veo —dijo Ivy—. ¿Cuál es su nombre, mago?

—Andrew.

La elección la dejó desconcertada por un momento, pero decidió no decir nada al respecto.

—¿Esa es su casa, Mago Andrew? —preguntó, señalando la casa del árbol encima de ellos.

Philip asintió. El otro Andrew, el que hacía magia con sus tarjetas de crédito, había contratado a carpinteros para reconstruir la casa del árbol en la que Gregory había jugado en su infancia. Era de más del doble de su tamaño ahora, con un estrecho puente que conducía al arce junto a ella, donde más piso y barandillas habían sido martillados en el lugar. En los dos árboles, niveles superiores fueron añadidos. Una escalera de sogas colgaba del arce y una cuerda gruesa que terminaba en un nudo por debajo del asiento del columpio colgaba de otro. Era todo lo que un niño podría desear y más; Gregory e Ivy habían estado de acuerdo en eso después de subir un día cuando Philip se decidió.

—¿Quieres venir a mi escondite? —Philip le preguntó ahora— Vas a estar a salvo de todas las bestias salvajes, niña.

Él corrió hasta la escalera de cuerda e Ivy lo siguió, disfrutando el esfuerzo físico, la fricción dura de la cuerda contra las palmas de sus manos, y la forma en que el viento y su propio movimiento hacían mecían la escalera. Subieron dos niveles de la planta principal, entonces se detuvieron para recuperar el aliento.

—Es bueno aquí, Mago.

—Es seguro —respondió Philip—. Excepto cuando la serpiente plateada viene.

Cincuenta yardas más allá de ellos estaba la pequeña pared de piedra que marcaba el final de la propiedad Baines. A partir de ahí, la tierra caía abruptamente en un derrumbe de rocas escarpadas, matorrales enredados, y árboles delgados que se inclinaban de forma extraña para mantener su dominio en el suelo rocoso. Muy por debajo de la propiedad Baines estaba la pequeña estación de ferrocarril de Stonehill, pero desde la casa del árbol sólo podían oírse los pitidos de los trenes que pasaban entre el río y la colina.

Más al norte, Ivy podía ver un pedazo retorcido de azul, como un listón que baja desde el cielo y cae entre los árboles, y, a su lado, un tren arrastrándose a lo largo, destellando a la luz del sol. Lo señaló. —¿Qué es eso, Mago Andrew?

—La serpiente plateada —respondió sin dudar.

—¿Me morderá?

—Sólo si estás parada en su camino. Entonces te engulle y te escupe en el río.

—Puaj.

—A veces por la noche sube a la colina —dijo Philip, con la cara totalmente seria.

—No puede.

—¡Lo hace! —insistió—. Y tienes que ser muy cuidadosa. Puedes hacerla enojar.

—Bueno, no voy a decir una palabra.

Él asintió con aprobación, luego advirtió: —No puedes dejar que sepa que tienes miedo. Tienes que contener la respiración.

—¿Contener la respiración? —Ivy estudió a su hermano.

—Va a ver si te mueves. Te observa incluso cuando piensas que no está viéndote. Día y noche.

¿De dónde estaba él sacando estas cosas?

—Puede olerte si tienes miedo.

¿Estaba realmente asustado de algo, o se trata simplemente de un juego? Se preguntó. Philip siempre ha tenido una imaginación activa, pero le pareció que se estaba convirtiendo en hiperactiva y más oscura. Ivy deseaba que su amigo Sammy regresara del campamento de verano. Su hermano tenía todo lo que pudiera desear, pero estaba demasiado aislado de otros niños. Vivía demasiado en su propio mundo.

—La serpiente no me llevará, Philip —ella le dijo, casi con severidad—. No tengo miedo. No le tengo miedo a nada —dijo—, porque estamos a salvo en nuestra casa. ¿Está bien?

—Está bien, niña, quédate aquí —dijo—. Y no dejes a nadie más entrar. Voy a mi otra casa a traer algo de ropa mágica para ti. Te hará invisible.

Ivy sonrió un poco. ¿Cómo jugaría invisible? Entonces cogió una escoba maltratada y comenzó a barrer el piso. De repente oyó a Philip gritar. Se

dio la vuelta y lo vio tambaleándose al borde del estrecho puente, a dieciséis pies por encima del suelo. Dejó caer la escoba y se precipitó hacia él, pero sabía que no podía atraparlo a tiempo.

Entonces, así tan repentinamente, estaba equilibrado otra vez. Él se dejó caer a cuatro patas y miró hacia atrás por encima del hombro. La expresión absorta en su rostro detuvo a Ivy en seco. Había visto esa mirada en su rostro antes: la maravilla, el brillo del placer, su boca entreabierta en una sonrisa tímida.

—¿Qué pasó? —Ivy preguntó, ahora moviéndose lentamente hacia él—. ¿Te tropezaste?

Él sacudió la cabeza, y luego cogió el extremo suelto de una tabla. Ivy se inclinó para estudiarla. El puente había sido construido como un paseo en miniatura, con dos tablas largas y delgadas aseguradas entre los dos árboles y una serie de tablones cortos establecidos a través de ellas. Los tablones cortos colgaban por encima de las tablas unos cuantos centímetros a cada lado. Ese particular tablón estaba clavado sin apretar en un lado, Ivy podría sacar el clavo con sus manos; en el otro lado había un agujero, pero no un clavo.

—Cuando pise aquí —señaló Philip—, el otro lado se subió.

—Como un sube y baja —dijo Ivy—. Es bueno que no perdieras el equilibrio.

Philip asintió.

—Menos mal que mi ángel estaba aquí.

Ivy contuvo el aliento.

—Porque a veces no está. Aunque por lo general está cuando tú estás cerca.

Ivy cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Se ha ido —dijo Philip.

Bueno, pensó Ivy.

—Philip, ya hemos hablado de esto antes. No hay tales cosas como los ángeles. Todo lo que tienes es un montón de estatuas...

—Tus estatuas —la interrumpió—. Estoy cuidándolas bien.

—Te lo dije —dijo ella, con su garganta apretándose y su cabeza comenzando a pulsar—, te dije que si querías conservar las estatuas, nunca debías hablar conmigo sobre ángeles de nuevo. ¿No te dijo eso?

Él bajó la cabeza y asintió.

—¿No lo prometiste?

Él asintió de nuevo. Ivy suspiró y levantó el trozo de madera.

—Ahora deslízate por detrás de mí. Antes de que vayas más lejos, quiero checar cada tabla.

—Pero, Ivy —dijo—. ¡Vi a mi ángel! Lo vi atrapar la madera en el otro lado y apretarla para que no me cayera. ¡Lo vi!

Ivy se sentó sobre sus talones.

—No me digas. Déjame adivinar. Llevaba alas y una bata de noche, y tenía un pequeño aro de luz sobre su cabeza.

—No, no era más que luz. No era más que brillo. Creo que tiene una especie de forma, pero siempre me es difícil verla. Me es difícil ver su cara —dijo Philip. Su joven rostro era fervoroso.

—¡Basta! —dijo Ivy—. ¡Basta! ¡No quiero oír nada más sobre esto! Guárdalo para cuando Sammy llegué a casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo, con las comisuras de su boca rígidas y rectilíneas. Se deslizó más allá de ella.

Ivy comenzó a examinar las tablas y podía oír a su hermano barriendo la casa del árbol detrás de ella. Luego la escoba se detuvo. Ella miró por encima del hombro. La cara de Philip estaba feliz y brillante de nuevo. Todavía empuñaba la escoba, pero estaba parado de puntillas, estirándose hacia arriba.

—Gracias —él articuló silenciosamente.

Capítulo 4



Traducido por ***Liseth_Johanna18***
Corregido por *Blood Eva!*

Aquella tarde, Ivy vagó de habitación en habitación en la casa, sintiéndose nerviosa e inquieta. No quería salir o llamar a ninguna amiga, pero no podía hallar nada para hacer en casa. Cada vez que escuchaba el toque de la campana del reloj en la sala comedor, no podía evitar que su mente regresara a la noche en que Tristan murió.

Cuando Maggie y Andrew se fueron a la cama, Ivy subió a su habitación a leer. Deseaba que Gregory estuviera en casa. En las últimas semanas habían visto un montón de televisión por la tarde y la noche juntos, sentados calladamente uno al lado del otro, compartiendo galletas y riendo por las tontas bromas. Ella se preguntaba donde estaba él ahora. Tal vez había ayudado a Eric a limpiar después de la fiesta, luego, ambos podrían haber salido. O quizá él se había ido a donde Suzanne. Ella podría llamar a Suzanne y decir... Ivy se detuvo a si misma antes de que ese pensamiento fuera más lejos. ¿En que estaba pensando? ¿Llamar a Suzanne en medio de una cita?

Dependo de Gregory demasiado, pensó Ivy.

Se deslizó escaleras abajo y tomó una linterna del cajón de la cocina. Tal vez un paseo la haría adormecerse; tal vez la haría deshacerse de esa sensación en la parte trasera de su cabeza. Cuando Ivy abrió la puerta trasera, vio el BMW de Gregory estacionado fuera del garaje. Él debía haber traído de vuelta el auto en algún momento y haberse ido de nuevo. Deseaba que él estuviera allí para que caminara con ella.

El camino de entrada, una curva continua por el lado de la cordillera, estaba a tres cuartos de milla de distancia. Ivy lo caminó todo hasta abajo. Después de subir en la empinada vuelta, su cuerpo finalmente se sintió cansado, pero su mente aún estaba despierta y tan inquieta como los árboles. Era como si hubiera algo que ella tuviera que recordar, y no podía dormir hasta que lo recordara, pero no tenía idea de qué era.

Cuando regresó a la casa, el viento había cambiado y un grueso y húmedo olor rondaba la curva. En el oeste, los relámpagos centellaron, revelando imágenes de nubes elevándose sobre las montañas. Ivy anheló una tormenta con brillantes relámpagos y vientos que desataran lo que fuera que estaba reprimido dentro de ella.

A la una y treinta se metió a la cama. La tormenta había bordeado su lado del río, pero había más relámpagos en el oeste. Tal vez la próxima vez tendrían una enorme ráfaga de viento y lluvia.

A las dos en punto aún estaba despierta. Escuchó el largo pitido del tren de la madrugada mientras cruzaba el puente y se adentraba a la pequeña estación que estaba un poco lejos de la casa. —Llévame contigo —susurró—. Llévame contigo.

Su mente se fue a la deriva después del solitario sonido del pito, e Ivy se sintió a sí misma durmiéndose, mecida por el bajo sonido de los truenos en las lejanas colinas.

Luego, los truenos se volvieron más fuertes, más fuertes y más cercanos. El rayo hizo temblar. El viento soplabá, y los árboles que lentamente había estado balanceándose de lado a lado, ahora eran atacados unos a otros por sus empapadas ramas. Ivy miró determinadamente hacia afuera por la tormenta. Apenas podía ver, pero sabía que algo estaba mal. Abrió la puerta.

—¿Quién es? —gritó—. ¿Quién anda ahí?

Ahora estaba afuera, luchando contra el viento y moviéndose hacia una ventana, con los relámpagos estrellándose a su alrededor. La ventana estaba viva con reflejos y sombras. Apenas podía identificar la figura al otro lado, pero sabía que algo, o alguien, estaba allí, la figura le parecía familiar.

—¿Quién es? —llamó de nuevo, acercándose cada vez más a la ventana.

Ella había hecho esto antes, sabía que sí, alguna vez, en alguna parte, tal vez en un sueño, pensó. Un sentimiento de temor se apoderó de ella.

Estaba en un sueño, atrapada en él, la vieja pesadilla. Quería salir, ¡salir!

Sabía que tenía un final horrible. No podía recordarlo, sólo que era terrible.

Entonces, Ivy escuchó un enorme sonido de gimoteo. Se dio la vuelta. El sonido se incrementó hasta que ahogó la tormenta. Una Harley⁴ roja rugió hacia ella.

—¡Detente! ¡Por favor detente! —gritó Ivy—. ¡Necesito ayuda! ¡Necesito salir de este sueño! —El motociclista dudó, luego encendió su motor y aceleró.

Ivy se giró de vuelta a la ventana. La figura aún estaba allí. ¿Estaba haciéndole señas? ¿Quién o qué podría ser? Ivy puso su rostro cerca a la ventana. De repente, el vidrio explotó. Ella chilló mientras el venado ensangrentado atravesaba el lugar.

—¡Ivy! ¡Ivy, despierta!

Gregory la estaba sacudiendo. —Ivy, sólo es un sueño. ¡Despierta! —le ordenó. Aún estaba completamente vestido. Philip estaba de pie tras él, luciendo más o menos como un fantasma con su pijama.

Ivy miró de uno al otro, luego se apoyó contra Gregory. Él puso sus brazos a su alrededor.

—¿Fue el venado de nuevo? —preguntó Philip—. ¿El venado atravesando la ventana?

Ivy se giró y tragó fuertemente varias veces. Era bueno sentir los fuertes y cálidos brazos de Gregory a su alrededor. —Lamento haberte despertado, Philip.

—Está bien —dijo él.

Ella intentó equilibrar sus temblorosas manos. Gregory está en casa ahora, se dijo a sí misma, todo está bien.

—Lamento que esto siga sucediendo, Philip. No quise asustarte.

—No tengo miedo —respondió.

Ivy levantó la mirada al rostro de su hermano y vio que, de hecho, no estaba asustado.

—Los ángeles están en mi habitación —explicó él.

⁴ **Harley:** Es una marca muy conocida de fabricantes de motocicletas en EE.UU.

—¿Entonces por qué no regresas con ellos? —le dijo Gregory. Ivy sintió sus músculos endureciéndose en sus brazos.

—¿Por qué no?

—Está bien, Gregory. Deja en paz a Philip —dijo con suave resignación—. Está lidiando con esto de la mejor forma que puede.

—Pero lo está haciendo más difícil para ti —respondió Gregory—. ¿No puedes entenderlo, Philip? He intentado un millón de veces...

Él se detuvo, e Ivy supo que Gregory lo vio también: el brillo en los ojos de Philip, la seguridad en su cara. Por un momento, la voluntad del pequeño pareció más fuerte que la de ambos juntos. Era imposible argumenta contra lo que él creía. Ivy se encontró a sí misma deseando poder ser tan inocente de nuevo.

Gregory suspiró y le dijo a Philip: —Puedo cuidar de Ivy. ¿Por qué no intentas cerrar los ojos? Tenemos un gran día mañana, el juego de los Yankees, ¿recuerdas?

Philip miró a Ivy y ella asintió estando de acuerdo.

Luego miró más allá de ella y de Gregory, de tal forma que ella, instintivamente, se giró para ver. Nada.

—Estarás bien —dijo él, con confianza, y trotó hacia la cama.

Ivy se apoyó de nuevo contra Gregory. Él envolvió sus brazos alrededor de ella de nuevo. Sus manos eran amables y reconfortantes. Peinó su cabello y luego levantó su cabeza a la altura de la suya.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, supongo.

—No puedes deshacerte de ese sueño, ¿cierto?

Ella vio su preocupación. Vio cómo él buscaba pistas en su rostro acerca de lo que estaba sintiendo ella.

—Fue el mismo sueño pero diferente —le dijo Ivy—. Quiero decir, había cosas agregadas.

Su fruncimiento de preocupación se profundizó. —¿Qué había de más?

—Una tormenta. Había un montón de imágenes mezcladas en la ventana otra vez, pero esta vez me di cuenta de que era una tormenta lo que estaba viendo. Los árboles se estaban balanceando y los relámpagos centellaban y se reflejaban en el vidrio. Y había una motocicleta —dijo ella.

Era difícil explicar el sentimiento espeluznante que le daba la motocicleta, para esa parte del sueño era simple y ordinario. El motociclista no le había hecho daño. Todo lo que había hecho era rehusarse a ayudarla.

—Una motocicleta roja llegó —continuó ella—. Llamé al conductor, esperando que me ayudara. Él bajó la velocidad por un momento, y luego siguió su camino.

Gregory sostuvo su rostro contra su pecho y acarició su mejilla. —Creo que puedo explicar eso, Eric acaba de dejarme. Tiene una Harley roja, la has visto antes. Debiste haber escuchado el sonido de ella mientras dormías y tejerlo en tu sueño.

Ivy sacudió la cabeza. —Creo que más que eso, Gregory —dijo calmadamente.

Él dejó de acariciar su mejilla. Se mantuvo muy quieto, esperando que ella continuara.

—¿Recuerdas cómo era la tormenta la noche en que tu madre se murió?

—Se suicidó —dijo claramente.

Ella se giró. —Y yo estaba en el barrio entonces, haciendo una entrega para la tienda.

—Sí.

—Creo que aquello es parte del sueño. Me había olvidado por completo de ello. Había pensado que mi pesadilla era sólo de Tristan y el accidente, con el venado estrellándose contra el vidrio, chocando contra nuestro parabrisas. Pero no es así.

Ella hizo una pausa e intentó arreglar las cosas en su mente.

—Por alguna razón, coloqué ambos eventos juntos. La noche en que murió tu madre, no podía encontrar la casa correcta. Cuando salí para revisar una señal de la calle, llegó alguien en una motocicleta roja. Me vio deteniéndole y dudó, pero luego aceleró alejándose de mí.

Ella podía sentir la cálida y rápida respiración de Gregory en su frente. La sostenía tan cerca, que ella podía oír el rápido golpeteo de su corazón.

—Más tarde, pensé que había encontrado la casa. Lo había reducido a dos casas. Una de ellas tenía un enorme ventanal, y había alguien de pie adentro, pero no podía ver quién era. Pensé que podría ser la persona que estaba esperando mi entrega. Luego, la puerta de la casa de al lado se abrió, y allí era donde se suponía que debía estar.

Era extraña la forma en que los detalles de aquella noche estaban regresando lentamente a ella.

—¿No lo ves, Gregory? Esa es la ventana a la que sigo llegando en el sueño y a través de la cual intento ver. No sé por qué.

—¿Sabes si fue a Eric a quien viste esa noche? —preguntó él.

Ivy se encogió de hombros. —Era una motocicleta roja, y el conductor tenía un casco rojo. Pero en ese caso, supongo que mucha gente lo tiene. Si hubiera sido Eric, ¿No se habría detenido por mí?

Gregory no respondió.

—Tal vez no —dijo Ivy—. Es decir, sé que es tu amigo pero en realidad nunca me ha gustado —añadió rápidamente.

—Por lo que sé —dijo Gregory—. Eric sólo le ha gustado a una persona en su vida. Él puede hacer las cosas realmente complicadas para la gente a su alrededor.

Ivy levantó la mirada, sorprendida. Gregory veía a Eric más claramente de lo que ella se había dado cuenta. Aun así, se había mantenido como un amigo fiel, justo como el amigo que era para ella en este momento.

Se relajó contra él. Le estaba dando sueño ahora, pero estaba reacia a alejarse de la comodidad de sus brazos.

—¿No es extraño? —reflexionó Ivy—. Que yo deba poner la muerte de tu madre y la de Tristan juntas en un sueño.

—No en realidad —respondió Gregory—. Tú y yo hemos pasado por mucho dolor, Ivy, y lo hemos atravesado juntos, ayudándonos el uno al otro a superarlo. Me parece bastante natural que conectaras ambos eventos en tu sueño. —Él levantó su rostro hacia el suyo una vez más, mirando profundamente sus ojos—. ¿No?

—Supongo —dijo ella.

—De verdad lo extrañas, ¿cierto? No lo puedes evitar pero sigues recordándolo.

Ivy dejó caer la cabeza, y luego le sonrió a través de las lágrimas. —Sólo tendré que seguir recordando la suerte que tengo por haber encontrado un amigo como tú, alguien que de verdad me entiende.

* * *

—Esto es mejor que cualquier película que saldrá en Hollywood este verano —dijo Lacey.

—¿Quién te invitó aquí adentro?

Había estado sentado al lado de la cama de Ivy, observándola dormir, no sabía por cuánto tiempo. Finalmente Gregory lo había dejado solo con ella. Finalmente ella parecía en paz.

Después de que Gregory se fuera, Tristan había estado pensando en lo que había descubierto, y había intentado fuertemente mantenerse consiente. La oscuridad sin sueños no había venido por él en un tiempo. No venía tan rápida y constantemente como cuando se había convertido en ángel, pero él sabía que no podía seguir sin descansar. Aun así, tan cansado como estaba, no podía evitar renunciar a esos momentos solo con Ivy, en la tranquilidad de la noche. Resentía la intrusión de Lacey.

—Fui enviada por Philip —le dijo ella.

—¿Por Philip? No lo entiendo.

—Hoy, en Manhattan, encontré esta horrible estatua de un ángel guardián, un jugador de béisbol con alas. —Ella agitó los brazos dramáticamente—. Lo conseguí para él como un pequeño regalo.

—¿Quieres decir que lo robaste?

—Bueno, ¿cómo querías que lo pagara? —espetó ella—. Estaba dejándolo caer. Él vio mi resplandor y señaló, dirigiéndome aquí.

Supongo que creyó que su hermana necesitaba toda la ayuda posible.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —preguntó Tristan—. Él no se había dado cuenta de la llegada de Lacey.

—Desde que Gregory peinó su cabello y levantó su cara hacia la suya —respondió ella.

—¿Viste eso?

—Te lo digo, Hollywood podría usarlo —dijo Lacey—. Él tiene todos los movimientos correctos.

La opinión de Lacey era a la vez bienvenida y aterradora para Tristan. Por un lado, él sólo quería que Gregory jugara un romántico juego con Ivy; no quería que nada real sucediera entre ellos. Y por otro lado, Tristan temía que pudiera haber una razón más oscura tras aquel juego.

—Así que lo escuchaste todo. Has estado aquí todo este tiempo.

—Sí. —Lacey se subió al cabecero de la cama de Ivy. Sus ojos marrones centellaron como botones brillantes, y las puntas de su cabello rubio eran pálidas y plumosas a la luz de la luna. Ella se elevó sobre la cabeza de Ivy.

—No quise molestarte. Estabas tan profundo en tus pensamientos —dijo ella—. Y me imaginé que querrías tiempo a solas con ella.

Tristan sacudió la cabeza. —¿Por qué de repente estás siendo tan considerada? ¿Terminaste tu misión? ¿Te estás alistando para irte?

—¿Terminar? —Casi se atragantó con la palabra—. Uh... no —dijo, alejando la mirada—. Dudo que vaya a estar entrando al siguiente campo en un futuro cercano.

—Oh —dijo—. Entonces, ¿Qué sucedió en Nueva York?

—Uh... No creo que deba decírtelo. Probablemente estará en los periódicos mañana, de todas formas.

Tristan se giró. —Así que te estás ganando unos puntos de más ahora.

—Tómame ventaja mientras puedas —sugirió ella.

Tristan sonrió.

—Consigo puntos por eso —dijo ella, tocando sus labios con la punta de una larga uña, pero su sonrisa ya había desaparecido—. De verdad estás preocupado.

—Escuchaste el sueño —dijo él—. Es bastante obvio. Hay alguna conexión ente la muerte de Caroline y la mía.

—Háblame de Caroline. ¿Cómo murió? —preguntó Lacey.

—Se disparó a sí misma, en la cabeza.

—¿Y están seguros que fue un suicidio?

—Bueno —dijo Tristan—. La policía sólo encontró sus huellas en el arma, y sus dedos aún la estaban rodeando. Ella no dejó ninguna nota, pero había roto fotografías del padre de Gregory y la madre de Ivy.

Lacey saltó fuera del cabecero y empezó a ir y venir por la habitación en círculos.

—Supongo que alguien pudo haberlo puesto todo para hacerlo parecer un suicidio —dijo Tristan lentamente—. E Ivy estaba en barrio esa noche. Ella pudo haber visto algo. ¡Lacey! ¿Qué tal si ella vio algo que no debía?

—¿Alguna vez te dije que estuve en Perry Mason? —interrumpió Lacey.

—¿Y qué tal si ni siquiera se dio cuenta? —exclamó Tristan.

—Por supuesto que Raymond Burr está muerto ahora —continuó Lacey.

—Necesito verificar la dirección de la madre de Gregory —le dijo Tristan—. Y la dirección donde Ivy hizo la entrega esa noche.

—Tan pronto como leí el obituario, busqué a Raymond —dijo Lacey.

—Escúchame, Lacey.

—Estaba segura que le sería asignada algún tipo de misión.

—Lacey, por favor —suplicó.

—Pensé que podríamos trabajar juntos.

—¡Lacey! —gritó él.

—Es decir, Raymond sería un ángel estupendo.

Tristan dejó caer la cabeza entre las manos. Necesitaba tiempo para pensar en lo que estaba sucediendo y cómo podía mantener a Ivy a salvo.

—Pero debió haberse ido justo después —dijo Lacey.

—Debió haber sido así —murmuró Tristan. Podía sentir a su mente oscurecerse. Necesitaba descanso antes de poder entender las cosas.

—¡No puedo decirte lo decepcionada que estaba!

—Acabas de hacerlo —dijo Tristan con cansancio.

—Raymond dijo que nunca olvidaría el episodio que hice con él.

Podría haber un montón de razones para eso, pensó Tristan.

—Raymond siempre apreció mi talento.

Ivy estaba en peligro, y él no sabía cómo advertirla o quien podría advertirla, y Lacey seguía y seguía hablando de un actor muerto.

—Así que lo que estoy diciendo es que probablemente pueda ayudarte con esto —dijo Lacey.

Tristan se la quedó mirando. —¿Por qué hiciste un papel de reparto en un episodio con otro actor que pretendía ser un abogado que de alguna forma terminaba resolviendo crímenes en televisión?

—Bueno, si vas a ponerlo de esa forma, ¡no esperes que te ayude!

Ella acechó a través de la habitación, luego hizo una pausa teatralmente y miró sobre su hombro.

Tristan deseó que siguiera con su camino. La habitación estaba lavada por la más pálida luz de la mañana ahora, y los primeros pájaros ya empezaban a despertar, su vacilante canción pasaba de árbol en árbol. Quería su último momento con Ivy a solas. Se giró hacia ella, estirándose para tocarla.

—No haría eso si fuera tú.

—No sabes qué voy a hacer —respondió Tristan.

—Oh, puedo adivinarlo —dijo a sus espaldas—. Y estás demasiado cansado.

—Déjame en paz, Lacey.

—Sólo pensé en advertirte.

—¡Déjame sólo!

—Ella lo hizo.

Tan pronto como ella se fue, él estiro la mano. Ivy durmió calmadamente bajo ella. Quería tanto tocarla, sentir su calor, conocer su suavidad sólo una vez más. Reuniendo toda su fuerza, Tristan se enfocó en las puntas de sus dedos. Sabía que estaba exhausto, demasiado, pero aun así se concentró con el último poco de su energía. Los finales de sus dedos dejaron de brillar. Eran sólidos ahora.

Lenta, gentilmente, dejó vagar sus dedos por su mejilla, sintiendo la seda de ella, la maravilla de ella. Trazó la boca de Ivy.

¡Si tan solo pudiera besar esos labios! Si tan solo pudiera sostener a Ivy, rodearla toda con sus brazos...

Luego, empezó a perder el toque de ella.

Se estiró de nuevo, pero estaba perdiendo el contacto.

—¡No! —gritó. Se sentía como si estuviera muriendo una vez más. El dolor de perderla era tan intenso, tan insoportable, que cuando la oscuridad sin sueños llegó, se dejó llevar por ella por voluntad propia.

Capítulo 5



Traducido por †DaRkGiRl•••••†
Corregido por masi

—Bueno, hola, dormilón —dijo la chica sentándose en el banco del centro comercial.

Tristan se sobresaltó, alarmado ante el profundo pensamiento.

Había emergido de la oscuridad unos quince minutos antes e inmediatamente había seguido la estela de Ivy hasta su trabajo en "Tis the Season".

Los últimos pocos minutos había tratado de juntar las piezas de los fragmentos del sueño de Ivy y lo que esas piezas significaban, pero su mente aun se sentía sombría y confusa.

Lacey se rió de él. —¿Sabes qué día es?

—Uh, lunes.

—Brrtt. —Ella hizo su desagradable imitación del timbre de un concurso de preguntas, y después hizo un gesto para que se sentara junto a ella.

Tristan se sentó. —Es lunes —insistió—. Cuando llegué al centro comercial le eché un vistazo al periódico como me dijiste que hiciera.

—Tal vez deberías haber revisado el último de ellos —observó Lacey—. Es jueves y casi son la una en punto, Ivy debe estar a punto de tomar su descanso.

Él miro a través del centro comercial, hacia la tienda, Ivy estaba ocupada con dos clientes, un hombre calvo, probándose una capa de Superman y una mujer con aspecto de abuela, sosteniendo una cesta rosada y llevando puestas unas orejas de conejo. Sabía que en "Tis the Season" se vendían trajes y artículos navideños, los cuales estaban fuera de temporada. Pero en su reciente oscuridad, los dos clientes vestidos con sus raros atuendos y la presencia de una mujer muy alta, sosteniendo un bagel y un café, sentada justo sobre Tristan, hacía que lo viera todo muy confuso.

Lacey le dio palmaditas en su brazo. —Te dije que estabas demasiado cansado, te lo advertí.

—Hazte a un lado —gruñó. No podía sentir el peso de la mujer, pero parecía un poco extraño tener su ancho vestido a rayas ondeando sobre él.

Lacey se deslizó un poco hacia el lado y dijo: —Tengo algo que decirte, mientras estuviste en la oscuridad, he estado ocupada.

—Ya lo sé.

El periódico del lunes había captado su atención porque había un artículo sobre unas personas que se habían reunido para rezar en Times Square, y detrás de una imagen de Barbra Streisand proyectada en una cartelera electrónica, había aparecido un regordete y rosado ángel revoloteando alrededor.

—¿Esto tiene algo que ver con el atasco en la calle cuarenta y dos? —preguntó.

Ella le quitó importancia al evento con un movimiento de su mano.

—Leí algo sobre Streisand involucrada en un juicio, y sobre cómo los taxistas de New York...

—Barbra no debió haber dicho que yo graznaba como un ganso cuando cantaba. No es como si no hubiera podido tomar unas cuantas lecciones de voz...

—¿Lacey como vas, alguna vez, a completar tu misión?

—¿Mi misión? Hoy estoy ayudándote con la tuya —dijo y luego se levantó del banco.

Tristan sacudió la cabeza y la siguió.

—Fui al cementerio el domingo para hacer una visita a la madre de Gregory —dijo Lacey, y luego se encaminaron junto con los compradores—. Mientras estaba allí alguien llegó, un tipo alto y delgado, con el cabello oscuro, sobre unos cuarenta años, creo. Le dejó a Caroline algunas flores.

—Él ha estado allí antes —dijo Tristan—. Lo vi el día que estuvimos en la capilla —recordó haber visto al visitante, confundiéndolo con Gregory hasta que se dio la vuelta. Pudo ver la cara del hombre llena de angustia.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó ella.

—No lo sé

Ellos se estaban alejando del "Tis the Season". Tristan miró hacia atrás, con nostalgia, a Ivy, pero Lacey siguió caminando.

—Deberíamos encontrarlo. Podría ayudarnos.

—¿Ayudarnos con qué? —preguntó Tristan.

—A averiguar lo que ocurrió la noche que Caroline murió.

Se detuvieron ante la fuente para observar las cascadas de agua caer en colores rosados y azules. Un día, cuando nadie estaba mirando, Tristan había pedido un deseo ahí, el deseo de que Ivy fuera suya.

—Busqué la dirección de Caroline en la guía telefónica —Lacey siguió caminando—. En el 528 de Willow. Su fecha de defunción estaba escrita en su tumba. Vine aquí, esta mañana, para verificar el registro de compras de ese día. —Ella se detuvo y miró a Tristan expectante.

Cuando él no dijo nada, ella dijo: —Eres un ángel, Lacey, ayudándome en algo como esto.

—¿Qué encontraste? —preguntó, ignorando su sarcasmo.

—Por un lado, que Lillian y su hermana no tienen idea de cómo llevar los libros de contabilidad. Pero después de buscar y buscar, finalmente lo encontré: una entrega el 28 de mayo a la Señora Abromaitis en la calle Willow, sin ningún número de casa apuntado. Miré en la guía telefónica. Y ¿Adivina qué? Es el 530 de Willow.

—Justo la puerta de al lado —dijo Tristan, su voz era un susurro, su mente zumbaba con miedo—. Lo sabía, Ivy vio algo.

—Parece que sí —aceptó Lacey. Ella cogió una moneda que una mujer acababa de arrojar a la fuente y luego se la lanzó de vuelta a la mujer. La

mujer miró hacia abajo, y metió la moneda de la mala suerte en un tiesto de helechos.

—Ivy vio algo en la casa de Caroline —dijo Tristan—, y no fue un suicidio.

—No podemos asumir eso —replicó Lacey—. Caroline todavía podría haberse suicidado, y alguien pudo haber estado allí después, cogiendo algo o escondiendo algo. Quiero decir hay muchas cosas que Ivy podría haber visto...

—Que no debería haber visto —Tristan finalizó la frase de Lacey—. ¡Tengo que contactar con ella, Lacey!

—Creo que deberíamos comprobar la casa hoy.

—¡Tengo que prevenirla, ahora!

—Recuerdo cuando hicimos un registro en la casa de Perry Mason —dijo Lacey. Ella empezó a empujar a Tristan hacia la salida del centro comercial, pero él estaba intentado dirigirse de vuelta al "Tis the Season", y era más fuerte—. ¡Tristan, escúchame! No hay nada que puedas hacer para proteger a Ivy. Tú y yo no fuimos dotados con esa clase de poder. Lo mejor que puedes hacer es combinar los poderes que tienes con alguien más y hacer a esa persona más fuerte. Pero tú mismo no puedes detener a nadie que quiera herirla.

Tristan todavía seguía de pie, con la intención de ir. Él nunca había temido por su propia vida de la manera en que ahora temía por la de Ivy.

—Mientras esté con la multitud está a salvo —agregó Lacey—. Así que vamos a comprobar la casa...

—Tan pronto como esté en su coche esta noche, ella estará sola —señaló Tristan—, tan pronto como vaya a dar un paseo, tan pronto como suba a su sala de música, ella estará en peligro.

—Hay otra gente en casa con ella —señaló Lacey—. Probablemente está a salvo allí. Así que vamos a descubrir de quién tiene que tener cuidado y luego...

Pero Lacey se quedó hablando sola. Beth y Suzanne acababan de entrar en el centro comercial. Localizándolas, Tristan giró rápidamente y comenzó

a caminar junto a ellas. Él se imaginaba que iban a encontrarse con Ivy para almorzar. Esta vez conseguiría comunicarse con ella.

Ivy estaba de pie en la entrada de la tienda y durante un momento Tristan olvidó que ella estaba viendo sólo a las chicas. Cuando vio la mirada de bienvenida en su cara, se precipitó hacia ella, únicamente para encontrarse con que ella estaba mirando ahora más allá de él, hacia Suzanne y Beth. Nunca se volvería más fácil, el dolor de estar cerca a ella, pero al mismo tiempo tan lejos, no parecía disminuir.

—Ahora tomaos vuestro tiempo para el almuerzo. —Les estaba diciendo Lillian a las chicas—. Es un día tranquilo, así que haced algunas compras. Aseguraos de echar una ojeada a esa nueva tienda de regalos. Apuesto a que no tienen campanas de viento que brillan en la oscuridad.

—No con forma de duendes y hadas —dijo Beth. Siempre que venía a la tienda, tenía una mirada de total fascinación en su rostro. Suzanne había tenido que cogerla y empujarla hacia la puerta.

Tristan siguió a las chicas a través del centro comercial. Ellas se detuvieron de escaparate en escaparate y empezó a impacientarse. Quería que Beth se sentara y empezara a garabatear en su cuaderno. Pensó que nunca saldrían de la tienda "Beautiful You", con todas esas botellas, tubos y pequeños botes de color.

Empezó a ir y venir de un lado de la tienda al otro y se tropezó de frente con Lacey. No había notado que había venido también.

—Cálmate Tristan —dijo Lacey—, Ivy está segura por ahora, a menos que alguien corra hacia ella con una lima de uñas.

Luego ella se apoyó en una esquina, como si estuviera hipnotizada como las otras, por los centenares de colores, los cuales en su mayoría parecían más o menos como rojizos y rosados para él. Tristan se preguntaba si, alguna vez, en su próxima vida, entendería algunos de los misterios sobre las chicas que deberían ser explicados.

Suzanne, ahora se estaba probando las muestras de pintalabios sobre su brazo, y estaba hablando sobre una boda en Filadelfia a la que iba a asistir esa semana.

—Quisiera que vinieras con nosotros, Ivy —dijo—. Le mostré a mi primo tu foto, y está definitivamente interesado, y es perfecto para ti.

Estupendo, pensó Tristan.

—¿Así que decidiste ir al lago, después de todo? —preguntó Beth. Ella estaba probándose un gorro de ducha que parecía más como una seta plateada.

—¡El lago! —dijo Suzanne sorprendida—. Ella va a quedarse en casa y tú vas a quedarte con ella, Beth.

Beth frunció el ceño. —Suzanne sabes que no puedo perderme la reunión familiar. Pensé que ella iba a irse a Filadelfia contigo.

Ivy se había alejado de ellas.

—¡Ivy! —demandó Suzanne.

—¿Qué? —Ella empezó a ordenar un compartimiento de pasadores para el pelo y no levantó la vista.

—¿Qué harás este fin de semana?

—Quedarme en casa.

Suzanne alzo sus cejas negras, perfectamente depiladas. —¿Tu madre te deja quedarte sola?

—Ella piensa que tú y Beth estarás conmigo, y cuento con que vosotras dos me cubráis —agregó Ivy.

Lacey miró hacia Tristan

—No sé cuál es el gran problema —continuó Ivy—. Me gustaría tener la casa para mí sola, por una vez. Tendré tiempo de sobra para practicar para el festival y Ella estará conmigo.

—Pero Ella no puede protegerte —protestó Tristan.

—Simplemente no me gusta la idea de que estés deprimida y sola, todo el fin de semana —dijo Suzanne.

—Esa casa es muy grande y muy solitaria —agregó Beth.

—Escúchalas, Ivy —recomendó Tristan.

—¡Les dije que no iría al lago Juniper! ¡No puedo!

—Esto tiene que ver con Tristan ¿cierto?

—No quiero hablar sobre eso —respondió Ivy.

Lo era. Tristan recordaba los planes que habían hecho la noche que él murió. Ivy le había dicho como iba a flotar con la luz del sol en la parte más profunda del lago Juniper. —*Nadaré a la luz de la luna, también.*

—*¿A la luz de la luna?* —había dicho él—. *¿Nadarías en la oscuridad?*

—*Contigo lo haría.*

Lacey tocó el brazo de Tristan. —Tienes que llegar a ella esta vez.

Él asintió.

Siguieron a las chicas afuera de la tienda. Tristan estaba tentado a deslizarse en la mente de Beth justo en ese momento, para dirigirla a una mesa donde ella pudiera sacar su libreta, pero no quería darle demasiadas instrucciones. Podría empezar a resistirse.

Beth se detuvo, repentinamente, frente a “Wizard Electronic”, y Tristan siguió sus ojos al interior donde estaban los ordenadores.

—¡Mírala, mírala! —dijo Suzanne, dando un codazo a Ivy—. Piensas que Beth está echando un vistazo a los chicos.

—Hay un ordenador que quiero —dijo Beth.

Entonces Lacey se colocó rápidamente detrás de ella. Tristan vio que las puntas de sus dedos se habían detenido y estaban brillando. Ella le dio un suave empujón. Beth tropezó contra la puerta y miró hacia atrás con sorpresa, a Suzanne e Ivy. Ellas siguieron a Beth adentro, con Tristan y Lacey justo detrás de ellas.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó un vendedor.

—Uh, sólo estoy mirando —dijo Beth, sonrojándose—. ¿Puedo probar sus modelos de pantalla?

Él movió su mano en su dirección y se alejó.

—Prepárate, Tristan —dijo Lacey.

No le llevó mucho tiempo a Beth encontrar el programa de procesador de palabras. Tristan no tuvo que luchar para mantenerse con ella, ni saber cuál podría ser su próximo pensamiento, ya que era la manera en que Lacey le había enseñado a deslizarse en la mente de otros.

Cuando un escritor veía una pantalla en blanco ¿que veía? Se preguntó Tristan. ¿Una pantalla de cine para ser iluminada con rostros? ¿El cielo nocturno con una pequeña estrella brillando arriba del todo, un universo listo para ser descrito? Infinitas posibilidades. El amor da vueltas y vueltas sin parar y todo el amor tiene obstáculos.

Beth comenzó a escribir:

Obstáculos

¿Qué vería ella cuando mirara hacia el solitario cielo oscuro, cada noche? Posibilidades. El amor da vueltas y vueltas sin parar y, oh, amargo corazón, todo amor tiene obstáculos.

¡Uffff! Pensó Tristan.

—¡Uffff! —escribió Beth, entonces echó un vistazo a la pantalla.

—Quédate con ella, Tristan —dijo Lacey—. Mantén tu concentración.

Retrocede. Borra la palabra. Oh amargo corazón, inspiró Tristan a Beth

—*Oh, amargo corazón, solitario corazón* —escribió Beth, luego se detuvo.

Ambos estaban atascados, entonces Tristan visualizó la conexión: No deberías quedarte sola en casa.

—*No deberías quedarte sola en casa* —escribió Beth.

No es seguro estar sola, pensó él.

—*No es seguro estar sola* —escribió ella.

Luego, antes que pudiera mandarle un mensaje acerca de cualquier cosa, ella escribió —¿Pero está mi corazón a salvo, a solas con él?

No, pensó él.

—Sí —replicó Beth.

¡No!

—¡Sí!

¡No!

—¡Sí! —Beth se empeñó.

Tristan suspiró. Por supuesto, ella quería que el romance funcionara y ser la chica que mirara a la noche y no estar sola nunca más. Pero Tristan quería agregar una advertencia. Si Ivy estaba sola con el tipo equivocado...

—¿Qué pasa? —pregunto Ivy

—He tenido esta rara sensación de nuevo —dijo Beth—. Es realmente extraña, como si hubiera alguien en mi cabeza diciéndome cosas.

—Oh, ustedes las escritoras —resopló Suzanne.

Ivy se inclinó para ver la pantalla ¡No!, ¡Sí!, ¡No!, ¡Sí! Ella leyó, luego se rió con un poco de tristeza.

—Suena como yo cuando conocí a Tristan por primera vez.

—Soy *Tristan* —tecleó Beth rápidamente.

Ivy dejó de sonreír.

Tristan empujó y Beth tecleó tan rápido como pudo —*Se cuidadosa Ivy. Es peligroso. Ivy, no te quedes sola. Te amo. Tristan.*

Ivy se enderezó. —¡Eso no es gracioso Beth! ¡Eso es estúpido, y cruel!

Beth miró asustada la pantalla, su boca se abrió con incredulidad.

Suzanne se inclinó para leerlo —¡Beth! —dijo—. ¿Cómo pudiste? ¡Ivy espera!

Pero Ivy ya se dirigía hacia fuera de la tienda. Suzanne corrió tras ella. Beth miró la pantalla, su cuerpo entero temblaba. Tristan se deslizó fuera de la mente de Beth, exhausto.

—¿Te gustaría imprimir eso, ahora? —preguntó el vendedor, caminando hacia ella.

Beth sacudió su cabeza lentamente y oprimió la tecla de borrar la página. —No esta vez —dijo, con lágrimas en sus ojos.

* * *

Cada esfuerzo que Tristan había hecho para acercarse a Ivy, esta semana, había fallado. Lo que era peor, sus intentos por advertirla, la habían impulsado lejos de él y de aquellos que se preocupaban por ella. Estaba evitando a Beth y ahora a Philip también, para que el niño pequeño le dijera que su ángel le había dicho que no debía estar sola. Tristan lo podía haber intentado una vez más a través de Will, pero sabía que Ivy sólo construiría otra pared, una más alta.

El jueves por la noche, él se dirigía al cementerio de Riverstone Rise, planeando encontrar un poco de alivio, esperando evitar la oscuridad sin sueños, para poder seguir vigilando a Ivy durante todo el fin de semana.

Dirigiéndose hacia su tumba, Tristan decidió ir al mausoleo donde estaba la de Caroline y ver si habían sido dejadas algunas rosas frescas, allí. Pensó que Lacey tenía razón, tenían que averiguar quién era el visitante de Caroline y que sabía acerca de su muerte.

Tristan se deslizó a través del cementerio como si aún fuera de carne y hueso, con miedo a perturbar la paz de los muertos. Con la luz de la luna, las blancas piedras formaban un rígido paisaje urbano: Obeliscos elevándose como rascacielos, mausoleos como mansiones, las pequeñas y redondeadas piedras y los brillantes bloques rectangulares marcando los vecindarios de la gente ordinaria. Era una silenciosa y misteriosa ciudad, la ciudad de los muertos, mi ciudad, pensó amargamente. Luego reconoció la piedra que marcaba una de las esquinas del mausoleo de la familia Baines.

Era un mausoleo bien cuidado, con algunas vistosas estatuas, figuras que parecían observar a Tristan mientras se aproximaba a la tumba de Caroline desde atrás. Cuando pasó la señal, dio una vuelta sobre sí mismo con sorpresa. Sentado en la hierba de Caroline, recostado contra su piedra como si estuviera descansando en una cama, estaba Eric. Sus brazos y piernas estaban flácidos, y su cabeza estaba hacia un lado, su mejilla se apoyaba contra la piedra. Durante un momento Tristan no estuvo seguro de si Eric estaba respirando. Se acercó un poco más, vio como los pálidos ojos de Eric se abrían, sus pupilas estaban tan dilatadas que parecía como si se hubiera bebido hasta dos piscinas la noche anterior.

Estaba respirando lentamente, y estaba murmurando algo, algo que tenía sentido únicamente para una mente drogada al máximo. Tristan se preguntó si Eric era capaz de realizar ciertos movimientos en este estado. ¿Podría ponerse de pie? ¿Podría caminar? Con su mente tan arruinada como estaba, ¿podría hacer algo que hubiera deseado después no haber hecho? Materializando sus dedos, Tristan los pasó sobre las palmas, vueltas hacia arriba, de Eric.

Eric agarró los dedos de Tristan durante un momento, Tristan estaba atrapado. Entonces dejó que sus dedos se desvanecieran y los movió libremente.

—Ha sido mucho tiempo —dijo Eric, flexionando la mano con la que había agarrado a Tristan—. Ha sido demasiado tiempo, Caroline, lo siento por eso. Han pasado muchas cosas, muchas más de las que nadie sabe. —Se rió silenciosamente y la señaló con el dedo como si pudiera verla directamente—. Por supuesto, tú las sabes.

—No lo sé —replicó Tristan—. ¿Qué ha pasado? Dime.

Eric sacudió su cabeza, y durante un momento Tristan pensó que había escuchado la pregunta.

—Si... probablemente —dijo Eric, respondiendo a alguna otra pregunta—. Pero podría ser, ya sabes, confuso. No me gustan las cosas... confusas.

¿Confuso? Se preguntó Tristan ¿Qué quería decir? ¿Complicado? ¿Sangriento?

Eric se levantó, abriendo y cerrando sus ojos, atento a la voz que estaba oyendo en su cabeza. Su cabello parecía casi blanco con la luz de la luna, y sus ojeras parecían agujeros que miraban fijamente, perforando a Tristan.

—Quieres decir Ivy. Su nombre es Ivy —dijo Eric, moviendo su huesuda mano en el aire. Pasó directamente a través de Tristan, enfriándolo como el toque de un esqueleto.

—Bueno ¿Qué puedo hacer? —dijo Eric—. Tú sabes dónde estoy Caroline, ¡no me empujes!, ¡déjalo estar!

Saltó sobre sus pies y se quedó ahí de pie, tambaleándose.

Luego empezó a reírse por lo bajo. —Sí, sí —dijo—. Este fin de semana todos van a ir al lago excepto Ivy. —Eric sonrió como si acabara de oír algo gracioso—. ¡Ahora, eso no es algo muy amable para decir!

¿Qué pensaba, su drogada y enloquecida mente, que Caroline había dicho?

—¡Hey! —gritó Eric—. Dije que no me empujaras. —Dio dos pasos hacia el lado—. Déjalo estar, Caroline. No quiero oírte más. ¡Déjalo estar!

Eric empezó a correr, tropezando con las señales y tambaleándose hacia los lados, chillando con voz alta y aguda —¡Aléjate, Caroline! ¡Aléjate, aléjate!

Tristan lo observó hasta que desapareció al final del camino. Trató de imaginar la otra mitad de la conversación de Eric ¿Qué creía Eric que Caroline quería que hiciera?

Terribles pensamientos afloraron en la mente de Tristan. Luego se calmó un poco y enfocó toda su energía en invocarla ¿Caroline estás aquí? La llamó tres veces, esperando cada vez, a que ella respondiera. Pero sus sentidos de ángel le habían dicho ya, lo que el silencio demostraba: No había nadie allí salvo un cuerpo frío y sus respuestas se estaban pudriendo con él.

Capítulo 6



Traducido por Anne_Belikov
Corregido por Kanon 🎵🎵

El viernes por la mañana, Gregory agitó un pedazo de papel con un número telefónico en él, a Ivy. —Prométemelo —dijo.

Ella se encogió de hombros, luego asintió sin entusiasmo.

—El lago Juniper está a hora y media de distancia, pero de la forma en que yo manejo, sólo está a una hora —añadió con una sonrisa—. Prométemelo Ivy.

—Puedo cuidar de mí misma —dijo ella, y reordenó los alimentos en la nevera por cuarta vez. Maggie estaba alimentando a Andrew, Gregory, Philip y a sí misma ese fin de semana, pero había preparado suficiente alimento como para una familia de osos.

—Sé que puedes cuidar de ti misma —dijo Gregory—. Pero todavía puedes deprimirte, o asustarte. Este lugar puede ser aterrador cuando estás solo —él sacudió el papel—. Si me necesitas, no importa que sea a mitad de la noche, llámame.

Ivy dio un ligero asentimiento con su cabeza, lo cual no quería decir que ella lo haría o no lo haría, luego comenzó a empacar la variedad de galletas y papas fritas que su madre había dejado en el mostrador de la cocina. —Espero que estés listo para comer veinticuatro horas al día —le dijo a Gregory.

Él se rió y abrió una de las bolsas que ella estaba sosteniendo, tomando dos galletas. Luego puso una en su boca y ella la mordió.

—Te lo dije, Ivy. No voy a quejarme acerca de que estés sola aquí —dijo Gregory—. Pero el trato es que tienes que llamarme una vez al día —él la abrazó con la mirada—. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Promételo —dijo su rostro cerca del suyo. Enganchó su dedo a través del cinturón de ella—. Promételo.

—De acuerdo, de acuerdo, lo prometo —contestó ella, riendo.

Él la dejó ir. Por un momento ella deseó que Gregory se quedara en casa.

—Sé lo que estás haciendo —bromeó—. Tan pronto como salgamos de aquí, estarás llamando a gente de todas partes y comenzando una fiesta.

—Eso es —respondió Ivy, lanzando un paquete de servilletas sobre la bolsa de aperitivos—. Me descubriste.

—¿Has pensado en llamar a Will? —Gregory todavía estaba sonriendo, pero su sugerencia era seria.

—No —dijo ella firmemente.

—¿Por qué no te gusta? —preguntó él—. No es por esos dibujos de ángeles...

—No, no es eso —Ivy comprobó los paquetes de platos y vasos de papel. Eran del "Tis the Season", y estaban decorados con pavos del día de acción de gracias y corazones de San Valentín—. Me gusta él, sólo que me hace sentir incómoda. No puedo explicarlo. Cuando lo veo, hay algo en sus ojos...

Gregory se rió más fuerte. —¿Amor? ¿O son sólo hormonas alborotadas?

—Sí, sí —dijo Ivy—. Eso debe ser.

—Creo que sí. —Él puso sus manos en sus hombros, y no la dejó alejarse—. Uno de éstos días te darás cuenta de que hay chicos que ni siquiera sospechas, que te miran con... algo en sus ojos.

Ivy miró hacia sus pies.

Él se rió de nuevo y dejó caer las manos. —Sé amable con Will —dijo—. Ha estado teniendo algunos momentos difíciles.

Antes de que Ivy pudiera preguntar qué tipo de tiempos difíciles, Maggie y Philip entraron en la cocina. Philip estaba vistiendo una gorra de los Yankees⁵ y una camiseta que Gregory le había comprado en el juego.

Poco a poco, Philip había ido siendo amable con Gregory, y Gregory estaba complacido por ello. La charla de Philip sobre ángeles todavía le molestaba, pero sólo probablemente porque inquietaba a Ivy.

Philip le dio a Ivy un ligero puñetazo en el brazo. Ella se había dado cuenta recientemente de que cuando otros los rondaban, su pequeño hermano no la abrazaba. Maggie, quien estaba vestida para la vida al aire libre desde el cuello hacia abajo y lista para una sesión de fotos del cuello hacia arriba, le dio a Ivy un apretón y un beso.

Gregory y Philip se frotaron instantáneamente el rostro en el mismo lugar. Ivy les sonrió, pero dejó la fresca y roja marca de labios en su mejilla.

—Esa es mi chica —dijo Maggie—. Tienes todo empacado. Lo juro, creo que serás una mejor madre que yo.

Ivy rió.

Gregory se llevó la nevera, y los otros lo siguieron con bolsas y maletas, poniéndolas en el auto de Maggie. Gregory planeaba llevar su propio auto, y Andrew, que se había quedado para una reunión por la tarde, manejaría hasta el lago después.

Hubo un montón de golpes de puertas del coche abriéndose y cerrándose, y rachas fuertes de música. Philip, quien quería ir con Gregory, estaba perdiendo el tiempo con su estéreo. Cuando los últimos dos autos se marcharon, Ivy se quedó sola, atesorando el silencio. La tarde era cálida y tranquila, y sólo las cumbres de los árboles susurraban secamente. Era uno de los pocos momentos en que había sentido paz real desde la muerte de Tristán.

Ella entró y tomó un libro, uno de esos que Beth le había dado, así que estaba segura de que habría un tórrido romance. Beth lo había enviado a través de Suzanne con una nota de disculpa, temerosa de enfrentarse a Ivy o de llamarla. Ivy había telefoneado a Beth para dejarle saber que ya no estaba enfadada.

⁵ **Yankees:** Es el equipo de béisbol más popular en EE.UU.

Ella todavía estaba perpleja, sin embargo. Era una cosa tan extraña lo que Beth había hecho, crear mensajes de computadora con el nombre de "Tristán". Beth era usualmente muy susceptible a los sentimientos de otras personas. Bueno, ella había pensado que Will era susceptible también y mira lo que había hecho: ponerle un par de alas a Tristán.

A pesar del dolor de ese recuerdo, Ivy sonrió un poco. ¿Qué pensaría Tristán sobre Will convirtiéndolo en un ángel?

Ella leyó por más de una hora y media en la casa del árbol, de vez en cuando mirando a través de las ramas la franja brillante que era el río. Luego metió el libro en la cintura de sus jeans y descolgó la cuerda. De ánimo para un paseo, Ivy rodeó el frente de la casa y se dirigió por un camino sinuoso. Apretó el paso y lo mantuvo así hasta que estuvo escalando la cuesta de nuevo, regresando a la cima, sudorosa y eufórica.

Tal vez ella podría finalmente tocar Liebestraum, pensó. Con toda esta tranquilidad a su alrededor, quizá podría jugar a la tormenta, y trabajar todo el camino en la canción de amor. Ella había estado practicando para el festival a diario, pero no había sido capaz de poner fin a la pieza. En algún momento los recuerdos siempre volvían a ella, como una marea lenta girando hacia ella, y bañándola toda de música. Quizás ese día podía aferrarse a las notas.

Ivy tomó una soda de la cocina y se apresuró escaleras arriba para tomar una ducha. A mitad de ella se preguntó si había cerrado la puerta trasera. No seas tonta, se dijo a sí misma. Nadie se acerca a esta colina. Ella intentaba disfrutar esos días de paz y no permitiría que su preocupación por Suzanne, Beth y Gregory la pusiera en el borde.

Cuando Ivy subió los escalones hacia su salón de música, Ella se deslizó por delante suyo y saltó sobre el banco del piano.

Ivy sonrió. —¿Estás practicando para el festival también?

Ella pensó sobre los tríos de notas que Ella había tocado la semana pasada, luego empujó eso fuera de su mente; la canción le haría empezar a pensar en Tristán.

Ivy empezó sus calentamientos, luego tocó las melodías que eran las favoritas de Philip, y finalmente comenzó Liebestraum. Estaba complacida por cómo estaba tocando, con sus dedos volando sobre las teclas, atrapados por completo en la vibrante cadencia. Sólo antes de que ella

regresara al tema de apertura, en el momento en que se detuvo para dar vuelta a la página, oyó un ruido.

Inmediatamente pensó en vidrios rompiéndose. Su carne se transformó en piel de gallina, pero ella luchó contra su miedo. Recordó que la ruptura de vidrios era el sonido de sus pesadillas. Si realmente alguien quisiera entrar, todo lo que la persona tenía que hacer era abrir la puerta trasera. El ruido no era de la ventana rompiéndose, se dijo a sí misma. Una rama de un árbol había caído contra la casa, o algo había sido derribado escaleras abajo.

Aún así, Ivy se sentía inquieta. Miró alrededor de la habitación y vio que Ella se había ido. Tal vez la gata había volcado algo. La mejor cosa que podría hacer era investigar y probarse a sí misma que no era nada. Ivy fue a la cima de las escaleras del ático y escuchó.

Ella pensaba que el sonido había venido del ala oeste, de la oficina de Andrew. Tal vez era Andrew saliendo de su reunión muy tarde, deteniéndose en casa para recoger algo.

Ivy bajó los escalones hacia su dormitorio y se detuvo justo junto a la puerta que conducía al vestíbulo. Ivy deseaba que Ella estuviera ahí también; la gata podría advertirla con un movimiento de orejas o una sacudida de su cola.

De pronto la casa parecía enorme, dos veces su tamaño real, salpicada de un centenar de lugares ocultos y lejos de cualquiera que pudiera escuchar su grito. Ivy retrocedió y tomó el teléfono en su habitación, luego se decidió a marcar.

Ponte en contacto contigo misma, pensó Ivy. No puedes atraer a la policía aquí por nada.

—¿Andrew? —llamó ella—. ¿Andrew, eres tú?

No hubo respuesta.

—Ella, ven aquí. ¿Dónde estás, Ella?

La casa estaba totalmente en silencio.

Ivy caminó de puntillas por el pasillo y decidió bajar por la escalera central en lugar de la más estrecha que conducía al ala oeste. Había un teléfono

en la mesa en el salón de abajo. Si ella hubiera notado que algo estaba alterado, habría podido inmediatamente hacer una llamada desde ahí.

Al final de las escaleras Ivy miró rápidamente a su izquierda y a su derecha. Quizás sólo debería correr hacia la puerta de enfrente, pensó.

¿Y luego qué? ¿Dejar que alguien tomara lo que buscaba? O mejor aún ¿dejarlo encontrar un lugar cómodo para esperarla?

No dejes que tu imaginación juegue contigo, se reprendió.

Las habitaciones en el lado este de la casa —la sala, la biblioteca y el solárium—, estaban cerradas, todavía atrancadas contra la temprana luz del sol. Ivy se giró al otro camino, mirando alrededor de la esquina del comedor. Ella caminó a través de él, tensándose con el crujido de las tablas viejas, y abrió la puerta de la cocina. Enfrente de ella estaba la puerta que había dejado sin llave, todavía cerrada. Después de checar rápidamente dos armarios, cerró la puerta para el exterior.

Pero, ¿qué pasaba con el sótano? Ella había cerrado la puerta en el lado de la cocina. Podría comprobar la entrada exterior más adelante, pensó, luego se dirigió hacia la habitación familiar. Nada había sido alterado.

Sólo cuando entró en la galería que daba a la oficina de Andrew, Ella vino trotando hacia Ivy.

—¡Ella! —Ivy exhaló aliviada—. ¿Qué has estado haciendo?

Ella movió su cola ferozmente de atrás hacia adelante.

—Primero, fue la silla —dijo Ivy, sacudiendo su dedo a la gata, a pesar de que jadeaba aliviada—. ¿Ahora qué? ¿Un florero Waterford?

Ella caminó en la habitación y se detuvo.

El cristal de una ventana fue golpeado, la puerta contigua estaba entreabierta. Ivy retrocedió.

Ella caminó hacia él. —¿Qu...?

Antes de que ella pudiera volverse, un saco fue lanzado sobre su cabeza. Ivy gritó y luchó por ser libre, rasgando el saco con sus manos, clavando sus

uñas en él como un gato. Cuanto más tiraba de la tela, ésta se cernía más alrededor de ella. Se sintió como si se estuviera sofocando.

Ella luchó para mantener a raya el pánico, peleando contra alguien mucho más fuerte que ella. ¡Piensa! ¡Piensa! Se dijo a sí misma.

Su pie todavía estaba libre. Pero ella sabía que si pateaba y perdía su balance, él la capturaría. Comenzó a usar su peso, moviendo su cuerpo completo de lado a lado. Tiró fuertemente. Él perdió el control e Ivy pudo poner distancia entre ellos.

Entonces él la capturó de nuevo, empujándola ahora contra la pared o la esquina de la habitación, pensó. Ella no podía ver algo a través del saco negro y había perdido la noción de donde se encontraba. Incluso aunque lograra liberarse de él, no sabría hacia donde correr. El saco era tan áspero que cada vez que él tiraba los hilos quemaban su cara. Ella quería levantar las manos y rasgar el saco, así podría ver el rostro de su atacante.

Él no hizo ningún sonido. Ella sintió que cambió su agarre, sosteniéndola ahora por un solo brazo. Luego lo sintió, algo presionado contra su cabeza, algo duro y redondo, como el cañón de una pistola.

Ella comenzó a patear y a patear, y a gritar.

Entonces oyó el sonido de varios golpes en otra parte de la casa. Alguien estaba tocando y llamando: —¡Ivy! ¡Ivy!

Ella intentó responder.

Se precipitó adelante y no pudo evitar caerse. Ella se golpeó contra algo tan duro como una roca y se deslizó en el suelo. Objetos de metal cayeron ruidosamente a su alrededor. Después todo se volvió negro...

* * *

—¡Ivy! ¡Ivy! —la llamó Tristán.

—¡Ivy, Ivy! —gritó Will, tocando en la puerta principal. Entonces corrió alrededor de la casa, buscando otra manera de entrar.

Él vio el auto de Gregory estacionado atrás.

Se detuvo —Tristán se detuvo—, en la ventana rota y en la puerta que había sido abierta, y que daba a la oficina de Andrew.

—Ivy, ¿Qué... ¿Quién hizo esto? —Gregory estaba diciendo, inclinado hacia ella, amablemente retirándole el saco—. ¿Estás bien? Tranquila. Ya estás a salvo.

Las herramientas de la chimenea estaban esparcidas por el suelo. Ivy frotó su cabeza y miró a Gregory. Luego ambos se volvieron para mirar a Will, quien estaba en el marco de la puerta. Tristán se había deslizado fuera de Will, pero él vio el miedo y la desconfianza en el rostro de Ivy, y la furia en el de Gregory.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó Gregory.

Will estaba anonadado e incluso si Tristán hubiera estado dentro de él, no podría haber dado una respuesta que satisficiera a Gregory o a Ivy.

—No lo sé —dijo Will—. Sólo pensé... sólo sabía que tenía que estar aquí. Sentí que algo estaba mal y que tenía que venir.

Con la ira desapareciendo del rostro de Gregory, su piel lucía más pálida de lo normal. Él parecía tan agitado como Ivy.

—¿Está todo bien, Ivy? —preguntó Will.

Ella asintió y se giró, descansando su cabeza contra el pecho de Gregory.

—¿Hay algo que pueda hacer? —inquirió Will.

—No.

—Será mejor que llame a la policía —dijo él.

—Será mejor que lo hagas —dijo Gregory, su voz era fría y hostil.

Cuando Will hizo la llamada, habló calmadamente, pero Tristán sabía que su compañero estaba tan agitado y desconcertado como él. Tristán sabía un poco más como acerca de la sensación de que Ivy estaba en peligro.

Ella te necesita. El mensaje había llegado a Tristán, aunque si iba a escucharlo o entenderlo no podría decirlo. Pero sabiendo que algo estaba sucediendo, y recordando que Lacey había dicho que él no podría

rescatarla, que tendría que combinar sus poderes con alguien más, había corrido hacia Will, urgiéndolo de ir con Ivy, para ayudarla.

Había sido una lucha, sobre todo al principio. Tristán había aprendido a canalizar su energía y poco a poco Will se entregó a su control. Tristán se preguntaba si Will se había dado cuenta de que estaba siendo conducido por la colina a ochenta millas por hora, a pesar de las cuestas y los giros del camino. ¿Recordaría Will que había estado corriendo alrededor, desde el frente hasta la parte posterior de la casa más rápido de lo humanamente posible?

Pero todavía no lo suficientemente rápido para capturar al atacante de Ivy, pensó Tristán. Hasta que no supiera quién era el atacante no había forma de adivinar cuando atacaría de nuevo, o como Will y él podrían proteger a Ivy.

Will y él. Él y Will. No negaba que Will cuidaba de Ivy, y Tristán lo necesitaba también.

Tristán observó como Gregory llevaba a Ivy hasta el sofá. Ella se agazapó bajo el escritorio de Andrew, sus ojos brillaban como ascuas.

—¿Quién era, Ella? —preguntó Tristán—. Tú eres la única que lo vio. ¿Quién hizo esto?

Will salió de la habitación y después volvió con una bolsa de hielo.

Gregory la sostuvo amablemente contra la cabeza de Ivy. —Estoy aquí. Todo va a estar bien —dijo una y otra vez, frotando su espalda para relajarla.

En poco tiempo se oyó el zumbido de una sirena. Un auto de policía se detuvo en el camino de la entrada, seguido de forma inesperada por otro coche. El de Andrew.

—¿Qué pasó? —lloriqueó Andrew, corriendo dentro de la casa con los oficiales—. Ivy, ¿estás bien?

Él miró la ventana rota, luego a Will, y finalmente volvió su atención a Gregory. —¿Por qué estás tú aquí? —preguntó—. Se suponía que debías estar con Maggie y Philip.

—¿Por qué estás tú aquí? —Gregory preguntó a su vez.

Andrew miró rápidamente a la policía, luego hizo un gesto hacia el escritorio. —Dejé algunos papeles, algunos reportes en los que quería trabajar en el lago.

—Vine porque Ivy me llamó —dijo Gregory—. Le dije hoy mismo, más temprano, que debería llamarme si necesitaba algo —él miró hacia abajo, hacia ella. Ivy encontró sus ojos con una expresión perpleja.

—¿Eras tú quien me llamaste, no? —preguntó él.

—No.

Gregory la miró sorprendido, luego le apretó fuertemente las manos y finalmente las soltó. —Uf —dijo suavemente—. Le debemos a alguien una grande.

Se volvió hacia los demás. —Cuando llegamos al lago, tuve que detenerme en una tienda. Maggie había recordado todo lo que necesitábamos para el viaje, excepto papel de baño.

—Cuando regresé, el encargado me dijo que alguien había llamado tres veces, preguntando por mí, pero que no había dejado mensaje. Pensé que era Ivy. Ha sido difícil para ella últimamente, lo sabes —dijo él, apelando a su padre—. No perdí tiempo. Regresé a casa.

—Chica con suerte —remarcó uno de los oficiales de policía.

La policía comenzó a hacer preguntas. Tristán se movió lentamente alrededor de la habitación, estudiando los rostros y leyendo lo que la policía estaba anotando.

¿Se sentía celoso cada vez que veía a Gregory tocar a Ivy? ¿O era alguna clase de intuición? Se preguntaba. ¿Estaba Ivy realmente segura en los brazos de Gregory?

¿Le habría dicho Gregory a Erick que Ivy estaría sola este fin de semana? Si Eric era el responsable de esto ¿podría estar Gregory cubriéndolo?

¿Y por qué Gregory había cuestionado a su padre? ¿Pensaba él que la excusa de Andrew para regresar a casa era demasiado conveniente?

La policía se quedó un largo tiempo esa tarde e hizo muchas preguntas, pero a Tristán le parecía que todas ellas eran las equivocadas.

Capítulo 7



*Traducido por Virtxu
Corregido por Ángeles Rangel*

Cuando Ivy contestó a la puerta el martes por la mañana, sabía que Beth había leído el periódico local. Su amiga caminó dentro con un paso rápido y tímido. —¿Cómo te va? —abrazó a Ivy, casi dejándola sin aliento y se echó para atrás, sonrojándose.

—Estoy bien —dijo Ivy—. Realmente bien.

—¿Lo estás? —Beth se parecía a una madre búho preocupada, con sus grandes ojos y su cabello mate cayendo anudado en suaves plumas. Ella miraba la magullada mejilla de Ivy.

—Es la última novedad en tatuajes —dijo Ivy sonriendo y tocando su cara suavemente.

—Tu cara se parece a... una mariquita.

Ivy rió. —Morada y amarilla. Voy a lucir genial para el festival. ¿No tienes nada para cubrirlo?

Beth intentó sonreír, pero terminó mordiéndose el labio.

—Ven dentro —dijo Ivy, guiándola hacia la cocina—. Consigamos algo de beber. Tenemos que quedarnos aquí por unos minutos. Voy a ser entrevistada por tercera vez.

—¿Por el periódico?

—Por la policía.

—¡La policía! Ivy tienes que contarles a ellos... —Beth dudó.

—¿Contarles qué?

—Sobre los mensajes en el ordenador —dijo Beth en voz baja.

—No. —Ivy sacó un taburete para que Beth se sentara—. ¿Por qué debería hacerlo? Eso no es más que una extraña coincidencia. Tú solo estabas haciendo el tonto y...

La mirada en los ojos de Beth la hizo callarse. —No estaba haciendo el tonto.

Ivy hizo un pequeño encogimiento de hombros, luego pesó algunos granos de café. Desde el viernes por la noche había actuado como si nada hubiera pasado, como si hubiera superado el miedo. Se sentía fatal por haberles hecho correr a todos y trataba de evitar que se preocuparan y quejaran sobre ella. Pero la verdad era que se alegraba de tener a su familia en casa con ella. Estaba empezando a estar asustada.

Philip estaba convencido que un ángel había enviado a Gregory para salvarla... el mismo ángel que le había impedido caer de la casa del árbol, decía él. Recientemente había encontrado la angelical estatua de un jugador de baloncesto y afirmaba que le había sido entregada por un brillante amigo de su propio guardián.

Ivy sabía que su hermano estaba hablando así porque estaba asustado. Quizá, pensaba Ivy, tras haber perdido a Tristan, Philip estaba asustado de perderla a ella, también. Tal vez por eso él la había advertido varias veces sobre el tren subiendo la colina para cogerla.

¿Cómo podía culparle? Con el accidente de coche, luego la llamada del viernes, Ivy se imaginaba peligros ocultos donde quiera que mirara. Y si había una cosa que ella no necesitaba entonces, era a Beth mirándola como si hubiera visto algo mucho más que espantoso.

—Beth, tu eres mi amiga, y estás preocupada acerca de que yo esté sola, al igual que Suzanne y Gregory se preocupan. La única diferencia es que tú eres escritora y... y tienes una imaginación muy activa —añadió Ivy, sonriendo—. Es natural que cuando tú te preocupes, esto se convierta en una historia.

Beth no pareció muy convencida.

—En cualquier caso, tú no eres responsable. Incluso si fueras psíquica, los psíquicos sólo conocen las cosas, no hacen que sucedan.

El timbre de la puerta sonó, e Ivy rápidamente secó sus manos. —Por lo que no hay razón para contárselo a la policía.

—¿Contarles el qué? —preguntó Gregory, entrando en la cocina.

Él se había levantado más temprano de lo normal, vistiéndose para un día en Nueva York con Suzanne.

—Díselo a Gregory, Beth, si eso te hace sentirte mejor —le aconsejó Ivy, entonces se marchó a atender la puerta.

Un hombre pelirrojo con aliento a pastilla de menta se paseaba por el porche como si hubiera estado esperando cuatro horas. Se identificó a sí mismo como el Teniente Donnelly y preguntó a Ivy si podía hablar con ella en la oficina en la que ocurrió el asalto.

—Voy a ver —replicó Ivy—. Mi padrastro no ha ido a la universidad hoy y si él está trabajando...

—¿Él está aquí? Bien —dijo el detective dinámicamente—. Él está en mi lista, también.

Unos pocos minutos después ellos se habían reunido en la oficina de Andrew con Gregory. El detective tenía algunas preguntas para todos, pero la mayor parte de lo que se habló fue de hechos que habían pasado antes.

Cuando terminaron, el Teniente dijo: —La razón para entrevistarlos otra vez es que hemos tenido un incidente similar la noche pasada en Ridgefield. El mismo modus operandi, la víctima, una chica de la escuela secundaria, le pusieron una bolsa en la cabeza. Si nuestro amigo es una especie de atacante en serie, queremos encontrar tantas similitudes como sea posible. Con la intención de establecer un patrón, predecirle... y cogerle.

—¿Entonces habéis concluido que el ataque a Ivy es un acto aleatorio —dijo Andrew—, y no un acto llevado a cabo por alguien que ella conoce?

—Nosotros no hemos concluido nada —respondió el detective, inclinándose hacia delante, y levantando sus tupidas cejas rojas—. Y siempre estoy interesado en las teorías de los demás.

—No tengo teorías —dijo Andrew secamente—. Sólo quiero saber si ella está a salvo.

—¿Hay alguna razón por la que piense que no lo está? ¿Conoce a alguien que pudiera estar interesado en lastimar a alguien de la familia?

—No —respondió Andrew. Luego se volvió hacia Gregory—. No que yo sepa. ¿Tú conoces a alguien, Gregory?

Gregory dejó la pregunta colgando en el aire por un momento. —Nop.

Andrew se volvió hacia el detective. —Nosotros sólo queremos saber si podemos asumir que Ivy está a salvo.

—Por supuesto. Lo entiendo, señor —dijo Donnelly—. Y por supuesto que debe entender que yo no puedo estar seguro de eso. —Él le tendió su tarjeta a Ivy—. Si recuerdas alguna otra cosa, llámame.

—Sobre la chica en Ridgefield —dijo Ivy, capturando la manga del detective—. ¿Ella está bien?

La boca del hombre formó una severa línea. Él sacudió su cabeza dos veces. —Está muerta —dijo él en voz baja, luego abrió la puerta con el nuevo cristal—. Debo irme.

Tan pronto como él se fue, Ivy salió de la habitación, no queriendo que los demás vieran sus lágrimas. Gregory la atrapó a mitad del camino de las escaleras. Se alejó de él y cayó a cuatro patas. Él la atrajo hacia sí.

—Ivy. Háblame. ¿Qué pasa?

Ella se alejó de él y presionó sus labios juntos.

—¿Qué pasa?

—¡Eso podría haberme pasado a mí! —soltó ella—. Si no llegas a venir en ese momento, si tú no le hubieras asustado... —Lágrimas surcaban sus mejillas.

—Eso no ocurrió —dijo él gentil pero firmemente, y se sentó con ella en las escaleras.

No me dejes, suplicó Ivy silenciosamente. No te vayas con Suzanne hoy. Yo te necesito más que ella.

Inmediatamente se sintió culpable por tener esos pensamientos.

Gregory enjuagó sus lágrimas.

—Lo siento —dijo Ivy.

—¿Lo sientes por qué?

—Por actuar tan... tan...

—¿Humana?

Ella descansó contra él.

Él cepilló su pelo fuera de su cara y dejó sus dedos enredados en él.

—Mi padre tenía razón, ya sabes. Por una vez, el viejo Andrew tiene razón. Yo lo siento por la familia de la otra chica, pero estoy muy aliviado. Ahora sabemos que no hay nadie afuera para cogerte —echó la cabeza hacia atrás para mirarla—. Y eso deja a Will fuera del gancho —bromeó.

Ivy no rió.

—A menos que Will tenga una carrera que nosotros desconocemos. Él puede ser muy silencioso y misterioso...

Ivy siguió sin reírse. Ella respiraba tan uniformemente como fuera posible, tratando de ahogar sus hipos. —Será mejor que te vayas, Gregory —le aconsejó—. ¿No te has dado cuenta de la hora que es? A Suzanne no le gusta que sus citas lleguen tarde.

—Lo sé —dijo él, y mantuvo a Ivy apartada de él, estudiándola.

¿Mira a Suzanne de esta manera?, se preguntó, tan intensamente, como si estuviera buscando sus pensamientos ¿La mira a los ojos de la misma forma en que me mira a mí? ¿Él se preocupa por ella tanto como se preocupa por mí?

Otra ola de culpa recorrió a Ivy; su cara debió de revelar eso.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Qué estas pensando?

—Nada. Será mejor que te vayas.

Él continuó mirándola con incertidumbre.

—¿Cuándo te vayas, puedes parar y decirle a Beth que bajo en un minuto?

Él se encogió de hombros, luego se apartó de ella. —Claro.

Ivy se apresuró a subir. Se alegró de poder pasar la mayor parte del día con Beth. Si Ivy le decía que no quería hablar de algo, Beth dejaba pasar el tema. Desafortunadamente, había acordado reunirse con Suzanne para la cena después de que ella y Gregory volvieran de Nueva York. Ivy no tenía ganas de recrear todos los detalles del heroico rescate de Gregory y cada “él dijo, yo dije” de la cita con Suzanne.

Ivy estaba pasando por la habitación de Gregory cuando su teléfono sonó. Se preguntó si debía contestarlo por él o dejar que le dejaran un mensaje en el contestador.

Probablemente será Suzanne, pensó Ivy, llamando para saber donde estaba él. Ella se paró a escuchar; si era su amiga, ella contestaría al teléfono y le diría que Gregory ya se había ido.

El contestador pitó. Hubo un momento de silencio, luego una voz dijo: — Soy yo. Necesito el dinero, Gregory. Sabes que no me gusta ir a tu viejo. Y sabes lo que pasará si no me das el dinero. Necesito el dinero, Gregory, ahora.

La persona que llamó colgó sin identificarse, pero ella reconoció su voz. Eric.

Ivy tamborileó los dedos sobre la silla de mimbre, mirando la laguna tras la casa de los Goldstein y chequeó su reloj una vez más. Habían quedado aquí a las seis y media. Ahora eran las siete y veinticinco.

—Tú mejor amiga por siempre —murmuró ella. En casa tenía una gran caja de cartas destrozadas, las notas que Suzanne había comenzado a escribir en cuarto grado cuando se aburría en clase. Todas las cartas estaban firmadas, “Tú mejor amiga por siempre”.

Por siempre... pero la verdad era que con Gregory alrededor, las cosas habían cambiado mucho entre ellas. Y Suzanne era tan culpable como

ella. Ivy se alejó abruptamente de la silla y comenzó a bajar las escaleras del porche.

Desde el otro lado de la casa vino el sonido de un coche en el camino de entrada. Una puerta se cerró de un portazo. Ivy rodeó la casa, luego se paró. Gregory y Suzanne estaban caminando lentamente hasta la casa, con sus brazos uno alrededor del otro, la cabeza de Suzanne estaba en el hombro de él. Ivy deseaba haberse ido antes, mucho antes.

Gregory fue el primero en descubrirla y se detuvo. Entonces Suzanne levantó la mirada. —Hola Ivy —ella pareció sorprendida. Un segundo después, su mano voló hacia su cabeza—. ¡Oh, no, lo olvidé totalmente! Lo siento mucho. Espero que no hayas estado esperando mucho.

Desde las seis y media, y tú lo sabes, y estoy muerta de hambre, quería decirte Ivy, pero no lo dije. Pero ella no jugó al juego de Suzanne para tranquilizarla de alguna forma: No, no, acabo de llegar. Eso es lo que se suponía que diría, ¿no? Ivy sólo miró a su amiga y dejó que se lo figurara.

Quizá Gregory se percató de alguna forma de la tensión existente entre las dos. Él intervino rápidamente. —Decidimos a última hora ir a coger una pizza en Celentano. Siento que no nos acordáramos que estabas aquí, Ivy. Hubiera sido genial si hubieras venido con nosotros.

Gregory fue recompensado con dos miradas: la de Suzanne por dar a entender que la cena hubiera sido genial si Ivy hubiera ido; y la de Ivy, por sugerir que ella hubiera disfrutado él ir con ellos a una cita. ¿No había oído nunca que tres son multitud?

Gregory se desenvolvió de Suzanne, luego se retiró hacia el coche. Deslizando una mano en su bolsillo, apoyó la otra en la puerta abierta, tratando de parecer casual.

—Puedo ver que hay algunas cosas de las que tienen que hablar esta noche, algunos trapos sucios. Tal vez debería irme antes de ser arrastrado por la telenovela.

Ya estás en una telenovela, pensó Ivy.

—Probablemente estarías bien —respondió Suzanne—. La mayoría de los chicos son aficionados a hablar.

Gregory rió, no tan fácilmente como él pretendía, pensó Ivy... luego hizo sonar las llaves y se fue.

—Estoy reventada —dijo Suzanne, sentándose en las escaleras de la parte delantera y tirando de Ivy a su lado—. Manhattan en invierno... te lo dije, está lleno de locos. Deberías haber visto a toda esa gente en Times Square, esperando por algún vistazo a...

Se paró, pero Ivy sabía lo que había estado a punto de decir. Ella había leído ya sobre la angelical Barbra Streisand.

Suzanne alargó la mano entonces y tocó la cara de Ivy muy, muy ligeramente. —¿No están cansados de verte en la sala de emergencias?

Ivy rió un poco.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Suzanne.

—Bien... de verdad —añadió ella cuando vio la duda en los ojos de Suzanne.

—¿Estás teniendo pesadillas de esto, también?

—No desde hace mucho —dijo Ivy.

—Eres fuerte, chica —dijo Suzanne, sacudiendo la cabeza—. Y apuesto a que estás hambrienta y lista para matarme.

—Muy hambrienta y casi lista —respondió Ivy mientras Suzanne se ponía de pie en la escalera y buscaba en su bolso las llaves de su casa. Peppermint, el Pomerania de Suzanne, la recibió con ladridos de alegría, anticipando la cena. Ellas fueron directas a la cocina.

Mientras Suzanne alimentaba a Peppermint, Ivy exploró el frigorífico de los Goldstein, el cual estaba siempre muy bien surtido. Ella se conformó con un gran tazón de sopa casera. Suzanne puso un molde de brownies y algunos bizcochos de limón helado sobre la mesa entre ellas. Ella cortó un brownie para ella misma, luego se giró y se sentó en su silla. —Lo he conseguido, Ivy —dijo ella—. Gregory definitivamente está enganchado. Ahora sólo tengo que pescarlo.

—Creo que le pescaste la semana pasada, o quizá la semana anterior —recordó Ivy.

—Ese es el por qué necesito tu ayuda —dijo Suzanne rápidamente—. Yo nunca estoy segura con Gregory. Tengo que saberlo, Ivy... ¿él ha salido con otras chicas esta semana? Quiero decir, conmigo estando lejos y él teniendo que volver a casa por ti, me preguntaba si él había sacado su pequeño libro de citas y...

Ivy persiguió los tallarines alrededor con su cuchara. —No lo sé —dijo ella.

—¿Cómo puedes no saberlo? ¡Vives con él!

—Él estuvo en casa el sábado por la mañana. Por la tarde jugamos al tenis y fuimos de compras. Por la noche fue a ver una película con Philip y conmigo. Él estuvo fuera un rato el domingo por la tarde, pero el resto del tiempo lo pasó con Philip y conmigo.

—Y tú. Es algo bueno que seas mi mejor amiga y la hermanastra de Gregory —remarcó Suzanne—, sino sería una loca celosa y desconfiada. Ambas somos afortunadas, ¿verdad?

—Sí —contestó Ivy sin entusiasmo.

—¿Qué hay sobre el lunes? ¿Salió entonces?

—Un rato por la mañana, luego llegó tarde por la noche. Suzanne, no me siento bien contándote sus cosas a ti.

—Bueno, ¿de qué lado estás? —le preguntó su amiga.

Ivy desmenuzó una galleta en su sopa. —No sabía que aquí había lados.

—¿A quién te sientes más leal, a mí o a Gregory? —persistió Suzanne—. Ya sabes, al principio pensaba que tú le gustabas. A decir verdad, pensaba que no estabas con él porque no te había dicho nada ya que tú no querías herir mis sentimientos.

Ivy asintió. —Yo no lo conocía tan bien entonces. Pero lo hago ahora, y desde entonces me preocupo por él y por ti, y ya que tú lo perseguiste...

—Le atrapé, Ivy.

—Ya que tú le atrapaste, y me enganchaste a mí hace años, ¿cómo puede haber lados?

—No soy tan ingenua —respondió Suzanne—. Siempre hay lados en el amor —ella cortó en pequeños trozos el brownie en el molde—. El amor es una guerra.

—No, Suzanne.

Ella paró de cortar. —¿No, qué?

—No hagas lo que estás haciendo con él.

Suzanne se echó hacia atrás en su silla. —¿De qué estás hablando? —Había un notable enfriamiento en su voz.

—Te estoy diciendo que no juegues con él. No le mangonees como has mangoneado a otros chicos. Él se merece que lo trates mejor, mucho mejor.

Suzanne estuvo en silencio por un momento. —¿Sabes lo que necesitas, Ivy? Un novio propio.

Ivy miró fijamente abajo hacia su sopa.

—Y Gregory está de acuerdo conmigo en esto.

Ella levantó la vista repentinamente.

—Él piensa que Will es perfecto para ti.

—Tristan era perfecto para mí.

—Era —dijo Suzanne—. Era. ¡La vida continúa y debes seguir adelante!

—Lo haré cuando esté lista —respondió Ivy.

—Tienes que dejar el pasado atrás —Suzanne colocó su mano sobre la muñeca de Ivy—. Debes dejar de actuar como una niña pequeña, sosteniendo la mano del Gran hermano Gregory.

Ivy miró lejos.

—Debes empezar a salir y ver a otros chicos. A Will para empezar.

—Deja de meterte en lo que no te incumbe, Suzanne.

—Gregory y yo podemos organizarlo.

—¡He dicho que dejes de meterte en lo que no te incumbe!

—¡Está bien!

Suzanne cortó un pedazo ultra delgado de brownie, luego señaló a Ivy con el cuchillo. —Deja tú de entrometerte, también, y no me digas lo que tengo que hacer. Te aviso ahora, no te entrometas entre Gregory y yo.

¿Qué quería decir con entrometerse? Se preguntó Ivy. ¿Qué no le diera su consejo... o qué dejara de sostener la mano de Gregory?

Ambas se quedaron mirando su comida en silencio. Peppermint se sentó entre sus sillas, mirando de la una a la otra. Luego de alguna manera, después de lo que pareció un silencio interminable, llevaron su camino a un terreno más seguro, hablando sobre la semana que había tenido Suzanne. Pero mientras Suzanne hablaba e Ivy asentía, todo en lo que Ivy podía pensar era que de un modo u otro, iba a perder a alguien que significaba mucho para ella.

Capítulo 8



*Traducido por Dani
Corregido por marzeDoyle*

—**D**anos unos minutos más, Philip —dijo Ivy—. Queremos mirar el resto de esas pinturas.

—Creo que iré a buscar a Gregory.

Ivy estiró el brazo rápidamente y agarró a su hermano por la parte de atrás de su camiseta.

—Hoy no. Estás atascado conmigo y Beth.

Por los últimos cuatro días Ivy había pasado un poco de tiempo con Gregory, viéndolo sólo en ocasionales comidas familiares y pasadas fortuitas por el pasillo. Siempre que sus caminos se cruzaban, había sido cuidadosa de no empezar largas conversaciones con él. Cuando la había buscado —y mientras más lo evitaba, más la buscaba—, había pretendido que estaba de camino a la sala de música para practicar. Gregory parecía desconcertado y un poco molesto por la distancia que estaba poniendo entre ellos. Pero ¿qué más podía hacer? Habían crecido demasiado juntos. Sin quererlo, Ivy había llegado a ser dependiente de él. Si no se alejaba ahora, perdería a Suzanne como amiga.

Suzanne y Beth se habían encontrado con Gregory, Philip e Ivy en la ciudad esa tarde, al final de Main Street, donde comenzaba el festival. Suzanne inmediatamente había cubierto la espalda de Gregory con su brazo y deslizado su mano dentro de su bolsillo trasero, alejándolo de Ivy y Philip. Ivy había respondido dirigiendo a Philip en otra dirección. Beth se había quedado de pie en la esquina de la calle.

—Ven con nosotros —Ivy la llamó. —Vamos a ir a ver el arte.

La presentación estaba instalada por un carril estrecho de tiendas antiguas que corrían por Main Street. Una variedad de gente del pueblo —mujeres empujando coches, ancianas con sombreros de paja, niños con sus caras pintadas, y dos chicos vestidos como payasos—, caminaban por ahí mirando los cuadros, intentando adivinar quienes eran los artistas. Cada

cuadro estaba titulado y enumerado, pero los nombres de los artistas estaban cubiertos para la evaluación que tomaría lugar más tarde ese día.

Ivy, Beth, y Philip estaban casi al final de la presentación cuando Philip había empezado a quejarse sobre encontrar a Gregory. Ahora Ivy señalaba a una extraña pintura, intentando distraerlo.

—¿Qué crees que es? —preguntó.

—Cosas —leyó el título con el ceño fruncido.

—A mí me parece como una fila de bálsamos labiales —dijo Beth—, o árboles en otoño o velas navideñas o botellas de salsa de tomate o misiles en la puesta de sol...

Philip arrugó su cara.

—A mí me parece que es estúpido —dijo en voz alta.

—¡Shh! Philip, mantén la voz baja —le advirtió Ivy—. Por todo lo que sabemos, el artista podría estar justo detrás de nosotros.

Philip se dio la vuelta para mirar. Repentinamente el ceño fruncido se había ido. Su rostro se iluminó.

—No —dijo—, pero hay un... —dudó.

—¿Qué? —Preguntó Beth.

Ivy miró rápidamente detrás de ella. No había nadie ahí. Philip hizo un pequeño encogimiento de hombros.

—No importa —suspiró.

Avanzaron a la última entrada, un panel con cuatro acuarelas.

—¡Wow! —dijo Beth—. ¡Son fabulosas! Número treinta y tres, quien sea que seas, eres mi ganador.

—El mío, también. —Estuvo de acuerdo Ivy. Los colores del artista eran casi transparentes e infundidos con una luz por sí mismos.

Ivy señaló la pintura de un jardín.

—Desearía poder sentarme ahí, por horas y horas. Me hace sentir tan tranquila.

—Me gusta la serpiente —observó Philip.

Solo un niño pequeño habría encontrado esa serpiente, pensó Ivy, pintada con picardía.

—Quiero hablar con la mujer en la última pintura —dijo Beth.

La mujer estaba sentada bajo un árbol con el rostro apartado del pintor. Flores estaban cayendo sobre ella, luminosas flores del manzano, pero a Ivy le hacían pensar en nieve. Miró hacia el título: "Demasiado pronto".

—Hay una historia detrás de esa —dijo suavemente Beth.

Ivy asintió. Conocía la historia, o una parecida a esa, sobre perder a alguien antes de que tuvieras la oportunidad de...

Por un momento sus ojos picaban. Entonces parpadeó y dijo:

—Bueno, hemos visto todo en la presentación. Vamos a gastar dinero.

—¡Sí! —gritó Philip—. ¿Dónde hay paseos?

—No hay ningún paseo, no en un festival como este.

Philip se detuvo en seco.

—¿No hay paseos? —Él no podía creerlo—. ¡No hay paseos!

—Creo que estamos aquí por una larga tarde —Ivy le dijo a Beth.

—Solo sigamos alimentándolo —respondió Beth.

—Quiero irme a casa.

—Regresemos a Main Street —sugirió Ivy—, y veamos lo que están vendiendo todos.

—Eso es aburrido. —Su hermano le estaba dando esa mirada con la mandíbula apretada que significaba problemas—. Voy a ir a buscar a Gregory.

—¡No! —dijo eso tan fuerte que Beth miró hacia ella.

—Está en una cita, Philip —Ivy le recordó tranquilamente—, y no podemos molestarlo.

Philip empezó a arrastrar sus pies como si hubieran estado caminando por millas. Beth estaba caminando lentamente, también, estudiando a Ivy.

—Es solo que realmente no es justo para Gregory —Ivy le dijo a Beth, como si le hubiera pedido una explicación—. No está acostumbrado a un niño de nueve años jugando a la llevas por todos lados.

—Oh. —La forma en que Beth miró para otra parte, le dijo a Ivy que su amiga sabía que esa no era toda la verdad.

—Y desde luego que Suzanne no está acostumbrada a eso.

—Supongo que no —replicó Beth suavemente.

—Esto es aburrido, aburrido, aburrido —se quejó Philip—. Quiero ir a casa.

—¡Entonces camina! —soltó Ivy. Beth miró alrededor.

—¿Qué tal si nos sacamos una foto? —sugirió.

—Todos los años hay un puesto llamado "Fotos del Viejo Oeste". Tienen diferentes trajes con los que puedes disfrazarte. Es divertido.

—¡Buena idea! —replicó Ivy—. Nos tomaremos suficientes para un álbum —agregó bajo su aliento—, si eso lo mantiene ocupado.

El toldo del puesto estaba instalado en frente de una tienda de fotografía y lucía como una pequeña puesta en escena. Había varios fondos para elegir, baúles de ropa en los cuales niños y adultos estaban buscando, y soportes dispersos con pistolas, jarras de madera, una cabeza de búfalo con piel falsa. Tintineante música de piano le daba a la tienda una atmósfera de salón.

El mismo fotógrafo estaba disfrazado con un sombrero de vaquero, chaleco y unos pantalones apretados de cuero. Beth lo observó por detrás.

—Lindo —comentó—. Muy lindo.

Ivy sonrió.

—Me gusta cualquier cosa con botas —dijo Beth, un poco demasiado alto.

El vaquero se dio la vuelta.

—¡Will!

Will rió hacia Beth, que se sonrojó por la vergüenza. Puso una mano tranquilizadora sobre su brazo, luego asintió hacia Ivy. Philip ya se había desviado hacia los baúles de trajes.

—¿Cómo estás? —preguntó Will.

Beth se golpeó a sí misma en la cabeza.

—Olvidé por completo que por tu trabajo, ibas a estar haciendo esto.

Él sonrió hacia ella, una gran sonrisa fácil. Era imposible ver los ojos de Will bajo la sombra de su sombrero, pero Ivy pudo ver que cuando miró de Beth hacia ella, la sonrisa se hizo no tan grande, y no tan fácil.

—¿Pensando en sacarse un foto? —preguntó.

Philip ya estaba metido hasta los codos en ropas.

—Parece que nuestra cita quiere —le dijo Beth a Ivy.

—¿Su cita?

—Mi hermano, Philip —explicó Ivy. Se había encajado entre dos tipos lo suficientemente grandes para jugar fútbol profesional—. El bajito.

Will asintió.

—Tal vez debería llevarlas hacia otro baúl. Los trajes de señorita están por ahí —añadió Will por sobre su hombro, señalando los baúles donde un grupo de chicas estaban reunidas.

Algunas de las chicas eran mayores que Ivy y Beth. Otras parecían dos o tres años más jóvenes. Todas ellas seguían dándose vuelta, mirando a Will y riendo tontamente.

—Hey, vaquero —Beth lo llamó suavemente detrás del él—. Apuesto que les gustaría tu ayuda, incluso más que a Philip.

—Lo están haciendo bien —dijo, y empezó a caminar.

—Adoro ese trasero.

Will se detuvo. Ivy miró a Beth, y Beth miró a Ivy. Ivy sabía que no lo había dicho, pero Beth actuaba como si ella no lo hubiera dicho, tampoco. Sus ojos azules estaban rebozando con humor y sorpresa.

—No dije eso.

—Tampoco yo.

Will solo negó con su cabeza y siguió caminando.

—Pero lo estabas pensando —dijo alguien. Ivy miró alrededor.

—Bueno, tal vez lo estaba, Ivy —admitió Beth—, pero...

Will se dio la vuelta.

—¡Yo no dije eso! —insistió Ivy.

—¿Decir qué? —preguntó Will, levantando su cabeza.

Ivy estaba segura de que él había escuchado.

—Tú has... es que pensé... que... —Ivy miró de costado a Beth—. Oh, no importa.

—¿De qué está hablando? —Will le preguntó a Beth.

—Algo sobre tu trasero —dijo Beth.

Ivy levantó sus manos.

—¡No me interesa tu trasero!

El zumbido de voces bajo el toldo se detuvo. Todos miraron a Will, luego a Ivy.

—¿Te gustaría ver el mío? —preguntó uno de los tipos futbolistas.

—Oh, santo Dios —dijo Ivy.

Will se rió en voz alta.

—Tus mejillas están rosadas —Beth le dijo a Ivy.

Ivy puso las manos sobre su cara. Beth se las retiró.

—Es un color mucho mejor para ti que el morado y el amarillo.

Quince minutos después, Ivy hizo una mueca mientras Beth subía su cremallera en frente del espejo del vestidor.

—Si me inclino hacia delante, Will va a tener una buena vista.

—Va a tener una buena vista incluso si estás derecha —comentó Beth.

Habían decidido vestirse como chicas de salón con vestidos idénticos en rojo y negro; “de puta”, como los llamaba Beth. Pasó sus manos sobre sus amplias caderas.

—No me importa si mi hombre no sigue las leyes —dijo con acento del Oeste—, mientras siga las mías.

Ivy rió, entonces se dio una mirada de espalda en el espejo. Beth le había dado un vestido más pequeño para que usara, no había curva que no mostrara. Ivy estaba poco dispuesta a salir por las cortinas del vestidor, no obstante Beth le informó que los dos tipos futbolistas se habían ido. Ivy podía lidiar con los Hermanos Macho; era con Will alrededor con el que se ponía tímida. Tal vez él sentía eso. Estiró su mano hacia Beth, cuando ella e Ivy salieron del vestidor.

—Oh, señorita Lizzie —dijo—, se ve sumamente bien hoy día. Usted también, señorita Ivy —agregó en voz baja.

—¿Qué hay sobre mí? —preguntó Philip. Salió con unos pantalones con flecos y con un chaleco que casi le quedaba. Pero el sombrero de diez galones era aproximadamente nueve galones demasiado grande.

—Temible —dijo Will—. Temible y asombroso, si sólo pudiera ver tu barbilla.

Ivy rió, sintiéndose más cómoda otra vez.

—¿Qué tal si probamos una talla diferente?

—En negro —dijo Philip.

—Está bien, pequeño.

Will encontró un sombrero y alineó a los tres en frente de la cámara, orientándolos un poco a la derecha. Entonces tiró su sombrero para atrás y fue detrás de la cámara. Era una cámara nueva con la fachada de una antigua, arreglada para que emanara una gran bocanada de humo, que era parte del espectáculo. Pero después del flash y del humo, la cabeza de Will se disparó hacia arriba detrás del equipo. Lucía casi cómico y al principio Ivy pensó que eso también era parte de la función. Pero por la forma en que Will estaba mirándolos fijamente hizo que los tres se dieran vuelta para mirar detrás de ellos.

—Yo... uh... voy a tomar otra —dijo—. ¿Pueden ponerse igual que antes?

Lo hicieron, y una segunda emanación de humo fue enviada.

—¿Qué estuvo mal la primera vez? —preguntó Beth.

—No estoy seguro. —Una mirada que Ivy no podía interpretar pasó entre él y Beth. Él negó con la cabeza. Entonces el sombrero estaba de vuelta sobre sus ojos—. Tomará unos minutos imprimirla. ¿Quieren dos o tres copias? —les preguntó Will.

—Dos estarán bien —contestó Ivy—. Una para Beth y una para nosotros.

—Quiero mi propia copia —dijo Philip.

—Entonces yo también —dijo otra voz.

Todos se dieron la vuelta.

—Hola, compañero —dijo Gregory, manteniendo su mano extendida hacia Philip—. Señoritas. —Sus ojos se quedaron en Ivy, viajando por ella lentamente.

Suzanne le dio una mirada rápida.

—Seguro que te metiste a la fuerza dentro de eso —comentó—. Es una maravilla que no se haya reunido una multitud.

Will tiró hacia arriba sus pantalones ajustados.

—¿Estás hablando sobre ella o sobre mí? —preguntó ligeramente.

Gregory rió. Beth rió después de que Gregory lo hiciera, luego miraron incómodamente a Suzanne. Suzanne no estaba divertida. Will empujó dos cintas de película en la máquina de revelación y se preparó para su siguiente grupo de clientes.

—Suzanne, sólo había dos vestidos iguales —dijo Ivy rápidamente—, y Beth y yo queríamos combinar, entonces ella tomó ese y yo tomé... dile, Beth.

Pero mientras Beth repetía la explicación, Ivy se dijo a sí misma, ¿Por qué molestarme? Hasta que Gregory aprenda a evitar que sus ojos deambulen sobre otras chicas, es irremediable. Aunque, desearía que hubiera puesto sus ojos sobre Beth. Se dio la vuelta hacia el vestidor. Gregory la agarró por el brazo.

—Te esperaremos —dijo—. Vamos a ir a echar un vistazo a las pinturas de Will.

Ivy vio a Suzanne por la esquina de su ojo, estaba tamborileando sus dedos sobre la parte de arriba de un baúl, su anillo del dedo meñique brillaba.

—Ya las hemos visto —le dijo Ivy.

—Aunque no sabemos cuáles eran tuyas —dijo Beth—. Los nombres de los artistas todavía están cubiertos.

—Son acuarelas —les dijo Gregory.

—¿Acuarelas? —Ivy y Beth repitieron al mismo tiempo.

—Will —llamó Gregory—. ¿Cuál es tu número de entrada?

—Treinta y tres —contestó.

Beth e Ivy intercambiaron miradas.

—Pintaste el jardín donde Ivy quería sentarse por horas —dijo Beth.

—Y la serpiente —dijo Philip.

—Y la mujer con flores cayendo a su alrededor como nieve —agregó Ivy.

—Están en lo cierto— Will continuó trabajando, arreglando a sus clientes frente a la cámara.

—¡Era asombroso! —dijo Beth.

—Me gustó la serpiente —dijo Philip.

Ivy miró a Will sin decir nada. Estaba siendo el genial Will O'Leary otra vez, actuando como si sus pinturas y lo que decían sobre ellas no le importara. Entonces vio como rápidamente giró su cabeza, como si estuviera comprobando para ver si ella todavía estaba ahí. Entonces se dio cuenta de que él había querido que hiciera un comentario.

—Tus pinturas son realmente... uh... —Todas las palabras que podía pensar sonaban planas.

—Está bien —dijo, cortándola antes de que pudiera pensar en la descripción adecuada.

—¿Vas a ir a darles un segundo vistazo? —preguntó Gregory con impaciencia.

—Estaré lista en un minuto —contestó Beth, apresurándose hacia el vestidor.

Philip estaba caminando hacia el vestidor y desvestiéndose al mismo tiempo.

—No puedo —Ivy le dijo a Gregory—. Toco a las cinco en punto y tengo que...

—¿Practicar? —Sus ojos brillaron.

—Tengo que reunirme a mí misma, para pensar sobre lo que voy a tocar, eso es todo. No puedo hacer eso con todos alrededor.

—Qué pena que no puedas venir —dijo Suzanne, e Ivy sabía que estaba haciendo un progreso. Aún así, dolía ver a Gregory alejarse.

Mató el rato en el vestidor, lo suficiente para que los otros se fueran. Cuando salió, sólo quedaban dos clientes, probándose sombreros y riéndose. Will estaba relajadamente en una silla de lona con una pierna apoyada sobre un baúl, estudiando una fotografía en sus manos. La puso boca abajo cuando la vio.

—Gracias por pasarte por aquí —dijo.

—Will, no me diste la oportunidad de decirte qué me gustó sobre tus pinturas. No pude encontrar las palabras adecuadas al principio...

—No estaba buscando cumplidos, Ivy.

—No me importa si los estabas buscando o no —dijo, y se dejó caer en la silla en frente de él—. Tengo algo que decir.

—Está bien. —Su boca se curvó ligeramente hacia arriba—. Dispara.

—Es sobre la que se llama “Demasiado Pronto”.

Will se sacó su sombrero. Ella deseaba que se lo hubiera dejado puesto. De algún modo, más y más, parecía difícil hablar mirándolo a los ojos. Se dijo que sólo eran ojos de un marrón profundo, pero siempre que los miraba sentía como si entrara en una caída libre. Los ojos eran los espejos del alma, había leído una vez. Y los de él estaban ampliamente abiertos. Se concentró en sus manos.

—A veces, cuando algo te toca, es difícil escoger las palabras. Puedes decir cosas como “hermoso”, “fabuloso”, “increíble”, pero las palabras realmente no describen como te sientes, especialmente si estás sintiendo todo eso, pero la pintura hace que... hace que te duela un poco, también. Y tu pintura lo hizo —flexionó sus dedos—. Eso es todo.

—Gracias —dijo Will.

Levantó la vista hacia él entonces, lo que fue un error.

—Ivy...

Intentó apartar la vista, pero no pudo.

—... ¿Cómo estás?

—Estoy bien. De verdad, lo estoy. —¿Por qué tenía que seguirles diciendo eso a las personas? Y ¿Por qué, cuando se lo decía a Will, se sentía como si él pudiera ver directamente a través de su mentira?

—Tengo algo que decir también —le dijo—. Cuídate.

Podía sentirlo mirando su mejilla, la que había sido magullada durante el asalto. Todavía había un pálido lavado de color ahí, a pesar de que había hecho su máximo esfuerzo por camuflarlo con maquillaje.

—Por favor cuídate.

—¿Por qué no lo haría? —Solté.

—A veces las personas no lo hacen.

Ivy quería decirle: *no sabes de qué estás hablando, nunca has perdido a nadie que amaras*. Pero entonces recordó las palabras de Gregory acerca de que Will estaba pasado por un momento difícil. Tal vez sí entendía.

—¿Quién es la persona de tu pintura? —preguntó Ivy—. ¿Es alguien que conozcas?

—Mi madre. Mi padre todavía no ve la pintura. —Entonces despidió con un gesto el pensamiento y se inclinó hacia adelante—. Sé cuidadosa, Ivy. No olvides que hay otras personas que sentirían que lo han perdido todo si te perdieran a ti.

Ivy apartó la mirada. Él alcanzó su cara. Se alejó instintivamente cuando tocó su lado magullado. Pero no la lastimó, y no la dejó ir. Acunó una mano alrededor de la parte de atrás de su cabeza. No había forma de escapar de él. Tal vez no quería escapar de él.

—Sé cuidadosa, Ivy. ¡Sé cuidadosa! —Sus ojos brillaron con una extraña intensidad—. Estoy diciéndote... ¡sé cuidadosa!

Ivy parpadeó. Entonces se separó de Will y corrió.

Capítulo 9



*Traducido por dani.shawn
Corregido por Anelisse*

Tristan se acostó sobre el pasto, exhausto. El parque al final de Main Street estaba lleno de gente. Sus manteles de picnic parecían balsas multicolores en un océano verde. Niños giraban alrededor y se golpeaban unos a otros. Perros tiraban de sus correas y tocaban sus narices. Dos adolescentes se besaban. Una anciana pareja tirada bajo sus sombrillas, la mujer sonriendo.

Lacey volvió de su exploración del escenario del parque, que estaba listo para la coreografía de las cinco. Se sentó al lado de Tristan. —Hacer eso fue una tontería —respondió ella.

Él había esperado que ella dijera algo como eso.

—¿Qué cosa? —preguntó él. Después de todo, la tarde había sido larga y llena de eventos.

—Intentar entrar en la cabeza de Gregory —soltó ella—. Es asombroso que él no te allá golpeado tan lejos como hasta Manhattan. ¡O a Los Ángeles!

—¡Estaba desesperado, Lacey! Tengo que saber qué clase de juego está jugando con Ivy y con Suzanne.

—¿Y pensaste que necesitabas un tour dentro de su cabeza para averiguarlo? —preguntó incrédula—. Deberías habérmelo pedido a mí. Su juego no es diferente a la clase que he visto jugar a un montón de muchachos con otras chicas. Él está llevando a la “Fácil de viaje” y persiguiendo a “Señorita difícil de obtener”. —Ella acercó su cara a la de Tristán— ¿Estoy en lo cierto?

Tristán no respondió. No era solo un juego romántico lo que le preocupaba. Cada vez desde que había hecho la conexión con la muerte de Carolina y el envío de Ivy a la casa de al lado, se había preguntado sobre el propósito oculto de la nueva cercanía de Gregory a Ivy.

—Bueno, espero que hayas aprendido tu lección de hoy —dijo Lacey.

—Tengo dolor de cabeza —respondió él—. ¿Estás satisfecha?

Ella colocó su mano suavemente sobre su frente y dijo con voz tranquila: —Si te hace sentir mejor, Gregory tiene uno, también.

Tristán entrecerró los ojos en su dirección, sorprendido por su pequeña demostración de generosidad.

Ella retiró la mano y también entrecerró los ojos en su dirección. —¿Por qué tú estás persiguiendo a Philip por los alrededores? —demandó ella—. Me parece otra forma de perder energía. El ya vio tu brillo... y se mete en problemas cada vez que lo menciona. Esa pequeña conversación puso a Gregory con un verdadero buen humor esta tarde.

—Tenía que decirle a Philip quien era. Beth firmó con mi nombre en el mensaje por computadora. Si Philip le dice que me ve, o a mi luz, tarde o temprano tendrá que creer.

Lacey sacudió la cabeza fuertemente.

—Y hablando de Philip —dijo Tristán, colocándose sobre un codo—. Me di cuenta de cómo el humor de Gregory mejoró cuándo Philip dejó de hablar de ángeles y sacó una verdadera foto de uno. ¿En qué misión trabajabas hoy día cuando saltaste dentro de esa foto?

Lacey no le respondió rápidamente. Ella miró a las tres mujeres en leotardos que acababan de comenzar a entrar en calor. —¿Qué piensas que van a hacer?

—Bailar o aeróbicas. Responde mi pregunta.

—Si fuera ellas, usaría velos.

—Intenta de nuevo —dijo Tristán.

—Estaba trabajando en mi proceso de semi-materialización —le dijo ella, solidificándose a mí misma lo suficiente para mostrar una forma general pero no para convertirse en un verdadero cuerpo—. Nunca sabes... si es que tengo que hacer algo como eso, no sé, alguna vez en el futuro. Para completar mi misión, claro.

—Por supuesto. Y proyectando tu voz, para que así todos en "Fotos del

Viejo Oeste" fotos pudieran escucharte... supongo que necesitas practicar un poco más eso también.

—Oh, bueno, eso —dijo ella con un movimiento de manos—. Estaba trabajando en tu misión.

—¿Mi misión?

—Por mí misma —replicó ella—. Tú y yo tenemos diferentes estilos.

—Es verdad. Nunca hubiera pensado en decirle a Will que tiene un lindo trasero

—Un trasero de muerte —lo corrigió Lacey—. El mejor que he visto en mucho tiempo... —Ella miró a Tristán intensamente—. Date la vuelta.

—Ni loco.

Ella rió, entonces dijo. —Esa chica tuya, usa su piel como una armadura. Podría hacer que la debilitara un poco, para dejarle camino libre a Will. Pensé que tenía una oportunidad, pero no pudo verle los ojos por el sombrero. Creo que son sus ojos los que entraran en ella, lo que hará que se dé cuenta.

—Ella me ve en ellos —dijo Tristán.

—Algunos muchachos hacen eso —prosiguió Lacey—. Ellos tienen ojos que hacen que las chicas se ahoguen en ellos.

—Ella no lo sabe, pero me ve a mí dentro de ellos.

Cuando Lacey no confirmó esto, se sentó completamente recto. — ¿Ivy me ve cuando mira a los ojos de Will?

—No —dijo Lacey—. Ella ve a otro chico que está enamorado de ella, y le asusta de muerte.

—¡No lo puedo creer! —dijo Tristán—. Estás equivocada, Lacey.

—No lo estoy.

—Will puede tener un flechazo y quizás ella lo encuentre atractivo, pero...

Lacey se acostó sobre el pasto. —Muy bien, muy bien. Vas a creer sólo lo que tú quieres creer, sin importar qué —ella colocó un brazo bajo su cabeza, levantándola un poco—, lo que no es muy diferente de lo que está justo en frente de los ojos de ella.

—Ivy nunca podría amar a nadie más —insistió Tristán—. No lo sabía antes del accidente, pero lo sé ahora. Ella me ama solo a mí. Estoy seguro de eso ahora.

Lacey le rasguñó el brazo con una larga uña. —Discúlpame por señalar que ahora estás muerto.

Tristán se puso de pie y descansó un brazo en el otro. Se concentró lo suficiente para materializar sus dedos, y entonces arrancó un pedazo de pasto.

—Estás mejorando —observó Lacey—. Eso no requirió mucho esfuerzo.

Estaba demasiado enojado para reconocer el cumplido.

—Tristán, tienes razón. Ivy te ama más que a nadie más. Pero el mundo sigue adelante y si quieres que esté viva, no puede estar enamorada de alguien muerto. Vida, necesita vida. Esa es la forma en que el mundo funciona.

Tristán no respondió. Observó a las tres mujeres con letargos, saltar por los alrededores, brillando de transpiración. Escuchó a una niña pequeña vestida como Annie⁶, medio susurrando medio gritando, “*mañana*”, una y otra vez.

—No tiene importancia quien tiene la razón —dijo él finalmente—. Necesito a Will. No puedo ayudar a Ivy sin él.

Lacey asintió. —Acaba de llegar. Supongo que está tomando una pausa en el trabajo... está sentado, no muy lejos del parque.

—Los otros están por allí —dijo Tristán, señalando en la dirección opuesta.

⁶ **Annie:** es una película musical, que trata sobre una pequeña niña huérfana, que por cosas del destino es ayudada por un benefactor para encontrar a sus padres, este ofrece una recompensa, pero unos ladrones intentan mentir para quedarse con el dinero. “Tomorrow” es el número musical más exitoso de la película.

Beth y Philip estaban acostados sobre sus estómagos sobre un gran mantel, mirando las coreografías y recogiendo tréboles, ondeándolos dentro de una gran canasta. Suzanne se sentaba con Gregory en el mismo mantel, con sus brazos alrededor de él desde atrás. Ella estaba recostada contra su espalda, descansando su mentón en su hombro. Eric se les había unido, pero estaba sentado en el pasto justo al lado de la esquina del mantel, jugando con la punta de este. Miraba continuamente a la multitud, girando la cabeza para mirar rápidamente detrás de él.

Miraron varias coreografías más, entonces Ivy fue presentada. Philip se puso en pié e inmediatamente comenzó a aplaudir. Todos empezaron a reír, incluso Ivy, quien miró en su dirección.

—Eso la ayudará —dijo Lacey—. Rompe el hielo. Me gusta ese chico.

Ivy comenzó a tocar, pero tocó la “Sonata Moonlight⁷”, el tema que había tocado para Tristán una noche, una noche que parecía haber hace veranos y veranos atrás.

Esto es para mí, pensó Tristán. Esto es lo que ella tocó para mí, él quería decirles a todos, la noche que ella convirtió oscuridad en luz, la noche que ella bailó conmigo. Ivy está tocando para mí, él quería decirle a Gregory y a Will.

Gregory estaba sentado absolutamente quieto, sin darse cuenta de los movimientos de Suzanne, con sus ojos centrados en Ivy como si estuviera hechizado.

Will seguía sentado en el pasto, con una rodilla levantada, con los brazos reposando casualmente en esta. Pero no había nada casual en la forma en que la escuchaba y miraba. Estaba bebiendo cada brillante gota. Tristán se levantó y se movió en dirección a Will.

Desde la perspectiva de Will, Tristán observó a Ivy, sus fuertes manos, su coleta de cabello rubio con el brillo del sol al atardecer, la expresión en su cara. Ella estaba en un mundo diferente al de él, y él deseaba con toda su alma formar parte de él. Pero ella no lo sabía; él temía que nunca llegara a saberlo.

⁷ **Sonata Moonlight:** Es una de las obras más famosas de Beethoven. Fue compuesta para la condesa de Giulietta Guicciardi, de 17 años, de quien se decía estaba muy enamorado.

Cuando él parpadeó, Tristán unió sus pensamientos con los de Will y se deslizó en su interior. Él escuchaba la música de Ivy a través de los oídos de Will. Cuando ella hubo terminado, se levantó junto con Will. Aplaudió y aplaudió, con las manos sobre su cabeza. Ivy se inclinó y saludó y miró en su dirección.

Entonces se giró a los otros. Suzanne, Beth y Eric festejaron. Philip saltaba arriba y abajo, tratando de ver sobre las cabezas de la audiencia. Gregory e Ivy eran las únicas dos personas en ese parque parados en silencio, mirándose el uno a otro como si se hubieran olvidado de todos los demás.

Will se giró abruptamente y caminó hacia la calle. Tristán salió de él y cayó sobre el pasto. Unos momentos después sintió a Lacey a su lado. Ella no dijo nada, solo estuvo con él, hombro con hombro, como un viejo miembro del equipo natación.

—Estaba equivocado, Lacey —dijo él—. Y también lo estabas tú. Ivy no me ve. Tampoco ve a Will.

—Ella ve a Gregory —dijo Lacey.

—Gregory —repitió Tristán secamente—. ¡No sé cómo puedo salvarla ahora!

* * *

De alguna manera, tratar con Suzanne después de la obra había sido más fácil de lo que Ivy había esperado. Como había planeado más temprano, Ivy se encontró con Philip y sus amigos en la entrada del parque. Antes de poder agradecerles, Suzanne se dio la vuelta.

Ivy se estiró y tocó a su amiga en el brazo. —¿Qué piensas de las pinturas de Will? —preguntó ella.

Suzanne actuó como si no la hubiera escuchado.

—Suzanne, Ivy estaba preguntado qué piensas de las pinturas de Will —dijo Beth suavemente.

La respuesta llegó lentamente. —Lo siento, Beth, ¿Qué dijiste?

Beth miró incómodamente de Ivy a Suzanne. Eric rió, disfrutando la pelea entre las chicas. Gregory parecía preocupado y distante entre las dos.

—Estamos hablando sobre las pinturas de Will —volvió a intentar Beth.

—Están bien —dijo Suzanne. Ella tenía sus hombros y cabeza girados en un ángulo que cortaba a Ivy fuera de su campo de visión.

Ivy esperó a que unos niños con una pelota pasaran, luego cambió su posición e hizo otro intento para hablar con Suzanne. Esta vez obtuvo la espalda de Suzanne frente a su cara. Beth se paró entre las dos chicas y empezó a parlotear, como si las palabras pudieran llenar el silencio y la distancia entre ellas.

Tan pronto como Beth se pausó para respirar, Ivy dijo que tenía que irse, así podría llevar a Philip a la casa de su amigo a tiempo. Quizás Philip veía y entendía más de lo que Ivy se daba cuenta. Él esperó hasta que estuvieron una cuadra lejos de los otros para decir finalmente. —Sammy acaba de volver del campo y dijo que no vayamos hasta las 7 en punto.

Ivy posó su mano en su hombro. —Lo sé. Gracias por no mencionarlo.

En su camino al auto, Ivy se detuvo en un pequeño puesto y compró dos ramos de amapolas. Philip no le preguntó por qué las compró o a donde iban. Quizás ya lo había descifrado.

Mientras Ivy manejaba lejos del festival se sintió sorprendentemente liviana. Ella había intentado tranquilizar a Suzanne, complaciendo a su amiga al mantener las distancias con Gregory. Se había apartado por su amiga muchas veces, pero cada vez había sido abofeteada. Ya no había razón para seguir intentándolo, de seguir andando en puntillas entre Gregory y Suzanne. Su enojo se había transformado en alivio; se sentía repentinamente libre de una carga que nunca había querido llevar.

—¿Por qué dos ramos? —preguntó Philip mientras Ivy manejaba a lo largo, zumbando—. ¿Uno de ellos es para mí?

Había adivinado.

—En realidad, los dos son para nosotros. Pensé que sería agradable dejar unas flores en la tumba de Caroline.

—¿Por qué?

Ivy se encogió de hombros. —Por qué era la madre de Gregory, y Gregory ha sido bueno con los dos.

—Pero era una mujer horrible.

Ivy miró en su dirección. Horrible no era una de las palabras en el vocabulario de Philip. —¿Qué?

—La madre de Sammy dijo que ella era horrible.

—Bueno, la madre de Sammy no lo sabe todo —replicó Ivy, manejado a través de las puertas de hierro.

—Conocía a Caroline —replicó Philip tercamente.

Ivy era consciente de que Caroline no le había gustado a mucha gente. El mismo Gregory nunca había hablado bien de su propia madre.

—Muy bien, esto es lo que haremos —dijo mientras aparcaban—. Pondremos un ramo, el naranja, de mí parte para Caroline, y el otro, el violeta, de parte de los dos, para Tristán.

Caminaron en silencio por el área adinerada de Riverstone Rise.

Cuando Ivy iba a depositar las flores en la tumba de Carolina, se dio cuenta que Philip había retrocedido.

—¿Está fría? —preguntó Philip.

—¿Fría?

—La hermana de Sammy dice que las tumbas son frías.

—Está bien cálida. Y mira, alguien le ha dejado a Caroline una rosa con tallo largo, alguien que debe haberla amado demasiado.

Philip no estaba convencido y parecía ansioso por irse. Ivy se preguntó si iba a actuar de la misma forma alrededor de la tumba de Tristán. Pero mientras caminaban hacia ésta, él empezó a saltar entre las piedras.

—¿Recuerdas cuando Tristan puso ensalada en su cabello en la boda de mamá? —preguntó Philip—. ¿Y chorreaba de todo? ¿Y recuerdas el apio que puso dentro de sus orejas?

—¿Y las colas de camarón en su nariz? —dijo Ivy.

—Y estas cosas negras en sus dientes.

—Aceitunas. Lo recuerdo.

Era la primera vez desde el funeral que Philip había hablado sobre Tristán, el Tristán con el que había jugado. Ella se preguntó porque su hermano era de repente capaz de hacerlo.

—¿Y recuerdas como le gané en las damas?

—Dos de tres juegos —dijo ella.

—Sí —se sonrió Philip.

Él corrió en dirección al último mausoleo en una fila de elegantes casas de entierro y golpeó la puerta. —¡Abran ahí dentro! —gritó él, entonces golpeó sus brazos y voló en la dirección de Ivy, esperando por ella—. Tristán era bueno con el Sega Génesis⁸ —dijo Philip.

—Él te enseñó unos buenos trucos, ¿no es así?

—Sep. Lo extraño.

—Yo también —dijo Ivy mordiendo su labio. Estaba agradecida de que Philip volviera a adelantarse corriendo; ella no quería arruinar su felicidad con lágrimas.

En la tumba de Tristán, Ivy se arrodilló y recorrió con sus dedos las letras sobre la piedra... los nombres de Tristán y las fechas. Ella no podía decir la pequeña plegaria que había sido gravada en la piedra, una plegaria que lo ponía en manos de los ángeles, por lo que sus dedos leyeron silenciosamente. Philip también tocó la piedra, luego arregló las flores. Él quería darles forma de T.

⁸ **Sega Génesis:** Es una video consola producida por Sega en 1988. En EE. UU. se comercializó bajo el nombre de Sega Génesis, y compitió contra la SNES de Nintendo.

Él está curándose, pensó Ivy mientras lo miraba. Si él puede, quizás yo también pueda.

—A Tristán le gustarán estas flores cuando vuelva —dijo Philip, parándose para admirar su propio trabajo.

Ivy pensó que había entendido mal a su hermano.

—Espero que vuelva antes de que mueran las flores —continuó él.

—¿Qué?

—Quizás regrese cuando oscurezca.

Ivy se cubrió la boca con la mano. Ella no quería tener que tratar con esto, pero alguien iba a tener que hacerlo, y ella sabía que no podía contar con su madre.

—¿Dónde crees que está ahora Tristán? —preguntó Ivy con precaución.

—Sé a dónde está ahora. Está en el festival.

—¿Y cómo sabes eso?

—Él me lo dijo. Es mi ángel, Ivy. Sé que has dicho que nunca diga ángel de nuevo... —Philip estaba hablando rápido, como si pudiera evitar su furia diciendo la palabra rápidamente—, ... pero eso es lo que es él. No sabía que era él hasta que me lo dijo el día de hoy.

Ivy rodeó sus brazos desnudos con sus manos.

—Él debe estar todavía ahí fuera con el otro —dijo Philip.

—¿El otro? —repitió ella.

—El otro ángel —dijo él suavemente. Entonces metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía. Era una imagen de ellos que había sido tomada en "Fotos Viejo Oeste", pero no la misma que les había sido dada. Algo había salido mal con el revelado o en una de esas la misma cinta estaba mal. Había una nubosidad al lado de él.

Philip señaló eso. —Esa es ella. El otro ángel.

—¿De dónde sacaste esto?

—Will me lo dio. Se la pedí porque ella no entró en la foto que él te dio. Creo que ella es una amiga de Tristán.

Ivy solo podía imaginar lo que la activa mente de Philip crearía la próxima vez... una comunidad entera de familiares y amigos ángeles.

—Tristán está muerto —dijo ella—. Muerto. ¿Entiendes?

—Sí. —Su cara estaba sombría y sabedora como la de un adulto, pero su piel parecía suave como la de un bebé y brillante como el sol de la mañana. En ese momento él le recordaba la pintura de un ángel—. Extraño a Tristán de la forma en que solía ser —le dijo Philip a Ivy—. Desearía que todavía pudiera jugar conmigo. A veces todavía siento ganas de llorar. Pero estoy feliz de que ahora sea mi ángel, Ivy. Te ayudará también a ti.

Ella no respondió. No podía razonar con un niño que creía con la intensidad en que Philip lo hacía.

—Tenemos que irnos —dijo ella finalmente.

Ivy se le adelantó. Estaba contenta de dejarlo en la casa de Sammy a dormir. Con Sammy de vuelta, quizás Philip pasaría más tiempo en el mundo real.

Cundo Ivy llegó a casa encontró una notas de su madre recordándole que ella y Adrew habían ido a cenar a la gala que era parte del festival de artes.

—Bien —dijo ella en voz alta. Había tenido suficientes conversaciones extrañas por un día. Una noche solo con Ella y un buen libro era exactamente lo que necesitaba. Subió corriendo las escaleras, se sacó las zapatillas de un tirón y se puso su remera favorita que estaba llena de agujeros y era tan grande que podía usarla como un vestido corto—. Somos tu y yo, gata —dijo Ivy a Ella, quien iba pegada a sus talones camino a la cocina—. ¿Está madeimoselle lista para cenar? —Ivy sacó dos latas del mostrador—. Para ti, comida para gato. Para mí, tunas. Espero que no te confundas.

Ella se retorció y frotó contra las piernas de Ivy mientras ésta preparaba la comida. La gata ronroneaba suavemente.

—¿Te preguntarás por qué los platos caros? —Ivy depositó en el suelo un par de platos, con cristal en los costados y vasos de cristal—. ¡Estamos celebrando. Toqué la pieza, Ella, toqué toda la canción completa!

Ella ronroneó de nuevo.

—No, no la que he estado practicando... y tampoco la que tú estuviste practicando. "Moonlight", esa es —Ivy tembló—. Supongo que tenía que tocarla para él una última vez antes de poder tocar para mí misma de nuevo. ¡Creo que ahora puedo tocar cualquier cosa! Vamos, gata.

Ella la siguió dentro de la sala familiar y miró curiosamente mientras Ivy prendía una vela y la ponía en el suelo en medio de ellas. —¿Es esto con clase, o qué?

La gata dejó salir otro suave ronroneo.

Ivy abrió las largas puertas francesas que conducían al patio trasero de la casa y entonces puso un suave CD de Jazz.

—Algunos gatos no tienes sábados a la noche como estos, ya sabes.

Ella comía. Ivy se sintió a gusto viendo a Ella limpiarse a sí misma, luego sentarse para atrapar todos los olores y pequeños sonidos del crepúsculo.

Unos pocos minutos después de mantener vigilada a Ella, Ivy agarró un libro debajo de la silla, una colección de historias que Gregory había estado leyendo. Moviendo la vela lejos del libro, rodó sobre su estómago y empezó a leer.

No fue hasta ese momento en que se dio cuenta cuan cansada estaba. Las palabras quemaban detrás de sus ojos, la luz de la vela emitía un hipnótico movimiento sobre la página. La historia era un tipo de misterio y ella trató de concentrarse, no queriendo perderse ningún detalle de las pistas. Pero antes de que el asesino apareciera por segunda vez, sus ojos se cerraron.

Ivy no sabía por cuánto tiempo había estado dormida. No había soñado nada. Su mente se había despertado de repente, alertada por algún sonido.

Antes de abrir los ojos, sabía que era tarde. El CD había terminado y ella podía escuchar los grillos en el exterior, un gran coro. Desde el comedor llegaba el suave tic-tac del viejo reloj. Perdió la cuenta de la hora... ¿Once? ¿Doce?

Sin mover la cabeza, abrió los ojos en la oscura habitación y vio que la vela, a pesar de seguir encendida, era solo un hilo. Ella se había ido y una de las pantallas de la puerta estaba abierta, plateada a la luz de la luna.

Una fresca brisa ingresó. Los finos cabellos en los brazos de Ivy se erizaron y su piel se sintió fría de repente. Había sido Ella la que se había deslizado a través de la puerta, ella la había abierto para poder salir. Pero la corriente de aire era fuerte, viajaba a través de la habitación hacia la puerta detrás de Ivy. Esa puerta, la que conducía a la galería, había sido cerrada por Ivy antes de que se durmiera.

Estaba abierta ahora... sin girarse, ella lo sabía. Una madera crujió en dirección a la puerta, entonces otra, más cerca a ella. Ella podía sentir su oscura presencia cerca de ella.

Ivy respiró profundamente, entonces abrió la boca y gritó.

Capítulo 10



*Traducido por Andre_G
Corregido por Blood Eva!*

Ivy gritó y luchó contra él, pateando detrás de él con toda su fuerza. Él la mantuvo abajo en el suelo, la mano de él estaba presionada contra su nariz y su boca. Ella gritó dentro de su mano, luego trató de morderla, pero él era demasiado rápido para ella. Empezó a rodar su cuerpo hacia atrás y hacia adelante. Lo rodaría hasta la flama de la vela si era necesario.

—¡Ivy! ¡Ivy! ¡Soy yo! ¡Baja la voz, Ivy! Asustarás a Philip. Sólo soy yo.

Quedó floja debajo de él. —Gregory.

Él se levantó lentamente. Se quedaron mirándose fijamente uno al otro, sudando y sin aliento

—Pensé que estabas dormida —dijo él—, estaba tratando de ver si estabas bien sin despertarte.

—Yo... yo sólo... no sabía quién eras. Philip no está. Se va a quedar a pasar la noche en la casa de Sammy, y Mamá y Andrew están en la gala.

—¿Todo el mundo está fuera? —Gregory preguntó bruscamente.

—Sí y yo pensé...

Gregory golpeó su mano con su puño varias veces, luego se detuvo cuando vio la forma en que ella lo estaba mirando.

—¿Qué es lo que te pasa? —él demandó—. ¿Qué es lo que te pasa, Ivy?
—La tomé de los brazos—. ¿Cómo puedes ser tan estúpida?

—¿Qué quieres decir? —ella preguntó.

Él miró profundamente dentro de sus ojos. —¿Por qué has estado evitándome?

Ivy apartó la mirada.

—¡Mírame! ¡Respóndeme!

Ella balanceó su cabeza hacia atrás. —Pregúntale a Suzanne si quieres saber por qué.

Entonces ella vio el destello en sus ojos, como si él repentinamente entendiera. Era difícil de creer que él no hubiera supuesto lo que estaba pasando. ¿Por qué otra razón lo evitaría?

Él aflojó su agarre. —Ivy. —Su voz ahora era suave. Vacilante—. Estas en casa sola, tarde en la noche, en una casa donde fuiste atacada la semana pasada, con la puerta completamente abierta. ¡Dejaste la puerta completamente abierta! ¿Por qué harías algo tan estúpido?

Ivy tragó con fuerza. —Pensé que estaba puesto el seguro. Pero no lo estaba, supongo, y Ella debió haberla empujado dejándola abierta.

Gregory se recostó contra el sofá, frotándose la cabeza.

—Lo siento. Siento haberte alterado —dijo ella.

Tomó un profundo aliento, y puso una mano sobre la de ella. Ahora estaba mucho más calmado. —No, yo te asusté. Yo soy el que debería estarse disculpando.

Incluso en la parpadeante luz de la vela, Ivy podía ver el cansancio alrededor de sus ojos. Ella estiró la mano y tocó la sien que él había estado frotándose. —¿Dolor de cabeza?

—No está tan mal como estaba ahora más temprano.

—Pero aún te duele. Recuéstate —dijo ella. Colocó una almohada en el suelo para su cabeza—. Te traeré algo de té y una aspirina.

—Yo mismo puedo conseguirla.

—Déjame hacerlo —ella colocó su mano ligeramente sobre el hombro de él—. Has hecho tanto por mí, Gregory. Déjame hacer esto por ti.

—No he hecho nada que no haya querido hacer.

—Por favor.

Él se recostó.

Ivy se levantó y puso un disco con música de saxofón y piano. —¿Muy alto? ¿Muy suave?

—Perfecto —dijo él, cerrando sus ojos.

Ivy preparó una tetera, puso algunas galletas en la bandeja junto con la aspirina, y la trajo de vuelta al cuarto que estaba a la luz de la vela.

Ellos bebieron en silencio por un rato, y mascaron galletas. Gregory tintineó su taza contra la de ella en broma, en un brindis silencioso.

—¿Qué es esta cosa? Me siento como si estuviera bebiendo un jardín.

Ella se rió. —Lo estás haciendo, y es bueno para ti.

Él tomó otro sorbo, y la miró a través del vapor. —Tú eres buena para mí —él dijo.

—¿Quieres que te rasque la espalda? —Ivy preguntó—. Philip ama que lo haga.

—¿Qué me rasques la espalda?

—Frotarla. ¿Cuándo eras un niño pequeño, tu madre no te sobaba la espalda para tratar que te quedaras dormido?

—¿Mi madre?

—Voltéate.

Él la miró, algo divertido, luego bajó su taza y rodó sobre su estómago.

Ivy comenzó a frotarle la espalda, rodando su mano formando pequeños y grandes círculos, en la misma forma que lo hacía con Philip. Podía sentir la tensión en él; cada músculo estaba tensionado. Lo que Gregory realmente necesitaba era un masaje, y se sentiría mejor si él se quitaba la camisa, pero ella tenía miedo de sugerírselo.

¿Por qué? Él es sólo mi hermanastro, Ivy se recordó. No es una cita. Él es un buen amigo y una especie de hermano

—Ivy

—¿Si?

—¿Estaría bien contigo si me quito la camisa?

—Eso estaría mejor —ella dijo.

Él se la quitó y se volvió a recostar. Su espalda era grande, bronceada y fuerte por jugar tenis. Ella volvió a empezar a trabajar, empujando esta vez más fuerte, moviendo la mano por su columna, y alrededor de sus musculosos hombros. Ivy amasó la parte de atrás de su cuello, sus dedos trabajaban entre su oscuro cabello, luego ella corrió sus manos hasta la parte baja de su columna. Lentamente pero con certeza, lo sintió relajándose bajo sus dedos.

Sin ninguna advertencia se rodó y levanto la mirada hacia ella.

A la luz de la vela, sus rasgos captaban brucas obras. La luz dorada llenaba un pequeño hueco en su cuello. Ella estaba tentada a tocar ese hueco, colocar su mano en su cuello y sentir donde saltaba su pulso.

—¿Sabes? —dijo Gregory—. El invierno pasado, cuando mi padre me dijo que iba a casarse con Maggie, la última cosa que quería es que tú estuvieras en mi casa.

—Lo sé —Ivy respondió sonriéndole a él.

Él estiró su mano y tocó su mejilla.

—Ahora... —él dijo, extendiendo sus dedos, y dejando que se enredaran en su cabello—. Ahora... —Atrajo su cabeza hacia abajo acercándola más a la suya.

Si nos besamos, pensó Ivy, si nos besamos y Suzanne...

—¿Ahora? —él susurró.

Ella ya no podía luchar más contra ello. Ella cerró sus ojos.

Con ambas manos, él atrajo su cabeza rápidamente hacia la suya. Luego sus rudas manos se relajaron, y el beso fue largo, ligero y delicioso. Bajó su cabeza y la besó suavemente en la garganta.

Ivy movió su cabeza hacia abajo, y ellos volvieron a empezar a besarse. Luego ambos se congelaron, sobresaltados por el sonido de un motor, y el barrido de unas farolas afuera en la entrada. El carro de Andrew.

—Increíble —él suspiró—. Nuestros chaperones han llegado.

Ivy sintió que lentamente y de mala gana sus dedos la soltaron. Luego ella sopló las velas, encendió la luz, y trató de no pensar en Suzanne

* * *

Tristan deseó saber una forma de tranquilizar a Ivy. Sus sabanas estaban retorcidas y su cabello era una maraña dorada que había sido aventada para adelante y para atrás. ¿Había estado soñando otra vez? ¿Había pasado algo desde que él la dejó en el festival?

Después de la interpretación, Tristan supo que tenía que averiguar quién quería herir a Ivy. También supo que se estaba quedando sin tiempo. Si Ivy se enamoraba de Gregory, entonces Tristan perdería a Will como un conducto para llegar a ella y advertirle.

Ivy se agitó. —¿Quién está allí? ¿Quién está allí? —ella murmuró.

Tristan reconoció el principio del sueño. Un sentimiento de temor lo bañó, como si él mismo estuviera siendo arrastrado hacia la pesadilla. Él no podía aguantar volverla a ver así de asustada. Si él tan solo pudiera abrazarla, si él tan solo pudiera tomarla en sus brazos...

Ella, ¿Dónde estaba Ella?

La gata estaba sentada ronroneando en la ventana. Tristan se movió rápidamente hacia ella, materializando sus dedos. Se asombró ante su fuerza creciente, la forma en que pudo levantar la gata por el pescuezo por unos pocos segundos y llevarla hasta la cama. La bajó y, justo antes de que se fuera su fuerza, usó las puntas de sus dedos para despertar a Ivy.

—Ella —ella dijo suavemente—. Oh, Ella. —Sus brazos se envolvieron alrededor del gato.

Tristan dio un paso alejándose de la cama. Esta era la forma en que él tenía que amarla ahora, a un paso de ella, ayudando a otros a consolarla y cuidarla en su lugar.

Con Ella acurrucada al lado de Ivy, ella se estabilizó en un sueño más pacífico. El sueño se había ido, empujado profundamente en lo más recóndito de su mente, lo suficientemente profundo como para no molestarla más por un rato. Si él tan solo pudiera llegar a ese sueño. Tristan estaba seguro de que Ivy había visto algo que no debía la noche en que Caroline murió, o que alguien pensaba que ella había visto algo. Si él supiera que era, él sabría quien estaba tras ella. Pero él no podía llegar al interior de ella más de lo que podía llegar al interior de Gregory.

Mientras Tristan se dirigía hacia la casa de Eric, trató de recordar todos los detalles que había visto más temprano esa misma noche. Después del festival, Lacey lo había acompañado a la casa de Caroline.

Mientras ella había abierto closets, mirado detrás de los cuadros, y fisgoneado a través de cosas que estaban en proceso de ser empacadas, él había estudiado los detalles de la casa, por fuera y por dentro. Estos serían las claves, los objetos sobre los que él podía meditar una vez que estuviera en la cabeza de alguien, dándole la oportunidad de provocar el hilo de recuerdos adecuado.

—Si vas a continuar con este estúpido plan tuyo —Lacey había dicho mientras excavaba entre los cojines del sofá—, ve preparado. Y antes descansa un poco.

—Ya estoy listo —él había discutido, con su mirada arrastrándose por el cuarto en el que había muerto Caroline.

—Escucha, intento de ángel —Lacey contestó—, ahora estas comenzando a sentir tu fuerza. Eso es bueno, pero no te dejes llevar. No estás listo para las Olimpiadas Celestiales, todavía no. Si insistes en tratar de escabullirte dentro de la mente de Eric, entonces toma unas horas de oscuridad esta noche. Lo necesitaras.

Tristan no le había respondido de inmediato. Parado al lado del ventanal, había notado que había una vista clara de la calle y de cualquiera que se estuviera acercando por el sendero. —Tal vez tengas razón —dijo al fin.

—No hay duda de ello. Además, Eric será más vulnerable ante ti, al amanecer o antes de él, cuando tenga el sueño ligero. —Le había dicho—

. Trata de que esté lo suficiente consiente para seguir tu sugerencia, pero no lo suficiente despierto como para que sepa lo que está haciendo.

Había sonado como un buen consejo. Ahora, con el cielo comenzando a brillar en el este, Tristan encontró a Eric dormido en el suelo de su habitación. La cama aún estaba hecha, y Eric aún estaba vestido con la ropa que tenía puesta el día anterior, recostado de lado y acurrucado en una esquina al lado de su equipo de sonido. Había revistas regadas cerca de él. Tristan se arrodilló al lado de él. Materializando sus dedos, pasó las páginas de una revista de motos hasta que encontró la foto de una motocicleta parecida a la de Eric. Se enfocó en ella y codeó ligeramente a Eric para que se despertara.

Tristan estaba admirando las líneas curvas de la motocicleta, imaginando su poder, y de repente sabía que la estaba viendo a través de los ojos de Eric. Había sido tan fácil como escabullirse al interior de Will. Tal vez Lacey estaba equivocada, pensó. Tal vez ella no se daba cuenta de lo bien que él había desarrollado sus poderes. Luego la foto se suavizó en los bordes.

Los ojos de Eric se cerraron. Por un momento no había nada más que oscuridad rodeando a Tristan. Ahora era el momento para que él pensara sobre la calle de Caroline, para llevar a Eric en un suave viaje hasta su casa, para hacerlo empezar con un recuerdo.

Pero de repente, la oscuridad se ensanchó, como si una oscura pared se hubiera bajado y Tristan fue lanzado hacia adelante. El camino vino hacia él de la nada y seguía viniendo como un camino en una carrera de un juego de video. Se estaba moviendo demasiado rápido para responder, demasiado rápido para saber hacia dónde se dirigía.

Él estaba en una motocicleta, en una carrera pasando y pasando a través de destellos brillantes y oscuridad. Despegó sus ojos del camino y vio árboles, muros de piedra y casas. Los árboles eran tan intensamente verdes que quemaban los ojos de Tristan. El cielo era una luz de neón. El rojo se sentía como calor.

Estaban apurándose subiendo por un camino, escalando más y más alto. Tristan trató de alentar un poco el paso, de dirigirlos hacia un lado, luego al otro, y de ejercer más control, pero era incapaz de hacerlo.

De repente pararon con un chirrido. Tristan levantó la mirada y vio la casa Baines.

La casa de Gregory —era y no lo era—. Él miró fijamente la casa mientras ellos caminaban hacia ella. Era como estar mirando un cuarto reflejado en un ornamento de Navidad; él vio objetos que conocía, bien extendidos desde una perspectiva extraña... extraño y al mismo tiempo familiar.

¿Estaba él en un sueño, o era este un recuerdo cuyos bordes se habían quemado y curvado por los efectos de las drogas?

Ellos llamaron a la puerta, luego entraron por la puerta de principal. No había un cielo raso, o un techo. De hecho, no había un cuarto amoblado, sino un inmenso patio de recreo, cuya cerca era el esqueleto de la casa. Gregory estaba allí, mirándolos desde la parte de arriba de un deslizador muy alto, un tobogán plateado que no se detenía al nivel del suelo, sino que se convertía un túnel dentro de él.

Allí también estaba una mujer. Caroline, Tristan se dio cuenta de repente.

Cuando los vio, ella saludó con la mano y sonrió de una forma cálida y amigable. Gregory se quedó en lo alto de su tobogán, mirándolos fríamente, pero Caroline les hizo señas para que se acercaran a un carrusel y ellos no se pudieron resistir.

Ella estaba a un lado, ellos en el otro. Ellos corrieron y empujaron, corrieron y empujaron, luego saltaron. Ellos giraron y giraron, pero en lugar de perder velocidad, como Tristan esperaba, fueron más y más rápido. Y aún más y más rápido, ellos colgaban de las puntas de sus dedos mientras giraban. Tristan pensó que su cabeza saldría volando. Luego sus dedos se resbalaron y ellos salieron a toda velocidad por el espacio.

Cuando Tristan levantó la mirada, el mundo siguió girando por un momento, luego se detuvo. El patio de recreo había desaparecido, pero la estructura de la casa permanecía, encerrando un cementerio.

Él vio su propia tumba. Vio la de Caroline. Luego vio una tercera tumba, un hueco abierto, una pila de tierra recientemente escavada al lado de ella.

¿Fue Eric él que empezó a temblar en ese momento o fue él? Tristan no lo sabía y no lo podía parar, él se estremeció violentamente y cayó al suelo. El suelo dio un sonido sordo y se inclinó. Lápidas rodaron a su alrededor, rodaron como dientes saliéndose de un cráneo. Él estaba sobre un costado, temblando, acurrucado en una bola, esperando que la tierra se agrietara, que se dividiera como una boca y se lo tragara.

Entonces se detuvo. Todo estaba inmóvil. Él vio al frente una brillante foto de una motocicleta. Eric se había despertado.

Era un sueño, Tristan pensó. Él seguía dentro, pero Eric no parecía notarlo. Tal vez estaba demasiado exhausto, o tal vez su cerebro de maní estaba demasiado acostumbrado a sensaciones y pensamientos extraños como para responder a Tristan.

¿Significaban algo los bizarros eventos del sueño? ¿Había alguna verdad escondida en ellos, o eran sólo el deambular de una mente drogada?

Caroline era una misteriosa figura. Él recordó como no tenían voluntad para resistir su invitación para dar una vuelta en el carrusel. Su rostro era tan acogedor.

Él volvió a verlo, el rostro acogedor. Ahora era más viejo. Se la imaginó parada en la puerta de su propia casa. Luego caminó a través de esa puerta con ella. ¡Esta vez él estaba en el recuerdo de Eric!

Caroline pasó la mirada por el cuarto, y ellos también lo hicieron. Las persianas estaban abiertas en el gran ventanal; él podía ver oscuras nubes reuniéndose en el lado occidental del cielo. En un florero, había una rosa de tallo largo, aún estaba apretada en un capullo. Caroline estaba sentada enfrente de él, sonriéndole. Ahora estaba frunciendo el ceño.

El recuerdo saltó, como una película mal editada, pedazos saliéndose de lugar. Sonriendo, frunciendo el ceño, sonriendo otra vez. Tristan apenas podía escuchar las palabras que se decían; las palabras eran ahogadas por olas de emoción.

Caroline tiró la cabeza hacia atrás y se rió. Se rió casi histéricamente, y Tristan tuvo un sentimiento abrumador de miedo y frustración. Ella se rió y se rió, y Tristan sintió que iba a estallar con la fuerza de la frustración de Eric.

Él agarró los brazos de Caroline y la sacudió, lo hizo tan fuerte que su cabeza se lanzó hacia atrás y hacia delante, como una muñeca de trapo. De repente él escuchó las palabras que le gritaban a ella: —Escúchame. ¡Lo digo en serio! No es un chiste. La única que se ríe eres tú. ¡No es un chiste!

Entonces Tristan sintió una presión en su cabeza, comprimiendo su mente con tal intensidad que él pensó que se iba disolver. Caroline y el cuarto se disolvieron, como la escena de una película desintegrándose enfrente de

sus ojos; la pantalla se puso negra. Eric había apagado el recuerdo. De repente volvió el enfoque a su propio cuarto.

Tristan se levantó y se movió con Eric por el cuarto. Observó sus dedos abrir una mochila y sacar un sobre. Eric agitó unas píldoras de colores brillantes dentro de su temblorosa mano, las levantó hacia su boca, y tragó.

Ahora, Tristan pensó, es el momento de tomar en serio las advertencias de Lacey, sobre una mente envenenada por las drogas. Él salió rápido de allí.

Capítulo 11



*Traducido por Cowdiem
Corregido por masi*

Las capas y los dientes se están vendiendo mucho —dijo Betty, ojeando los comprobantes de ventas del “Tis the season”—. ¿Hay una convención de vampiros en el Hilton, esta semana?

—No lo sé —murmuró Ivy, contando el cambio de un cliente por tercera vez.

—Creo que necesitas un descanso, cariño —dijo Lillian.

Ivy miró hacia el reloj. —Cené hace sólo una hora.

—Lo sé —dijo Lillian—, pero ya que vas a cerrar por Bet y por mí, y ya que le vendiste a ese dulce joven, que compró la capa de Drácula, un par de labios de cera...

—¿Labios de cera? ¿Estás segura?

—Los rojo rubí —dijo Lillian—. No te preocupes, lo atrapé en la puerta e hice que los cambiara por un agradable par de colmillos. Pero creo que deberías tomarte un descanso.

Ivy miró fijamente hacia la caja registradora, avergonzada. Había estado cometiendo errores durante tres días ya, aunque las hermanas, amablemente, habían fingido que no lo notaban. Ella se preguntó si el dinero de la caja había sido el correcto, el domingo y el lunes. Estaba sorprendida de que confiaran en ella para cerrar esa noche.

—La última vez que te vi de esta forma —dijo Betty—, estabas enamorada.

Lillian le lanzó una mirada a su hermana.

—No lo estoy esta vez —dijo Ivy, firmemente—. Pero quizás pueda aprovechar el descanso.

—Entonces vete —dijo Lillian—. Tómate tanto tiempo como necesites.

Ella le dio a Ivy un suave empujón.

Ivy caminó por la planta superior del centro comercial, de un extremo al otro, tratando una vez más de comprender las cosas. Desde el sábado, ella y Gregory, habían estado haciendo un tipo de danza cautelosa alrededor, el uno del otro: las manos rozándose, los ojos encontrándose, saludándose el uno a otro delicadamente, para después alejarse. La noche del domingo su madre había preparado la mesa como para una cena familiar y había encendido dos velas. Gregory miró a Ivy desde el otro lado de la mesa, como había hecho con frecuencia desde antes, pero esta vez Ivy vio la llama danzando en sus ojos. El lunes, Gregory se había marchado sin hablar con nadie. Ivy no sabía donde había ido y no se atrevía a preguntar. Quizás a la casa de Suzanne. Quizás, el sábado por la noche, simplemente había sido un momento de proximidad, un momento único, un único beso, después de todos los momentos difíciles por los que habían pasado.

Ivy se sintió culpable.

Pero. ¿Era tan malo, preocuparse por alguien que se preocupaba por ella? ¿Era malo querer tocar a alguien que la tocaba amablemente? ¿Era malo cambiar su opinión respecto a Gregory?

Ivy nunca se había sentido tan confundida. Solo una cosa estaba clara: iba a tener que reunir sus actos y concentrarse en lo que estaba haciendo, se dijo a sí misma, justo cuando chocó contra un carrito de bebe.

—Oops. Lo siento.

La mujer que empujaba el carrito sonrió, e Ivy le devolvió la sonrisa, luego retrocedió de nuevo para chocarse contra un carro que vendía aros y cadenas. Haciendo que todo tintineara.

—Lo siento. Lo siento.

Por poco, consiguió evitar un cubo de basura, entonces se dirigió directamente hacia el Coffee Mill.

Ivy llevó su vaso de Cappuccino hacia el lugar más alejado del centro comercial. Las dos grandes tiendas que habían estado allí, estaban cerradas, y muchas luces se habían consumido. Se sentó en un banco vacío, en el crepúsculo artificial, sorbiendo su bebida. Las voces de los

compradores al otro lado del centro comercial, la envolvían en suaves ondas que nunca la tocaban completamente.

Ivy cerró sus ojos durante un momento, disfrutando de la soledad. Luego ella los abrió, girando su cabeza rápidamente, sorprendida por tres voces distintivas a su derecha. Una de ellas era familiar.

—Todo está ahí —dijo él.

—Voy a contarlo.

—¿No confías en mí?

—Dije que voy a contarlo. Averigua con eso si confío en ti.

Por un túnel, vagamente iluminado, que llevaba hacia el garaje de estacionamiento, Gregory, Eric, y una tercera persona estaban hablando, sin saber que alguien los estaba observando. Cuando la tercera persona giro su cabeza hacia la luz, Ivy apenas podía creer lo que veían sus ojos. Ella lo había visto fuera de la escuela y sabía que era un vendedor de droga. Pero cuando ella vio a Gregory darle una bolsa al vendedor, lo que no podía realmente creer, era como ella se había olvidado del otro lado de Gregory.

¿Cómo se había acercado tanto a un chico cuyos amigos era ricos y resueltos? ¿Cómo había llegado a confiar en alguien que, aburrido de lo que tenía, tomaba estúpidos riesgos? ¿Por qué confiaba en una persona que jugaba a juegos peligrosos con sus amigos, sin importar a quien hiriera con ello?

Tristan se lo había advertido una vez, antes de esa noche en los puentes de trenes, antes de esa noche en la que Will casi había sido asesinado. Pero Ivy pensó que Gregory había cambiado desde entonces. En las últimas cuatro semanas él había... Bueno, obviamente, estaba equivocada.

Ella se levantó abruptamente del banco, salpicando cappuccino en su parte delantera.

¡Tristan! Ella gritó silenciosamente. ¡Ayúdame Tristan! ¡Ayúdame a mantener mi mente clara!

Corrió por el pasillo, hacia la parte más iluminada del centro comercial. Estaba corriendo por la escalera mecánica cuando choco contra Will.

La chica que estaba con él, una chica de cabello castaño a quien Ivy reconocía de la fiesta de Eric, maldijo con suavidad.

Will miró fijamente a Ivy, y ella se lo quedó mirando. Ella, apenas, podía resistirlo, la forma en que él la miraba, la forma en que él podía mantenerla cautiva con sus ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó Ivy.

—¿Qué pasa contigo? —explotó la chica.

Ivy la ignoró. —No me digas —le dijo a Will—, simplemente tuviste el presentimiento, solo pensaste... de alguna forma simplemente lo supiste.

Ella vio un chispazo de luz en los ojos de él, y desvió la mirada rápidamente.

La chica a su lado estaba haciendo una mueca con su cara, mirando a Ivy como si estuviera loca; Ivy se sentía un poco loca. —Yo... yo... tengo que irme a trabajar —dijo, pero él la mantuvo inmóvil con sus ojos.

—Si me necesitas —dijo Will—, llámame. —Entonces giró su cabeza ligeramente, como si alguien hubiera hablado sobre su hombro.

Ivy pasó rozándole y se apresuró por la escalera mecánica, trepando más rápido de lo que los peldaños se movían, y se precipitó hacia la tienda.

—Oh querida —dijo Lillian, cuando Ivy entro de golpe por la puerta.

—¡Oh dios! —dijo Betty.

Ivy estaba jadeando, tanto por la rabia como por la carrera. Ahora se detuvo para mirar el frente de su vestido verde pálido. Estaba del color del barro.

—Debemos lavar eso ahora mismo.

—No. Está bien —dijo, tratando de recuperar el aliento, respirando lentamente y profundamente para calmarse a sí misma—. Solo le daré una pasada de esponja. —Se movió hacia el baño de la parte trasera, pero Betty ya estaba rebuscando entre un estante de disfraces, y Lillian estaba mirando pensativamente en otra.

—Solo le pasare una esponja —repitió Ivy—. Estaré fuera en un minuto.

Lillian y Betty canturreaban para sí mismas.

—Es un vestido viejo de todas formas —añadió Ivy.

Algunas veces las ancianas jugaban a ser sordas.

—Algo simple —suplicó finalmente. La última vez había terminado vestida como una alienígena, realzada por baterías que la hacían parpadear y emitir pitidos.

Las hermanas si se mantuvieron en la sencillez, dándole una suave blusa blanca, arrugada y desgastada en los hombros y una colorida falda.

—Oh, parece una hermosa gitana —dijo Lillian a Betty.

—Deberíamos vestirla todos los días. —Betty estuvo de acuerdo.

Ellas le sonrieron como dos tías abuelas chochas.

—No te olvides de apagar la luz de la parte trasera, cariño —dijo Betty, luego las hermanas se fueron a casa con sus siete gatos.

Ivy dio un suspiro de alivio. Estaba feliz de tener que manejar la tienda sola durante las siguientes dos horas. La mantenía lo suficientemente ocupada como para alejar de su mente lo que acababa de ver.

Estaba enojada, pero consigo misma más que con Gregory. Él era quien era. Él no había cambiado su manera de ser. Era ella quien lo había convertido en el chico perfecto.

A las 9:25, Ivy estaba terminando con su último cliente. El centro comercial estaba prácticamente desierto. Cinco minutos después redujo la intensidad de las luces de la tienda, cerró la puerta desde el interior, y comenzó a contar el dinero y a sumar los comprobantes.

Fue alarmada por alguien golpeando en el cristal. —Chica gitana —dijo.

—Gregory

Durante un momento consideró el dejarlo fuera, poniendo nuevamente el muro de cristal que él había creado entre ellos, el pasado enero. Caminó hacia él, lentamente, quitando el cerrojo de la puerta de la tienda, y abriéndola tres pulgadas.

—¿Te estoy interrumpiendo? —preguntó él.

—Tengo que hacer la suma del dinero y cerrar.

—Me quedaré callado —prometió.

Ivy abrió la puerta unas cuantas pulgadas más y él entró dentro.

Ella se movió hacia la caja registradora, luego se dio la vuelta rápidamente. —Podría también aclarar las cosas ahora —dijo ella.

Gregory esperó; parecía como si supiera que algo grande estaba por venir.

—Os vi a ti y a Eric y al otro chico, ese vendedor, haciendo un intercambio.

—Oh, eso —dijo, como si fuera nada.

—¿Oh, eso? —repitió ella.

—Pensé que ibas a decirme algo como, desde ahora, no nos volveremos a ver a solas.

Ivy bajo la mirada, tirando y retorciendo una borla de su falda. Sería probablemente mejor si no lo hicieran.

—Oh —dijo él—, ya veo. Ibas a decir eso, también.

Ivy no le respondió. Ella honestamente no lo sabía.

Gregory caminó hacia ella y puso su mano sobre las suyas, evitando que ella quitara de un tirón la borla.

—Eric se droga —dijo—, sabes eso. Y él se está quedando muy desvalijado, está muy endeudado con nuestro amistoso vendedor del barrio. Lo saqué de un apuro.

Ivy elevó la mirada hacia los ojos de Gregory. Contra su bronceado, se veían más claros, como un mar plateado en un día nublado.

—No te culpo, Ivy, por pensar que estoy haciendo lo incorrecto. Si pensara que Eric se detendría cuando se quedara sin dinero, no hubiera pagado por él. Pero él no va a detenerse, y ellos irán tras él.

Él soltó su mano. —Eric es mi amigo. Es mi amigo desde la primaria. No sé que más hacer.

Ivy volvió la cara, pensando en cuán de leal era Gregory con Eric y en como de desleal había sido ella con Suzanne.

—Anda. Dilo —la desafió Gregory—. No te gusta lo que estoy haciendo. Piensas que debería buscarme mejores amigos.

Ella negó con la cabeza. —No te culpo por lo que estás haciendo —dijo—. Eric es afortunado de tenerte como amigo, tan afortunado como yo. Tan afortunado como lo es Suzanne.

Él giró su rostro hacia el suyo con un solo dedo. —Termina tu trabajo —dijo—, y así podemos hablar algo más. Iremos a algún lugar, pero no a casa, ¿te parece bien?

—Bien.

—¿Llevarás puesto eso? —preguntó, sonriendo.

—¡Oh lo olvidé! Derramé cappuccino sobre mi vestido. Se está remojando en el lavabo.

Él se rió. —No me importa. Te ves... uh, exótica —dijo, sus ojos cayeron hasta sus hombros desnudos.

Ella se estremeció un poco.

—Supongo que tendré que encontrar un disfraz para mí.

Él comenzó a mirar hacia la pared de sombreros y pelucas. Unos cuantos minutos después le grito. —¿Qué tal esto?

Ivy elevó la mirada desde detrás de la caja registradora y rió en voz alta.

Llevaba puesto una peluca roja rizada, un sombrero sobre ella, y una corbata a lunares.

—Que apuesto —dijo.

Gregory se probó un disfraz tras otro: una máscara Klingon⁹, la cabeza y el pecho de King Kong, un enorme sombrero con una flor y una boa.

—¡Payaso! —dijo Ivy.

Él sonrió y agito su estola con plumas.

—Si quieres probarte un atuendo completo, hay probadores en la parte trasera. El de la izquierda es más grande, con espejos por todos lados. Tendrás todos los ángulos —le dijo—. Estoy realmente apenada de que Philip no esté aquí para jugar contigo.

—Cuando hayas terminado, puedes jugar conmigo —respondió él.

Ivy trabajó un poco más. Cuando finalmente cerró los libros, vio que él, había desaparecido en la parte trasera.

—¿Gregory? —o llamó.

—Sí, mi duuce —respondió con un acento.

—¿Qué estás haciendo?

—Ven aquí, mi duuce —respondió—. Te he estado esperando.

Ella sonrió para sí misma. —¿Qué es lo que tramas?

Ivy fue de puntillas hacia los probadores y lentamente abrió la puerta oscilante. Gregory se había pegado contra la pared, saltando en frente de ella.

—¡Oh! —ella jadeo. Ella no estaba actuando; Gregory estaba disfrazado de un, sorprendentemente guapo, vampiro con una camisa blanca que tenía un profundo cuello en forma de V y una capa de cuello alto. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás, y sus ojos danzaban con travesura.

⁹ **Klingon:** Raza cavernícola que salía en Star Trek.

—Hola, mi duuce.

—Dime —dijo ella, recobrándose de la sorpresa—. Si te pones tus colmillos, ¿serás capaz de pronunciar las l?

—De ninguna forma. Esta es la forma en la que hablo —a arrastró a la habitación—. Y puedo decir, mi duuce, ¡qué cuello más adorable tienes!

Ivy se rió. Él se puso sus largos dientes y comenzó a hociquear su cuello, haciéndole cosquillas.

—¿Dónde debo enterrar la estaca de madera? —preguntó, empujándolo hacia atrás un poco—. ¿Justo ahí? —lo pinchó ligeramente justo donde su camisa se abría.

Gregory capturó su mano y la sostuvo durante un largo rato. Luego se quitó sus dientes y alzó la mano de ella hacia su boca, besándola suavemente. La acercó a él. —Creo que ya lo hiciste, la lanzaste directamente a través de mi corazón —dijo.

Ivy lo miró, faltándole la respiración. Sus ojos ardían como carbones grises detrás de sus pestañas inferiores.

—Qué cuello más adorable —dijo, inclinando su cabeza, con su cabello oscuro cayendo hacia adelante. Él la besó suavemente en la garganta. La besó una y otra vez, lentamente, moviendo su boca hacia la de ella.

Sus besos se volvieron más insistentes. Ivy respondió con besos más suaves. Él la apretó contra su cuerpo, la mantuvo cerca, entonces repentinamente la soltó, agachándose delante de ella. Él se arrodillo frente de ella, alcanzándola, sus manos acariciantes, moviéndose lentamente sobre su cuerpo, empujándola hacia él. —Está bien —dijo suavemente—. Está bien.

Se apretaron el uno contra el otro y se balancearon. Luego Ivy abrió sus ojos. A la izquierda, a la derecha, reflejados en frente de ella, reflejados detrás de ella, desde cada ángulo, en el probador cubierto de espejos, ella podía verse a sí misma y a Gregory abrazados el uno contra el otro.

Ella se alejó de él. —¡No! —Sus manos se elevaron hacia su rostro, cubriendo sus ojos.

Gregory trato de quitar sus manos del rostro. Ella se giró hacia la pared, acurrucándose en la esquina, pero no podía alejarse del reflejo de la chica que había estado besando a Gregory.

—Esto no está bien —dijo ella.

—¿No está bien?

—No es algo bueno. Para ti, o para mí, o para Suzanne.

—¡Olvídate de Suzanne! Lo que importa somos tú y yo.

—No te olvides de Suzanne —suplicó Ivy, suavemente—. Ella te quiso durante mucho tiempo. Y yo... yo quiero estar cerca de ti, quiero hablar contigo, quiero tocarte. Y besarte. ¿Cómo podría evitarlo, cuando has sido tan maravilloso conmigo? Pero Gregory, yo sé... —ella tomó una profundo respiración—. Sé que aún estoy enamorada de Tristan.

—¿Y tú crees que no lo sé? —se rió—. Es algo obvio, Ivy.

Él se acercó y alcanzó su mano. —Sé que aún estas enamorada de él y sufriendo por él. Déjame ayudarte a aliviar el dolor.

Él sostuvo su mano suavemente entre las suyas.

—Piénsalo, Ivy. Sólo piénsalo —dijo.

Ella asintió silenciosamente, su mano libre jugando con la borla de su falda.

—Me pondré mi ropa ahora —dijo él—, e iremos a casa en nuestros propios autos. Tomaré la ruta larga de modo que no lleguemos al mismo tiempo. Ni siquiera nos veremos el uno al otro al ir a nuestras habitaciones. Así que... —alzó su mano a su boca—, éste es mi beso de buenas noches —dijo, gentilmente poniendo sus labios en la punta de sus dedos.

* * *

Cuando Tristan se despertó, simplemente una luz suave iluminaba el vestidor, brillando de vuelta hacia él desde cada uno de los espejos. Pero la oscuridad, que sentía rodeándolo en la habitación vacía, era mayor que la ausencia de luz. La oscuridad se sentía como algo real en sí misma, una suave y siniestra figura, una presencia que enojaba y asustaba a Tristan.

—Gregory —dijo en voz alta, y las escenas que él había presenciado horas antes, pasaron a través de su mente. Por un momento, pensó que la habitación estaba iluminada. ¿Acaso Gregory de verdad se había enamorado de Ivy? Se preguntaba Tristan. Y ¿Estaba diciendo la verdad sobre Eric y el vendedor? Tristan tenía que saberlo, tenía que entrar dentro de su cabeza—. Eres el siguiente, Gregory —dijo—. Eres el siguiente.

—¿Podrías dejar de hablar contigo mismo? ¿Cómo se supone que una chica pueda conseguir su sueño reparador?

Tristan empujó la puerta de los vestidores hacia la tienda, la cual estaba iluminada por dos tenues luces de noche y una señal de salida. Lacey estaba estirada a los pies de King Kong.

—Te esperé en tu propiedad en Riverstone Rise —dijo ella, mientras levantaba una flor muerta—. Te traje esto. Había otras, igual de muertas, formando una T en tu tumba. Se me ocurrió que no habías pasado por ahí desde hace mucho tiempo.

—No lo he hecho.

—Comprobé a Eric —continuó ella—, sólo en caso de que te hubieras perdido en esa divertida casa conocida también como su mente. Después eché un vistazo a Ivy, la cual no está pasando una buena noche, así que, ¿qué hay de nuevo?

—¿Está bien? —preguntó Tristan. Él había querido seguirla a casa y obtener el descanso que necesitaba allí. Entonces, podría haberse asegurado de que Ella estaba cerca; podría haber convocado a Philip si ella lo necesitaba. Pero sabía que si hubiera ido con ella, él se habría quedado despierto toda la noche observándola—. ¿Está bien?

—Es Ivy —respondió Lacey respondió, acicalándose su cabello—. Así que dime, ¿cuánto me perdí de esta telenovela? Gregory está casi tan inquieto como ella. ¿Qué le consume por dentro?

Tristan le dijo a Lacey lo que había pasado, más temprano esa noche, así como también lo que él había experimentado dentro de la cabeza de Eric, el recuerdo de la escena en la casa de Caroline, con sus abrumadores sentimientos de frustración y miedo. Lacey escuchó durante un momento, después se paseó alrededor de la tienda. Ella materializó sus

dedos y se probó una máscara, girando su rostro hacia Tristan durante un instante, entonces se puso a probarse otra.

—Quizás esa no es la primera vez que Eric se vuelve tan peligroso —dijo Lacey—. ¿Qué pasa si Eric solía golpear a Caroline para conseguir dinero para la droga, de la forma en la que ahora golpea a Gregory? Y ¿Qué pasa si esa noche, cuando él necesitaba dinero, Caroline no le recibió?

—No, no es tan simple —respondió Tristan, un poco demasiado rápido—. Sé que no es tan simple.

Ella elevó una ceja hacia él. —¿Lo sabes, o simplemente quieres creer eso? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Me parece que encontrarías una pequeña chispa de satisfacción al probar la culpa de Gregory. Del Pobre, inocente y guapo Gregory —dijo, hostigando a Tristan—. Quizás la única cosa de la que él es culpable es de andar jugando con chicas y enamorándose de tu chica, y tu chica enamorándose de él —añadió astutamente.

—¡Realmente no puedes creer eso! —dijo Tristan.

Ella se encogió de hombros. —No estoy diciendo que Gregory no sea un idiota a veces, pero otras veces, al menos en una ocasión, ha tenido suficientemente buen corazón para salvar el cuello de un amigo en problemas. —Ella deslizó su lengua por sus dientes y sonrió—. Creo que él es rico, atractivo e inocente.

—Si él es inocente, su memoria lo probará —dijo Tristan.

Lacey negó con la cabeza, repentinamente seria. —Esta vez él podría lanzarte tan lejos como a la luna.

—Me arriesgare, y saldré victorioso, Lacey. Después de todo, he tenido un excelente profesor.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tenías razón. Fue más fácil deslizarme dentro de Eric cuando él estaba durmiendo ligeramente. Intentaré hacer lo mismo con Gregory.

—¡Eso me enseñará a no enseñarte!

Tristan inclinó su cabeza. —Debería darte algunos puntos, Lacey, puntos de ángel por ayudarme a completar mi misión.

Ella miró hacia otro lado.

—Y esos puntos podrían ayudarte a terminar la tuya. ¿No es eso lo que quieres?

Lacey se encogió de hombros, manteniéndose de espaldas a él.

Tristan la miro, confundido. —¿Hay algo que no sepa?

—Mucho, Tristan —suspiró ella—. ¿Qué es lo que quieres que haga con esta flor?

—Déjala, supongo. Fue lindo de tu parte traerla, pero gastaría demasiada energía intentando llevármela. Escucha, tengo que irme.

Ella asintió.

—Gracias, Lacey.

Ella todavía seguía dada la vuelta.

—¡Eres un ángel! —dijo él.

—Mmm.

Tristan se apresuró a irse y llegó a la habitación de Ivy justo cuando el cielo comenzaba a aclararse. Era tan tentador materializar un dedo y acariciar su mejilla.

Te amo Ivy. Nunca he dejado de amarte.

Solo un suave toque, eso es todo lo que él quería. ¿Cuánto costaría, un suave toque?

Él la dejó, antes de que se rindiera a la tentación y gastara la energía que necesitaba para Gregory.

Gregory estaba durmiendo intranquilamente. Tristan miro rápidamente hacia su colección de música y encontró un CD con el que estaba familiarizado. Materializando dos dedos, deslizó el disco en el tocador y puso el volumen bajo. Él le dio un suave codazo a Gregory, entonces comenzó a seguir la música, diciendo las palabras, concentrándose en las imágenes de la canción.

Pero por alguna razón, Tristan seguía sin concentrarse. Había pensado que se sabía la letra de memoria. Se intentó concentrar de nuevo, entonces se dio cuenta de que sus imágenes estaban entremezcladas con otras imágenes, las de Gregory.

¡Estoy dentro! ¡Lacey, estoy dentro!

Repentinamente podía sentir a Gregory acercándose a él, estirando los brazos ciegame, desesperadamente, de la manera que una persona adormecida busca a tientas el reloj cuando la alarma se enciende. Tristan se quedó muy quieto, absolutamente quieto, y la música hizo flotar a Gregory lejos de él.

Tristan se llenó de alivio. ¿Qué tan lejos podría mandarlo Gregory fuera de su mente? Se preguntó.

Pero cada pensamiento como ese era un pensamiento diferente de los de Gregory y sólo lo alertaría de nuevo. Tristan no podía pensar en lo que estaba haciendo sino simplemente hacerlo.

Él había elegido concentrarse en la lámpara de pie del salón de Caroline. El día que él y Lacey habían registrado la casa, él la visto, de pie, junto a la silla donde el policía había encontrado el cuerpo de Caroline. La lámpara halógena, con su largo poste y su disco de metal en lo alto, era tan común que no crearía sospecha, pero podría atraer un recuerdo visual de Caroline sentada en esa silla la tarde del último día de mayo.

Tristan se concentró en ella. Él la envolvió con su mente. Se estiró hacia ella como si pudiera encenderla.

Y se encontró a sí mismo de pie en el salón de Caroline. Ella estaba sentada en la silla, mirándolo, ligeramente divertida. Entonces de repente se puso de pie. El color era más fuerte en sus mejillas, con largos dedos rojos marcados en ellas, que se notaban cada vez más como lo hacía Gregory cuando estaba enojado. Pero también había un brillo victorioso en sus ojos.

Ella caminó hacia el escritorio. Tristan, dentro de la memoria de Gregory, se quedó donde estaba, cerca de la lámpara. Caroline levantó un trozo de papel y lo agitó hacia él, como si estuviera burlándose de él. Sintió como las manos de Gregory se apretaban formando puños.

Entonces ella caminó hacia él. Él pensó que le estaba contando lo que había en el papel, pero él no podía escuchar las palabras claramente. Su rabia había crecido tan rápidamente, y la furia en su interior era tan inmensa, que su corazón palpitaba, la sangre se precipitaba a través de él, resonando en sus oídos.

Entonces su mano se levantó. Golpeándola contra la lámpara, volcándola hacia ella. La vio tambalearse hacia atrás, volando hacia atrás como una figura de dibujos animados hacia el cuadrado azul brillante del ventanal.

Él gritó. Tristan, también, gritó cuando vio a Caroline caerse hacia atrás, con un largo chorro de sangre en su rostro.

Gregory repentinamente se agitó, y Tristan supo que Gregory lo había oído. Él era el siguiente en ser golpeado. Luchó por salir. Pero las imágenes, ahora, estaban girando a su alrededor como piezas de vidrio colorido y afilado en un caleidoscopio. Se sentía mareado y enfermo. No podía separar su propia mente de la de Gregory. Huía por un laberinto de pensamientos interminables, giratorios y locos. Y supo que estaba atrapado.

Luego repentinamente había una voz llamando a Gregory, rogándole que despertara. Ivy.

La vio a través de los ojos de Gregory, envuelta en su bata, inclinándose sobre él. El cabello de ella cayó y tocó el rostro de él. Sus brazos lo rodearon, reconfortándolo. Entonces Gregory acalló sus pensamientos agitados, y Tristan se deslizó fuera.

Capítulo 12



Traducido por cYeLY DiviNna
Corregido por Kanon 🎵🎵🎵

— ¡Eso es todo, Philip! —dijo Gregory, levantando su camisa, para secarse el sudor de su rostro—. Yo no voy a dar ninguna lección más de tenis. Vas a superarme todo el tiempo.

—Entonces voy a tener que dar lecciones —dijo Philip, muy satisfecho de sí mismo. Gregory terminó por quitarse la camisa húmeda y de un manotazo se la lanzó a Philip—. Mocoso.

Ivy y Maggie, que habían estado observando lección del jueves por la mañana, se echaron a reír.

—Así es como yo había esperado siempre que sería —dijo Maggie.

Fue un día perfecto de verano, la postal de cielo azul, los árboles de pino removiéndose con una ligera brisa. Estaban sentados juntos por la pista de tenis, Ivy tomando el sol, su madre ocupando la mitad de la sombra en una manta.

Maggie suspiró con satisfacción. —¡Somos una familia al fin! Y puedo irme sabiendo que mis pollitos son felices y están seguras en casa.

—No paras de pensar en nosotros, mamá —dijo Ivy—. Andrew y tú se merecen un tiempo a solas en el lago.

Maggie asintió con la cabeza. —Andrew necesita el tiempo, eso es seguro. Algo ha estado en su mente últimamente. Por lo general, antes de acostarse, me dice todo lo que pasó ese día, cada detalle de todo. Así es como llego a dormir.

Ivy se echó a reír.

—Pero puedo decir —Maggie continuó—, que algo le preocupa, y lo mantiene para sí mismo.

Ivy puso la mano sobre la de su madre. —Ustedes realmente necesitan alejarse de nosotros y de la universidad. Espero que tengas un buen momento, mamá.

Su madre la besó, luego se levantó para decir adiós a Philip.

Ella puso su brazo alrededor de su hombro. —Eres bueno, calabaza.

Philip hizo una mueca.

—Está bien —Gregory respondió alegremente.

Maggie se rió. Ella le plantó un gran beso rosa a Philip, vaciló, luego besó tímidamente a Gregory, también.

—Cuida de mi bebé —Ivy escuchó decir a su madre en voz baja—. Cuida de mi bebé grande y mi pequeña.

Gregory sonrió. —Puedes contar conmigo, Maggie.

La madre de Ivy se marchó feliz, balanceando su enorme bolso a sus espaldas. El coche ya estaba lleno, ella iba a recoger a Andrew después de su reunión de mañana.

Gregory sonrió a Ivy, a continuación, se tendió sobre la manta a su lado. —Por los próximos tres días —dijo—, podemos comer lo que queramos, cuando queramos.

—Voy a hacer un sándwich ahora —Philip les dijo—. ¿Quieren uno?

Ivy negó con la cabeza. —Tengo que ir a trabajar pronto. Voy a recoger algo en el centro comercial.

—¿De qué clase lo harás? —preguntó Gregory.

—Queso crema, canela y azúcar.

—Creo que voy a pasar de esto.

Philip se dirigió a la casa, pero no antes de limpiarse el rostro con su camisa, y luego tirando de ella la aplastó contra un árbol.

Cuando su hermano había desaparecido detrás de la arboleda de pinos que separan la casa de la pista de tenis. Ivy dijo: —Sabes, lo que es imitar. ¿Qué te parece ser un modelo a seguir?

—No lo sé —Gregory esbozó una sonrisa torcida—. Creo que voy a tener que limpiar mi actuación.

Ivy se rió y se recostó sobre la manta. —Gracias por ser amable con mi mamá —dijo.

—¿Por la promesa de cuidar de su bebé? Eso no va a ser algo difícil de mantener —Gregory se echó hacia atrás cerca de Ivy. Él la miró, luego pasó una mano sobre su torso desnudo—. Tu piel es tan caliente.

Ivy estaba caliente por todas partes. Ella puso su mano en la parte superior de Gregory.

—¿Por qué no usas ese bikini en la fiesta de Eric? —preguntó.

Ivy se echó a reír. —Yo sólo lo uso cuando me siento a gusto.

—¿Y te sientes cómoda conmigo? —él se detuvo en un codo y la miró a los ojos, luego dejó que su mirada pasara lentamente por ella.

—Sí y no —respondió.

—Tú siempre tan honesta —dijo, inclinándose sobre ella, sonriendo.

Sin tocarla, bajó la boca para escucharla. Ella lo besó. Se detuvo por un momento, luego bajó la boca de nuevo, todavía no tocándola, excepto con los labios.

Se besaron una tercera vez. A continuación, Ivy extendió la mano y deslizó sus manos alrededor de su cuello, tirando de él hacia ella.

No oyó los pasos suaves en la hierba.

—Yo estaba esperando en el parque desde las diez.

La cabeza de Gregory tiró para arriba, e Ivy agarró el borde de la manta.

—Parece que has encontrado algo mejor que hacer —dijo Eric, y asintió con la cabeza en Ivy.

Gregory se levantó. Ivy tiró de la manta alrededor de ella, como si Eric la hubiera atrapado sin ropa. Por la forma en que la miró, se sintió desnuda. Se sentía expuesta.

Eric se echó a reír.

—Yo vi una película sobre una hermana que no podía mantener las manos fuera de su hermano.

—Hermanastro —le dijo Gregory.

Ivy se acurrucó dentro de la manta.

—Lo que sea. Supongo que estás por encima de Tristán, ¿eh? —dijo Eric—. ¿Gregory te cura?

—Despídete, Eric —advirtió Gregory.

—¿Es mejor que Tristan? —Eric preguntó, en voz baja y suave—. Está seguro de que tiene todos los movimientos —sus palabras eran como serpientes trabajando a su manera en la mente de Ivy.

—¡Cállate! —Gregory gritó, poniéndose de pie.

—Pero lo sabías, ¿no? —continuó Eric con una voz sedosa—. Sabías de Gregory, porque las chicas hablan.

—¡Fuera de aquí!

—Suzanne te debe haber dicho —Eric continuó.

—Te lo advierto.

—Suzanne le debía haber dicho a su mejor amiga lo caliente que es Gregory —dijo Eric, retorciéndose los labios.

—¡Fuera de mi propiedad!

Eric se volvió hacia Gregory y se rió. —¿Tu propiedad? —estiró los labios en una sonrisa exagerada—. ¿Es tuya? Tal vez algún día, si eres uno de los afortunados.

Gregory se quedó callado un momento y luego habló con una voz que era fresca, pero potencialmente mortal. —Más te vale que lo sea, Eric. Porque si yo estoy fuera de suerte, estás fuera, también —dijo varios pasos más cerca de su amigo.

Eric se fue. Él miró sobre su hombro y se echó a reír, como un niño saltando lejos y mientras otros lo persiguieran para atraparlo, pero había un borde de risa maníaca que hizo correr la sangre fría de Ivy.

Phillip, que había salido de la casa cuando oyó los gritos, ahora corría por el césped hacía ellos.

—¿Qué está mal? —preguntó. Él miró de Gregory a Ivy, que estaba de pie junto a él, todavía envuelta en la manta—. ¿Qué pasó?

—Nada —dijo Gregory—. Nada de qué preocuparse.

Philip miró dubitativo, y luego se dirigió a Ivy. —¿Estás bien?

Ella asintió en silencio.

Gregory puso su brazo alrededor de Ivy. —Eric le dijo algunas cosas malas a ella.

—¿Cosas malas como cuales?

—Sólo dijo cosas —respondió Gregory.

—¿Cómo qué?

—No quiero hablar de eso ahora —dijo Ivy.

Philip se mordió el labio. Luego se volvió y empezó a alejarse de ellos.

Ivy sabía que se sentía excluido. Ella salió de debajo del brazo protector de Gregory. —¿Te puedo dar un abrazo, Philip? Sé que eres algo grande ahora, pero me siento un poco mal. ¿Te puedo dar un abrazo?

Su hermano se volvió y lo envolvió con sus brazos, apretando con fuerza.

—Vamos a cuidar de ti —le susurró.

—¿Lo harás? —susurró de nuevo.

—Gregory y yo —le aseguró—, y el ángel Tristan.

Ivy rápidamente lo soltó. Ella se esforzó por mantener la boca sin temblar. —Gracias —dijo, y luego corrió hacia la casa.

Cuando Tristan escucho los gritos, corrió a la ventana para ver lo que estaba pasando. Gregory y Eric estaban escondidos detrás de los árboles. Escuchaba el sonido de sus voces, pero no podía entender las palabras. El intercambio era con enojo casi tan rápidamente como había comenzado.

Tristan se debatió sobre qué hacer. Quería asegurarse de que Ivy estaba bien, pero no podía salir de la habitación de Gregory como se veía ahora. Él pasó la mañana buscando, y los cajones estaban abiertos, papeles repartidos y los bolsillos de pantalones y chaquetas de adentro hacia afuera. Si Gregory descubría que alguien había estado buscando a través de sus cosas, sería mucho más prudente, y sería más difícil de averiguar lo que estaba pasando.

La última vez que Ivy había necesitado ayuda, ella había llamado a Tristan —en silencio—, pero él la había escuchado. Ahora se mantuvo muy quieto por unos momentos, escuchando. Cuando sintió que ella estaba en peligro, él decidió quedarse donde estaba y empezó a enderezarse.

A los pocos minutos escucho a Ivy moviéndose arriba, a continuación, Philip y Gregory hablaban mientras se acercaban a la casa. Tristan comenzó a trabajar con mayor rapidez, pero fue perdiendo rápidamente su fuerza. Sus dedos, que se materializaron en varias ocasiones por cortos periodos de tiempo, estaban cada vez más cansados y torpes. Apenas podía abrir y cerrar el escritorio de Gregory.

Había una revista de la vieja escuela en la parte superior del escritorio, artículos de prensa de anclaje que Gregory había guardado. Interiormente, Tristan había desempolvado las historias de noticias, tratando de averiguar por qué le interesaban a Gregory. Agarró a uno de ellos y derribó una pila de cajas que contenían las cintas de la grabadora de vídeo.

Varias de las cintas se deslizaron fuera de sus cajas, y Tristan se apresuro a recogerlos. Escuchaba hablar a Gregory y Philip en la parte inferior de la escalera de atrás, pero cuanto más se apresuró, más se echó a perder. Una de las cintas no resbalo de nuevo en su caja, algo hacía que se pegara.

Tristan se centró en toda su energía y tiró de nuevo. Fue entonces cuando lo vio, el celofán con cinta a lo largo de un lado de la carcasa de color negro, con tres cápsulas de color rojo brillante en el interior.

Oyó los pasos crujir. Gregory se acercaba. Tristan arrancó el plástico, deslizó la cinta de nuevo en su caja, y la puso en la parte superior de la pila. Él sabía que Gregory no sería capaz de verlo, pero él miraba a las cápsulas de color rojo. Con su última gota de energía, Tristan las arrojó detrás de la mesa. Medio segundo más tarde Gregory entró en la habitación.

Tristan se dejó caer, exhausto. Él vio que todo estaba en su lugar, excepto un horario de trenes que yacía en el suelo donde las cajas habían caído.

No hay problema, se dijo. Gregory podría pensar que había arrancado el escritorio, ya que no estaba anclado por nada.

De hecho, Gregory no se dio cuenta de la programación, aunque se fue directamente a su escritorio y se sentó. Había gotas de sudor en su frente, y su piel se había vuelto de un color extraño, palidecía bajo su bronceado. Dejó caer la cabeza entre las manos. Durante varios minutos, él se frotó las sienes, luego se sentó en la silla.

De repente, su cabeza se sacudió toda. Gregory se quedó mirando el horario de trenes en el suelo, luego miró lentamente, sospechosamente por la habitación. Tomó la cinta de video y la sacó de la caja. Su boca abierta.

Miró la etiqueta, a continuación, tiró de una cinta tras otra. Él rasgó el celofán de un video de una segunda que contenía tres cápsulas más... y de nuevo miró a su alrededor.

—¡Philip! —se levantó bruscamente, derribando la silla hacia atrás en el suelo. Se encaminó hacia la puerta, luego se detuvo y golpeó su mano contra la pared. Se quedó allí, inmóvil, mirando a la puerta de la sala, con una mano sin soltar las drogas.

—¡Maldito seas, mocosol!

Empujó las cápsulas profundamente en el bolsillo, entonces metió la cartera detrás de ellas. De regreso a su escritorio, agarró la silla, se sentó a leer el horario de trenes.

Tristan leyó por encima del hombro y vio como Gregory daba la vuelta a la hora del último tren corriendo después de la medianoche. Dejó al Tuset de la 1:45 AM, pero no hizo una parada en la pequeña estación de Stonehill. Gregory hizo algunos cálculos rápidos, escribió 02:04, voló en círculos dos veces, luego deslizó el calendario en un libro. Se sentó durante quince minutos más, con la barbilla apoyada en las manos.

Tristan se preguntó lo que pasaba por la mente a Gregory, pero estaba demasiado débil para intentar una entrada. Gregory parecía mucho más tranquilo ahora tan tranquilo, que era espeluznante. Se sentó de nuevo lentamente y asintió para sí mismo como si hubiera hecho alguna decisión importante. Luego llegó a las llaves del coche y se dirigió hacia la puerta. A mitad de camino por las escaleras, Gregory se puso a silbar.

Capítulo 13



*Traducido por Evelin
Corregido por Anelisse*

—**C**reo que los días florecientes se acabaron —dijo Beth, mirando la amapola que Ivy había puesto en el vaso de agua sobre la mesa entre ellas.

Cuando Lilian y Betty abrieron la tienda el jueves en la mañana, habían encontrado la flor morada en la boca de King Kong, escarbando fuera como una rosa entre los dientes de los bailarines. Luego, ese día Ivy había negado repetidamente ser la bromista que la había puesto allí.

—¿Por qué estás tratando de revivirla? —preguntó Beth. Ella giraba su lengua alrededor del cono de helado—. ¿No podemos comprarle otra a King Kong?

—Estuvimos comprando amapolas en el festival el sábado —respondió Ivy—. Compré unas de color morado para Tristan. Philip y yo las llevamos al cementerio.

—Me alegra que Phili fuera contigo —dijo Beth—. Él también extraña a Tristan.

—Él hizo una T con las flores en la sepultura —le dijo Ivy, sonriendo un poco.

Beth asintió, como si ahora tuviera perfectamente claro la razón por la que Ivy se preocuparía por una lánguida amapola dejada en la tienda.

—Me estoy volviendo loca, ¿verdad? —dijo Ivy de repente.

—¡Se supone que debería estar mejor! ¡Se supone que debería superar a Tristan! Y aquí estoy, salvando esta estúpida flor como un recuerdo, sólo porque se parece a la que yo...

Ella sacó rápidamente la amapola del vaso y la tiró sobre una bandeja de platos sucios que la camarera estaba llevando.

Beth se deslizó fuera de la cabina persiguió a la camarera, y regresó con la amapola.

—Tal vez germinará —dijo ella, metiéndola de regreso en el vaso de agua.

Ivy sacudió la cabeza y sorbió su té en silencio. Beth chupó su cono por unos cuantos minutos.

—Ya sabes —dijo Beth finalmente—. Siempre estoy preparada para escuchar.

Ivy asintió. —Lo siento Beth. Te llamo presa del pánico a las nueve de la noche, despegándote de tu escritura para tener un bocadillo con los más de cincuenta personas de la liga de bolos de Howard Johnson... —Ella miró la multitud en la habitación de color verde y anaranjada— ...y ahora parece que no puedo hablar.

—Está bien —dijo Beth, agitando su cono hacia Ivy—. Estoy comiendo un cono doble de caramelo... por eso, podrías haberme llamado a las tres de la mañana. Pero, ¿cómo sabías que estaba escribiendo?

Ivy sonrió. Beth se había encontrado con ella en el aparcamiento vestida con unos pantalones cortos de jean, sin maquillaje y con un viejo par de gafas, las cuales siempre se ponía sólo cuando estaba pegada a la pantalla de la computadora. Una nota con garabatos en un adhesivo amarillo todavía estaba pegada en su camiseta y su cabello estaba retirado hacia atrás con un sujetapapel.

—Sólo un presentimiento —dijo Ivy—. ¿Qué está haciendo Suzanne esta noche?

Ivy y Suzanne no habían hablado desde el festival.

—Salió con alguien.

—¿Gregory? —preguntó Ivy, frunciendo el ceño. Él había prometido quedarse con Philip hasta que ella llegará a casa esa noche.

—No, un chico que se supone que pondrá a Gregory increíblemente celoso.

—Oh.

—¿Ella no te lo dijo? —preguntó Beth con sorpresa.

—Eso era todo lo que Suzanne podía decir. —Observando la apariencia del rostro de Ivy, ella agregó rápidamente—. Estoy segura de que Suzanne pensó que te lo dijo. Ya sabes cómo es... le dices a una persona y crees que se lo habías dicho a otra.

Ivy asintió, pero las dos sabían que ese no era el caso.

—Gregory no ha pasado mucho tiempo con Suzanne últimamente —dijo Beth, deteniéndose para perseguir las gotas de chocolate alrededor de su cono—, pero eso tú lo sabes.

Ivy se encogió de hombros. —Él sale, pero yo no le pregunto a dónde va.

—Bueno, Suzanne está segura que él está viendo a alguien más.

Ivy comenzó a trazar las imágenes individualmente.

—Al principio Suzanne pensó que era sólo un juego. No estaba preocupada porque no era nadie especial. Pero ahora cree que está viendo una persona. Cree que él está realmente clavado con alguien.

Ivy levantó la mirada y vio a Beth estudiándola. ¿Podría Beth en realidad leer las mentes, se preguntó, o sólo es mi rostro el que siempre me traiciona?

—Suzanne sigue preguntándome lo que creo que está pasando —continuó Beth, con la frente ligeramente arrugada.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Ivy.

Beth parpadeó varias veces, luego apartó la mirada. Ella miró a una camarera con el cabello de color plata, coqueteando con dos hombres calvos vestidos con camisetas de bolos de color rojo.

—No soy una buena persona para preguntar —dijo ella finalmente.

—Me conoces, Ivy, siempre estoy observando gente, añadiéndole cosas a lo que veo para sacar historias de ellos. Algunas veces olvido que parte inventé y que parte es realmente la verdad.

—¿Cuál crees que es la verdad sobre Gregory? —persistió Ivy.

Beth giró su cono. —Creo que Gregory está saliendo. Creo que, uh, con varias chicas como él. Pero no puedo adivinar en quien está realmente interesado ni que es lo que él está pensando. No puedo leerlo muy bien.

Beth le dio una mordida al crocante de su cono, masticando pensativamente. —Gregory es como un espejo —dijo ella—, él refleja a quienquiera que este con él. Cuando está con Eric, parece actuar como Eric. Cuando está contigo es atento y gracioso como tú. El problema es que ni siquiera puedo ver quien es Gregory realmente, todo lo que puedo ver es que luce como un espejo, porque él refleja a quienquiera que esté a su alrededor. ¿Entiendes lo que digo?

—Creo que sí.

—¿Qué debería decir, Ivy? —preguntó Beth, con el tono de su voz cambiando. Estaba suplicando una respuesta—. Vosotras dos sois mis amigas. Cuando Suzanne me pregunte qué está pasando, ¿Qué debería decirle?

—No sé —Ivy comenzó a examinar el individual de nuevo, leyendo todas las descripciones de los postres de HoJo¹⁰—. Te lo diré cuando lo sepa, ¿de acuerdo? Así que, ¿Cómo van tus escritos?

—¿Mis escritos? —repitió Beth, luchando para cambiar de tema con Ivy—. Bueno, he tenido buenas noticias.

—¿Sí? Cuéntame.

—Me van a publicar. Quiero decir, en una revista real. —Los ojos azules de Beth destellaron—. True-Heart Confessions.

—Beth, ¡Eso es genial!, ¿Cuál historia?

—La que hice para el club de teatro. Ya sabes, estuvo en la revista de literatura en la escuela la primavera pasada.

Ivy trató de recordar. —He leído tantas hasta ahora.

—Ella empuñó el arma en su pecho —comenzó Beth—. Crueles y tristes, frías y firmes. Fotos de él. Frágiles y descoloridas fotos de él... de él con

¹⁰ HoJo: Abreviación popular para "Howard Johnson".

ella... desgarradoras, empapadas de lágrimas saladas, fotos de... etcétera, etcétera.

Dos camareras, llevando bandejas llenas, se habían detenido para escuchar.

—¿Qué pasa? —le preguntó Beth a Ivy—. Tienes una apariencia realmente graciosa en tu rostro.

—Nada... nada, sólo estaba pensando —respondió Ivy.

—Has estado haciendo eso últimamente.

Ivy rió. —Tal vez pueda mantenerla para cuando la escuela comience el próximo mes.

Su cuenta estaba sobre la mesa. Ivy alcanzó su monedero.

—Escucha —dijo Beth—, ¿por qué no duermes en mi casa esta noche? No tenemos que hablar. Veremos videos, nos pintaremos las uñas, hornearemos galletas...

Ella le dio una punzada a la punta de su cono de azúcar... —Galletas bajas de calorías —añadió.

Ivy sonrió y luego comenzó a buscar el dinero en su cartera. —Debería ir a casa, Beth.

—No, no deberías.

Ivy dejó de cavar. Beth había hablado con demasiada seguridad.

—No sé por qué —dijo Beth retorciendo un pedazo de su cabello tímidamente—. Es sólo que no deberías ir.

—Tengo que estar en casa —le dijo Ivy—. Sí Philip se despierta en la mitad de la noche y encuentra que no estoy allí, pensará que algo anda mal.

—Llámallo —contestó su amiga—. Si está dormido, Gregory puede dejarle una nota cerca de su cama. No deberías ir a casa esta noche es... un presentimiento, tengo un presentimiento realmente fuerte.

—Beth, sé que tienes estos presentimientos y una vez tuviste razón, pero esta vez es diferente. Las puertas estarán cerradas. Gregory está en casa. Nada va a pasarme.

Beth estaba mirando por encima del hombro de Ivy, sus ojos se entrecerraron como si estuviera tratando de concentrarse en algo. Ivy dio vuelta y vio un hombre de cabello rizado en una brillante camisa amarilla de bolos. Él le guiñó un ojo e Ivy se dio la vuelta.

—¿Puedo pasar la noche contigo? —preguntó Beth.

—¿Qué? No. No esta noche —dijo Ivy—. Necesitas dormir un poco y tú tienes que terminar la historia que interrumpí. Este era mi trato. —añadió recogiendo la cuenta.

En el estacionamiento Ivy se despidió un montón de veces y Beth la dejó a regañadientes.

Mientras Ivy manejaba a casa pensó sobre la historia de Beth. Los detalles del suicidio de Caroline no se habían hecho públicos, así que Beth no sabía de las fotos que Caroline había despedazado el día que se disparó. Era graciosa la manera en la que Beth salía con cosas en sus escritos que parecían descabelladas y un poco melodramáticas, hasta que alguna de esas versiones se hacía realidad.

Cuando Ivy llegó a casa, vio que todas las luces estaban apagadas excepto una, la lámpara en la habitación de Gregory. Esperaba que él no hubiera notado su coche llegando por el camino de la entrada. Ella lo dejó fuera del garaje. De esa manera, si él estaba preocupado, podía ver que ella había llegado segura a casa. Ivy planeó subir por las escaleras del centro, así ella no tendría que pasar por su habitación. Por la tarde Gregory había llamado a la tienda dos veces. Sabía que él quería hablar y ella no estaba preparada.

Era una noche cálida, la luna todavía no se había levantado y sólo las estrellas se esparcían en el cielo. Ivy levantó la mirada hacia ellas un momento, luego caminó sosegadamente a lo largo del pasto y el patio.

—¿Dónde has estado?

Ella saltó. No lo había visto sentado en las sombras de la casa.

—¿Qué?

—¿Dónde has estado?

Ivy se erizó por su tono de voz. —Afuera —dijo ella.

—Debiste de haberme llamado, ¿Por qué no me regresaste la llamada, Ivy?

—Estaba ocupada con los clientes.

—Pensé que vendrías directamente a casa después del trabajo.

Ivy dejó caer las llaves ruidosamente en la mesa de hierro fundido. —Y yo pensé que no sería cuestionada por salir por una hora... no por ti. Me estoy cansando de eso, ¡Gregory!

Ella podía oírlo cambiar de postura en el asiento, pero no podía ver su rostro.

—¡Me estoy cansando de que todo el mundo me cuide! ¡Beth no es mi mamá y tú no eres mi hermano mayor!

Él se rió suavemente. —Estoy contento de oírte decir eso. Tenía miedo de que Eric te hubiera confundido.

Ivy dejó caer su cabeza un poco, luego dijo: —Tal vez lo hizo —ella dio un paso hacia la casa.

Gregory la agarró de la muñeca. —Necesitamos hablar.

—Necesito pensar, Gregory.

—Entonces piensa en voz alta —dijo él.

Ella sacudió la cabeza.

—Ivy, escúchame. Nosotros no estamos haciendo algo malo.

—¿Entonces por qué me siento tan... tan confundida? ¿Y tan desleal?

—¿Es por Suzanne? —preguntó él.

—Suzanne cree que estás viendo a alguien más —le dijo Ivy.

—Lo estoy —respondió él tranquilamente—. Sólo que no estoy seguro de si ella me está viendo... ¿Lo estás haciendo?

Ivy mordió su labio. —No es sólo en Suzanne en quien estoy pensando.

—Tristán.

Ella asintió.

Él tiró de su brazo, acercándola a él. —Siéntate.

—Gregory, no quiero hablar de eso.

—Entonces sólo escucha. Escúchame. Amas a Tristán como a nadie más.

Ivy se alejó un poco. Pero él agarró sus dedos fuertemente. —¡Escucha! Si hubieras sido la que murió en el accidente, ¿Qué hubieras querido para Tristán? ¿Te gustaría que nadie más lo amara? ¿Te gustaría que él se quedara solo por el resto de su vida?

—No, claro que no —dijo ella.

Luego él la jaló hacía la silla con él. El metal era frío y duro.

—He estado pensando en ti todo el día y toda la noche —dijo él.

Él la acarició ligeramente, sus dedos recorrieron su rostro y los huesos de su cuello. Él la besó tan suave como lo haría un niño. Ella lo dejó pero no le devolvió el beso.

—He estado esperando aquí toda la noche —dijo él—. Necesito salir ¿Qué tal si das un paseo conmigo?

—No podemos dejar a Philip —le recordó Ivy.

—Sí podemos —respondió suavemente Gregory—. Está profundamente dormido. Cerraremos la casa y encenderemos la alarma. Podemos pasear en coche por un corto tiempo. Y no hablaré más, lo prometo.

—No podemos dejar a Philip —dijo ella una segunda vez.

—Él estará bien. No hay nada de malo en dar un paseo, Ivy. No hay nada de malo en encender el estéreo y conducir un poco rápido. No hay nada de malo en pasar un buen rato.

—No quiero ir —dijo ella.

Ella sintió como su cuerpo se ponía rígido.

—No esta noche —añadió rápidamente—. Estoy cansada, Gregory. En realidad necesito ir a la cama. Otra noche, tal vez.

—De acuerdo. Como tú quieras —dijo él con su voz ronca y se acomodó contra la silla—. Duerme un poco.

Ivy lo dejó allí y emprendió su camino hacia la oscura casa. Le dio un vistazo a Philip, luego paso por el contiguo baño de su habitación, en donde fue saludada por los enrojecidos ojos de Ella. Ivy encendió una pequeña lámpara de escritorio y Ella comenzó a ronronear.

—¿Ese ronroneo es por mí? —preguntó Ivy—. ¿O por él?

La fotografía de Tristán, la que su madre le había dado a ella, permanecía dentro el círculo de luz amarilla.

Ivy tomó la foto en sus manos. Tristán le sonreía, vistiendo hacia atrás su vieja gorra de beisbol, por supuesto. Su chaqueta escolar abierta se ondulaba mientras él estaba caminando hacia ella. Algunas veces no podía creer que él estuviera muerto. Su cabeza sabía que lo estaba, sabía que en un momento súbito Tristán había dejado de existir, pero en su corazón no lo dejaba ir.

—Te amo, Tristán —dijo ella, luego besó la fotografía—. Dulces sueños.

* * *

Ivy se despertó gritando. Con la voz afónica como si hubiera estado gritando por horas. Pero el reloj sólo daba las 1:15 AM.

—¡Está bien! ¡Estás a salvo! Todo está bien, Ivy.

Gregory tenía los brazos alrededor de ella. Philip estaba parado al lado de la cama, agarrando firmemente a Ella.

Ivy los miró, luego se acurrucó nuevamente contra Gregory. —¿Cuándo se va a detener? ¿Cuándo esta pesadilla terminará?

—Shh, shh. Todo está bien.

Pero no lo estaba. La pesadilla seguía creciendo. Seguía añadiendo detalles, continuamente enviándole tijeletas de miedo que viraban en los lugares oscuros de su mente. Ivy cerró los ojos, descansando su cabeza contra Gregory.

—¿Por qué continua soñando? —preguntó Philip.

—No estoy seguro —dijo Gregory—. Supongo que es parte de superar el accidente.

—Algunas veces los sueños son mensajes de los ángeles —sugirió Philip. Él dijo ángeles rápidamente, luego miro a Ivy como si pensara que le iba a gritar por mencionarlos otra vez.

Gregory estudió a Philip por un momento, luego preguntó: —Los ángeles son buenos, ¿verdad?

Philip asintió.

—Bueno, si los ángeles son buenos —razonó Gregory—, ¿crees que le enviarían malos sueños a Ivy?

Philip pensó sobre eso, luego lentamente sacudió la cabeza. —No... pero tal vez lo está haciendo un ángel malo.

Ivy sintió que Gregory se ponía rígido.

—Esto sólo es mi mente —dijo ella quedadamente—. Es sólo mi mente haciendo uso de lo que nos sucedió a Tristán y a mí. En algún momento, las pesadillas se detendrán.

Pero ella estaba mintiendo. Temía que los sueños nunca se detuvieran. Y estaba comenzando a creer que había algo más en ellos que ella superando la muerte de Tristán.

—Tengo una idea, Philip —dijo Gregory—. Hasta que las pesadillas de Ivy se detengan, tomaremos turnos para despertarla y estar con ella. Esta noche es mi turno. La próxima vez es el tuyo, ¿de acuerdo?

Philip miró dudosamente a Gregory y a Ivy.

—De acuerdo —dijo él finalmente—. Ivy, ¿Puedo llevarme a Ella a mi habitación?

—Claro. Le encanta acurrucarse contigo.

Ivy miró a su hermano mientras cargaba a Ella, con su cabeza inclinada sobre ella y su ceño fruncido.

—Philip —ella lo llamó—. Cuando llegue a casa mañana del trabajo, haremos algo, sólo tú y yo. Piensa en algo que sea... divertido. Todo está bien Philip. En realidad. Todo estará bien.

Él asintió, pero ella podía decir que él no la creía.

—Duerme bien —dijo Ivy—. Tienes a Ella contigo. Y a tu ángel —añadió ella.

Él la miró, con sus los ojos demasiado abiertos por la sorpresa.

—¿También lo viste?

Ivy dudó.

—Por supuesto que no —respondió Gregory por ella. Por supuesto que no, Ivy repitió para ella misma... y por un momento casi creyó que lo hizo. Ella casi podía creer que un ángel existía para Philip, sin embargo, no existía uno para ella.

—Buenas noches —dijo ella suavemente.

Cuando él se fue, Gregory acercó a Ivy y la arrulló por varios minutos. —¿El mismo sueño? —dijo él.

—Sí.

—¿Eric todavía está en él?

—La moto roja —respondió Ivy.

—Desearía poder detener tus pesadillas —dijo Gregory—. Si supiera cómo, soñaría con ellas cada noche. Si sólo pudiera mantenerte alejada de pasar por esto.

—No creo que alguien pueda detenerlas —contestó ella.

Él levantó la cabeza. —¿Qué quieres decir?

—Hubo algo nuevo esta noche. De la misma manera en que la moto fue añadida antes, algo más fue añadido esta vez. Gregory, creo que podría estar recordando cosas. Y creo que podría seguir teniendo pesadillas hasta que recuerde... algo. —Ella se encogió de hombros.

Él inclinó la cabeza para mirarla. —¿Qué fue añadido al sueño?

—Estaba conduciendo. La ventana por la que no podía ver al otro lado de las sombras estaba allí. Era esa misma ventana, pero esta vez yo estaba conduciendo hacia ella, no caminando.

Ella hizo una pausa. No quería pensar en eso, no quería pensar en lo que la nueva parte podría significar.

Él la acercó nuevamente. —¿Y todo lo demás fue lo mismo?

—No. Estaba conduciendo el coche de Tristán.

Ivy escuchaba su aguda ingesta de aire.

—Cuando vi la ventana, trate de parar el coche. Pisé el freno, pero el coche no desaceleró. Entonces escuche su voz. “¡Ivy, detente! ¡Para! ¿Lo ves, Ivy? ¡Ivy, detente!” Pero no podía parar. No podía desacelerar. Pise el freno una y otra vez. ¡Y no tenía frenos!

Ivy se sintió fría. Los brazos de Gregory estaban alrededor de ella, pero su piel estaba con sudor frío.

—¿Por qué no había frenos? —susurró ella—. ¿Estoy recordando algo, Gregory? ¿Qué estoy recordando?

Él no contestó. Estaba temblando tanto como ella.

—Quédate conmigo —le pidió ella—. Tengo miedo de volver a quedarme dormida.

—Me quedaré, pero tú necesitas dormir, Ivy.

—¡No puedo! Tengo miedo de volver a quedarme dormida. ¡Me asusta!
¡No sé qué pasará después!...

—Estaré aquí. Te despertaré tan pronto comiences a soñar, pero necesitas dormir. Te daré algo que te ayudara.

Él se levantó.

—¿A dónde vas? —preguntó ella con pánico.

—Shh —la calmó él—. Sólo voy a arreglarte algo para que pueda ayudarte a dormir.

Luego tomó la foto de Tristán del tocador y la puso en la mesa de noche al lado de ella.

—Regresaré en un momento. No te dejaré, Ivy, lo prometo, no te dejaré. —
Él alisó su cabello—. No te dejare hasta que las pesadillas se terminen.

Capítulo 14



Traducido por AndreaN
Corregido por Ángeles Rangel

Ivy, detente! ¡Detente! ¿No lo ves, Ivy? ¡Ivy, detente!

Pero ella no se detuvo. Ivy siguió contándole a Gregory el sueño, y ahora él sabía que ella estaba recordando más. Tal vez la próxima vez ella lo recordaría todo... lo que sea que Gregory no quería que nadie supiera. Si es que había una próxima vez.

Tristan se recostó quieto en el cuarto de Ivy. Él se había vuelto loco, gritándole y gritándole. Había usado enormes cantidades de energía. ¿Para qué? Ella se sentó inquieta, asustada y esperando por el regreso de Gregory.

Tristan se levantó. Se salió apresuradamente del dormitorio y bajó las escaleras principales de la oscura casa, girando instintivamente hacia la cocina, donde estaba Gregory. Solo la pequeña luz sobre la estufa estaba prendida. El agua siseaba en la tetera. Gregory se sentó en un taburete en el mostrador, observándola, su piel pálida y brillaba.

Él seguía jugando con un paquete de celofán que había sacado de su bolsillo. Tristan podía adivinar lo que contenía y lo que Gregory planeaba hacer a continuación. Y sabía que, incluso si tuviera su fuerza completa ahora, no podría vencerlo. Él no podía usar la mente de Gregory de la manera en que podía usar la de Will. Gregory pelearía con Tristan todo el camino, y su cuerpo humano tenía una fuerza física cien veces más grande que la que había en los dedos materializados de Tristan.

Pero los dedos humanos todavía podían deslizarse, pensó Tristan. Si una pequeña pastilla roja... algo que Tristan podía manipular se movía inesperadamente, Gregory podría confundirse.

Gregory había elegido té de frambuesa, tal vez porque su fuerte sabor podría cubrir el sabor de una droga, pensó Tristan. Se movió firmemente más cerca de Gregory. Él tendría que materializar sus dedos justo en el momento exacto.

Gregory cuidadosamente deshizo el paquete de celofán y recogió dos de las tres pastillas. Tristan extendió su mano brillante y empezó a concentrarse en sus dedos. La mano de Gregory se acercó al té caliente.

En el momento en que se alejó, Tristan le dio un golpecito a las pastillas enviándolas lejos. Ellas se deslizaron a través del mostrador. Gregory maldijo y arrojó sus manos para atraparlas, pero Tristan fue más rápido y las tiró dentro del fregadero. Las pastillas se atoraron en la húmeda superficie y Tristan tuvo que trabajar de nuevo para conseguir que bajaran por el drenaje.

Mientras lo hacía Gregory tiro la tercera pastilla en el té.

Ahora Tristan busco la taza, pero Gregory envolvió sus dedos firmemente alrededor de ella. El revolvió el líquido con una cucharilla, y cuando la pastilla se disolvió, cargo la taza mientras subía por las escaleras.

Ivy se veía tan aliviada de verlo.

—Esto debería ayudar —dijo Gregory.

—¡No lo bebas, Ivy! —le advirtió Tristan, aunque sabía que ella no podía oírlo.

Ella sorbió un trago, luego bajó la taza y recostó su cabeza contra Gregory.

Él levanto la taza de nuevo antes de que Tristan pudiera tocarla. —
¿Demasiado caliente?

—No, está bien. Gracias.

—¡Detente! —imploró Tristan.

Ella le dio otro sorbo, como para asegurarle a Gregory que el té estaba bien.

—Escogí la cosa correcta, ¿Verdad? Tienes muchas clases de té allá abajo.

—Bájalo, Ivy.

—Está perfecto, —dijo ella, y tomo tragos más largos.

—Lacey, ¿Dónde estás cuando te necesito? Necesito tu voz, ¡Necesito a alguien que le diga que no!

Cada vez que Ivy se acercaba para poner el té drogado en la mesa, Gregory lo tomaba de ella y se lo sostenía. Él se sentó en la cama con ella, con un brazo a su alrededor, el otro levantando la taza a sus labios.

—Un poco más —él la convenció.

—¡No más! —lloró Tristan.

—¿Cómo te sientes? —él preguntó varios minutos después.

—Soñolienta. Extraña. Sin miedo... solo extraña. Me siento como si alguien más estuviera aquí, observándonos —dijo ella, mirando alrededor del cuarto.

—¡Estoy aquí, Ivy!

Gregory le ofreció la última cantidad de té.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo él—. Estoy aquí para ti, Ivy.

Tristan luchó por mantenerse calmado. Una pastilla probablemente no la mataría, razonó él.

¿Acaso Gregory encontró el otro paquete que Tristan había tirado detrás del escritorio? ¿Acaso estaba planeando marearla un poco, y luego darle el resto?

—Lacey, ¡No puedo salvarla yo solo!

Will, pensó Tristan, debía encontrar a Will. ¿Pero cuánto duraría eso? Los ojos de Ivy se estaban cerrando lentamente.

—Duerme —estaba diciendo Gregory una y otra vez—. No hay nada que temer mientras duermes.

Los ojos de Ivy se cerraron, luego su cabeza se cayó. Gregory no se molestó en atraparla. Él la empujó a un lado y la tiró al azar contra la almohada.

Sin darse cuenta, Tristan había empezado a llorar. Envolvió sus brazos alrededor de Ivy, aunque no podía sostenerla. Ella estaba muy lejos de él, yéndose a la deriva de Gregory, también, hundiéndose más y más en un sueño antinatural. Tristan lloró desesperadamente.

Gregory se levantó abruptamente y salió del cuarto.

Tristan sabía que tenía que conseguir ayuda, pero no podía dejar sola a Ivy por mucho tiempo.

Philip. Él era su única oportunidad. Tristan se apresuró hacia el siguiente cuarto.

Ella se puso alerta tan pronto como él entro.

—Ayúdame, Ella. Necesitamos despertarlo, solo lo suficiente como para dejarme entrar.

Ella trepo al pecho de Philip, estornudo en su cara, y luego maúlló.

Los ojos de Philip se abrieron. Su pequeña mano se alzó y perezosamente rasco a Ella.

Tristan imaginó lo suave que el gato se sentía para Philip. Un segundo después, habiendo compartido sus pensamientos, él se deslizó dentro del niño.

—Soy yo, Philip. Tu amigo, tu ángel, Tristan.

—Tristan —murmuró Philip, y repentinamente ellos estaban sentados uno frente al otro con un tablero de damas entre ellos. Philip saltó al marcador de Tristan—. ¡Coróname!

Tristan había caído en un recuerdo o un sueño tejido por un recuerdo. Él luchó para sacarlos fuera del sueño.

—Despiértate, Philip. Es Tristan. Despiértate. Necesito tu ayuda. Ivy necesita tu ayuda.

Tristan podía escuchar a Ella maullando de nuevo y vio su rostro acercándose al suyo, a pesar de que todo estaba borroso. Él sabía que Philip estaba escuchando y despertándose lentamente.

—Vamos, Philip. Esa es la manera, amigo.

Philip ahora estaba mirando las estatuas de ángeles. Estaba curioso, pero no tenía miedo. Sus brazos y piernas todavía se sentían relajados. Hasta ahora, muy bien.

Entonces Tristan escuchó el ruido en el pasillo. Escucho pisadas de Gregory, pero Gregory estaba caminando extraño, pesadamente.

—¡Levántate, Philip! ¡Tenemos que ver!

Antes de que Philip pudiera pararse, Gregory había bajado las escaleras. Un momento después, una puerta exterior se abrió.

—Ponte los zapatos. ¡Los zapatos!

El motor de un carro gruñó. Tristan lo reconoció... el viejo Dodge de Ivy. Su corazón se hundió. Gregory tenía a Ivy con él. ¿A dónde la estaba llevando? ¿A dónde?

—No lo sé —dijo Philip con voz soñolienta.

Piensa. ¿Qué sería fácil para él? Tristan dijo para sí mismo.

—No lo sé —murmuró Philip.

Con Ivy drogada, sería fácil planificar un accidente. ¿De qué tipo? ¿Cómo y dónde iba a hacerlo? Debía haber pistas en su cuarto, un indicio en los recortes de periódico.

Tristan repentinamente recordó el horario del tren. Rememoro la extraña mirada en el rostro de Gregory cuando encontró el calendario en el piso. Gregory había encerrado en un círculo el tren que salía en la noche tardía, el que se detenía en Tusset. Luego él había hecho algunos cálculos, escrito una hora, y hecho otro círculo. 2:04. Eso debería ser correcto... Tristan sabía que el tren se apresuraba a través de la estación unos pocos minutos después para alcanzar la mañana. ¡Se apresuraba! No se detenía en pequeñas estaciones como Stonehill, la cual estaría desierta después de la medianoche. ¡Ellos tenían que detenerlo!

Él miró el reloj digital de Philip. 1:43 A.M.

—Philip, ¡Vamos!

El pequeño niño estaba desplomado en la silla, con solo un zapato amarrado. Sus dedos eran torpes cuando él intento atar el otro. Apenas podía pararse, y moverse lentamente hacia el pasillo con Tristan guiándolo. Tristan eligió la escalera central, donde había una baranda de la cual sostenerse. Ellos bajaron seguramente hasta el final, entonces Tristan lo guió hacia la puerta trasera, la cual Gregory había dejado abierta. Como si tuviera un reloj dentro de él, Tristan sintió cada segundo alejándose.

Ellos nunca llegarían a tiempo si iban caminando; la larga carretera hacia el acantilado los llevaría en la dirección opuesta de la estación. “Llaves” ¿Encontraría las llaves del carro de Gregory? Si lo hacía, podría materializar sus dedos y... ¿Pero qué pasa si desperdiciaban todo su tiempo buscando las llaves que Gregory tenía con el mismo?

—Del otro lado, Philip —Tristan giró a Philip. Era un atajo peligroso, pero su única oportunidad: el lado empinado y rocoso del acantilado, el cual estaba justo arriba de la estación.

Después de un par de pasos, el frío aire nocturno revivió a Philip. A través de los ojos y oídos del niño, Tristan fue consciente de las sombras plateadas de la noche y los sonidos susurrantes. Él también se estaba sintiendo más fuerte. A urgencia de Tristan, Philip corrió a través de la grama. Ellos corrieron pasando la cancha de tenis, luego cuarenta metros más hacia del límite de la propiedad, el borde donde la tierra repentinamente se terminaba.

Ellos se estaban moviendo lo más rápido que un niño podría hacerlo, con sus poderes combinados. Tristan no sabía cuánto tiempo su fuerza renovada duraría, y no estaba seguro de que podría llevarlos a salvo hacia el lado empinado del acantilado. Parecía haber tomado toda la vida sólo llegar hasta donde estaban.

Sintió un momento de resistencia mientras él y Philip escalaban la pared de piedra marcando el fin de la propiedad.

—No se supone que deba —dijo Philip.

—Está bien, estás conmigo.

Muy lejos debajo de ellos él podía ver la estación de trenes. Para llegar allí ellos tendrían que escalar por una ladera donde las únicas agarraderas eran las raíces de unos pocos árboles enanos debajo de ellos.

Ocasionalmente parcelas de matorrales aparecían a través de la superficie rocosa, pero más que nada era tierra llena de baches con una cascada de rocas cayendo que deberían rodar al más mínimo toque de un pie.

—No estoy asustado —dijo Philip.

—Me alegra que uno de nosotros no lo esté.

Ellos eligieron su camino lenta y cuidadosamente al bajar por el acantilado. La luna había salido tarde y sus sombras eran largas y confusas. Tristan constantemente tenía que revisarse, recordarse a sí mismo que las piernas que estaba usando eran más cortas, los brazos incapaces de alcanzar lo más lejano.

Ellos iban a mitad de camino cuando él calculó mal. Su salto fue muy corto, y ellos se inclinaron muy lejos de una estrecha franja de roca. Desde su saliente, era una caída derecha de casi ocho metros, con nada más que piedras para golpearlos en la parte inferior antes de otra caída. Ellos se tambalearon. Tristan se retrajo, encubriendo sus pensamientos e instintos, dejando que Philip se hiciera cargo. Era el sentido natural del balance de Philip lo que los salvaría.

Mientras descendía, Tristan intentó no pensar en Ivy, a pesar de que la imagen de su cabeza colgando sobre su hombro como si fuera una muñeca inerte seguía pasando a través de su mente. Y todo el tiempo él era consciente del tiempo pasando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Philip, sintiendo la preocupación de Tristan.

—Continúa. Te cuento luego.

Tristan no podía dejar a Philip saber en cuanto peligro estaba Ivy. Él encubrió ciertos pensamientos, escondiendo de la conciencia de Philip la identidad de Gregory y sus intenciones. No estaba seguro de cómo Philip manejaría la información, si tendría pánico por Ivy o incluso intentaría defender a Gregory.

Ellos estaban en la parte inferior ahora, haciendo una carrera a través de la grama alta y de las malezas, quedando atrapados por las rocas. El tobillo de Philip se torció, pero él siguió caminando. Delante de ellos estaba una alta cerca de alambre. A través de ella vieron la estación.

La estación tenía dos carriles, el que se dirigía hacia el norte y el que se dirigía hacia el sur, cada uno con su propia plataforma. Las plataformas estaban conectadas por un alto puente por encima de los carriles. En el lado de la que se dirigía hacia el sur, la cual era más rápida para Philip y Tristan, estaba una casa estación de madera y un estacionamiento. Tristan sabía que el tren de la noche tardía corría hacia el sur.

Justo mientras alcanzaban la cerca, Tristan escuchó las campanas de una iglesia del pueblo, sonando una vez, dos veces. Eran las doce en punto.

—La cerca es terriblemente alta, Tristan.

—Al menos no es eléctrica.

—¿Podemos descansar?

Antes de que Tristan pudiera responder, el pitido de un tren sonó a la distancia.

—Philip, ¡Tenemos que alcanzar el tren!

—¿Por qué?

—Tenemos que hacerlo. ¡Escala!

Philip lo hizo, enterrando los dedos de los pies en los agujeros de la cerca de malla, extendiéndose y agarrándose con sus dedos, empujándose a si mismo hacia arriba. Ellos estaban en la cima de la cerca, a seis metros de altura. Entonces Philip saltó. Ellos se golpearon contra el suelo y rodaron.

—¡Philip!

—Pensé que tenías alas. Se supone que tienes alas.

—Bueno, ¡Tú no tienes! —le recordó Tristan.

El pitido sonó de nuevo, más cerca esta vez. Ellos corrieron hacia la primera plataforma. Cuando escalaron hacia ella, podían ver a través de la estación.

Ivy.

—Hay algo malo con ella —dijo Philip.

Ella estaba parada en la plataforma que va hacia el sur, inclinada contra una columna que estaba en el borde de la plataforma. Su cabeza estaba colgando hacia un lado.

—¡Ella podría caerse! Tristan, un tren está viniendo y... —Philip empezó a gritar—. ¡Ivy! ¡Ivy!

Ella no lo escuchó.

—Los escalones —le dijo Tristan.

Corrieron hacia ellos, luego a través del puente y bajaron por el otro lado.

Ellos podían escuchar el ruido del tren, acercándose. Philip seguía llamándola, pero Ivy miraba a través del carril, hipnotizada. Tristan siguió su mirada... luego él y Philip se congelaron.

—¿Tristan? Tristan, ¿Dónde estás? —preguntó Philip con la voz llena de pánico.

—Aquí. Estoy aquí. Todavía estoy dentro de ti.

Pero incluso a Tristan le parecía como si él estuviera ahí, en el otro lado del carril. Tristan observó la imagen de sí mismo que estaba parado en las sombras de la plataforma norte. La extraña figura estaba vestida con una chaqueta de la escuela, como la que Tristan usaba en su fotografía, y tenía una vieja gorra de beisbol empujada hacia atrás. Tristan lo miró, como en trance por la figura, al igual que Ivy y Philip.

—Ese no soy yo —le dijo a Philip—. No te engañes. Es alguien más vestido como yo.

Gregory, se dijo a sí mismo.

—¿Quién es? ¿Por qué esta vestido como tú?

Ellos vieron una pálida mano salir de las sombras hacia la clara luz de luna. La figura le hizo señas a Ivy, alentándola, atrayéndola hacia el carril.

El tren se estaba apresurando hacia ellos ahora, su luz delantera iluminando el camino delante de ellos, su pitido explotando con una advertencia final.

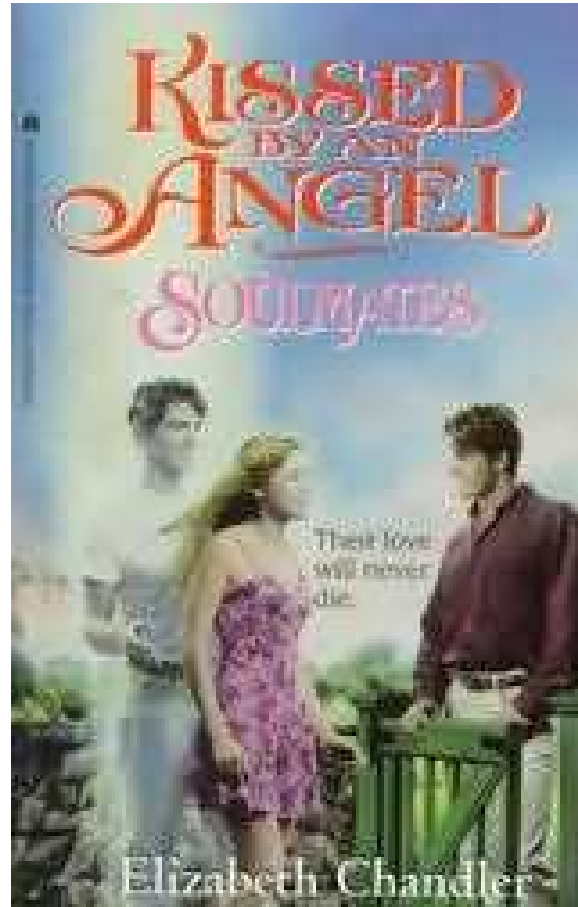
Ivy no le prestó atención. Ella fue atraída hacia la mano al igual que una polilla hacia el parpadeo del fuego. Seguía acercándose a ella. Repentinamente alzo su propia mano y dio un paso hacia adelante.

—¡Ivy! —Tristan—o más bien Philip—gritó—. ¡Ivy! Ivy, ¡No!

Fin...

En el próximo libro de esta fascinante historia...

Soulmates



Perseguida por el mismo asesino que asesinó a Tristan, Ivy finalmente aprende que Tristan se ha convertido en su ángel guardián y trabaja con él para prevenir su propia muerte, pero cuando Ivy encuentra el amor verdadero, Tristan debe dejarla ir.

Sinopsis traducida por AndreaN

Acerca de la autora...

Elizabeth Chandler

Elizabeth Chandler ha escrito libros de fotos, libros de capítulos, novelas de medio grado, y romances para jóvenes adultos (incluyendo la popular trilogía *Kissed by an Angel*) bajo una variedad de nombres.

Como Mary Claire Helldorfer, vive en Baltimore, Maryland, y ama las historias, los gatos, el beisbol y a Bob—no necesariamente en ese orden.

Biografía traducida por AndreaN



Traducido, corregido y diseñado
En el foro:

Purple Rose

www.purplerose1.com

¡TE ESPERAMOS!